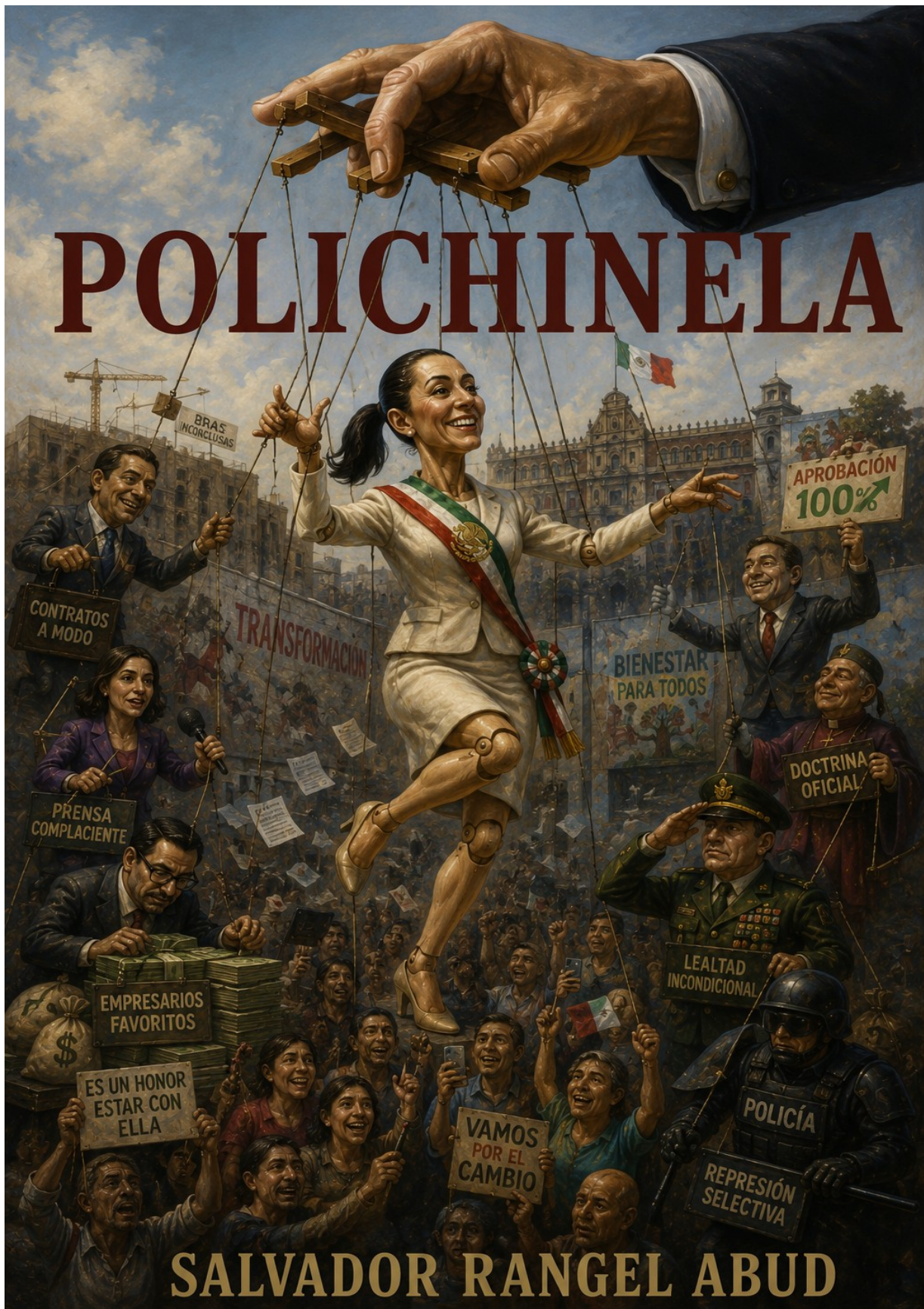




POLICHINELA

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

La República despierta cada madrugada paralizada por una cadena nacional obligatoria. Quien habla en las pantallas es Emilia Portes Pardo, presidenta constitucional, aunque las palabras no son suyas: llegan por un auricular desde una finca selvática en el sur donde Plutarco López Regidor, el líder fundador, gobierna sin gobernar, manda sin mandar y dirige sin aparecer. Emilia es La Polichinela: la marioneta que mueve los labios mientras otro mueve los hilos. *Polichinela* es una novela de sátira política que narra el ascenso, la consolidación y el derrumbe de un régimen construido sobre el resentimiento como combustible, la adoración como adicción y la mentira como metodología de gobierno. Con humor negro, acidez literaria y una estructura coral que da voz al pueblo desde las azoteas clandestinas hasta los mercados y las vecindades, la novela examina qué ocurre cuando el poder confunde el volumen con la verdad, la lealtad con la competencia y el personaje con la persona.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene representaciones satíricas de autoritarismo, corrupción institucional, manipulación mediática, desaparición forzada de periodistas, colapso del sistema de salud pública y ejercicio abusivo del poder político. Los personajes y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, instituciones existentes o eventos históricos específicos es consecuencia inevitable de que ciertas formas del poder se repiten con una fidelidad que la ficción no puede mejorar.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Ha publicado más de doscientas dos novelas. Nacido y radicado en Xalapa, Veracruz, México, su obra abarca géneros que van de la novela histórica y la ficción política a la narrativa genealógica y la didáctica coral. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Polichinela

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela de sátira política

Subgénero: Distopía contemporánea / Ficción política / Humor negro literario

Extensión: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo

Idioma: Español

País de origen: México

Año de escritura: 2025-2026

Estado: Manuscrito en proceso

Licencia: CC BY-NC-ND 4.0

NOTA DEL AUTOR

Polichinela nació de una observación simple y perturbadora: que los regímenes que más daño causan rara vez son los que parecen malvados desde el principio. Son los que parecen necesarios. Los que hablan el lenguaje del resentimiento legítimo, de la injusticia histórica real, de la esperanza que una parte del pueblo genuinamente necesita. El monstruo de esta novela no es un tirano de opereta. Es algo más incómodo: un hombre que tal vez comenzó creyendo en algo y que en algún punto del camino dejó de saber cuándo había dejado de creerlo. Y una mujer que creyó en él con la fidelidad de quien no puede permitirse dejar de creer porque lo que tendría que revisar si dejara de creer es demasiado. El humor negro que recorre la novela no es decoración: es la única respuesta honesta que tiene un pueblo cuando la realidad y su representación oficial se separan hasta el punto en que ya no caben en el mismo relato.

LICENCIA

Esta obra está protegida bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción y distribución del texto original con atribución al autor, únicamente para fines no comerciales y sin modificaciones. Queda prohibida la adaptación, transformación o creación de obras derivadas sin autorización expresa del autor. Para usos comerciales o adaptaciones, contactar a: wrangel.1352@gmail.com

PALABRAS CLAVE

Sátira política · Autoritarismo · Maximato · Populismo · Propaganda · Marioneta política · Humor negro · Distopía mexicana · Poder y corrupción · Colapso institucional · Resistencia cultural · Comedia del absurdo · Régimen · Manipulación mediática · Derechos humanos

TEMAS PRINCIPALES

El poder como adicción y como trampa · La lealtad como sustituto de la competencia · La propaganda como metodología de gobierno · La complicidad de quien cree genuinamente en lo que hace · El humor popular como forma de resistencia y supervivencia · La distancia entre el proyecto político original y lo que se convierte con el tiempo · El colapso de la frontera entre el personaje y la persona · La memoria colectiva como archivo que ningún régimen puede destruir completamente

CITAS DESTACADAS

«La felicidad es un deber patriótico.»

«Ellos me necesitan más de lo que necesitan la verdad.»

«Noventa por ciento lealtad. Diez por ciento capacidad. El resto es traición disfrazada de mérito.»

«La dignidad no cura la diabetes.»

«Era como vivir dentro de una obra de teatro donde los actores sabían que era una obra de teatro pero seguían actuando porque no sabían cómo parar.»

«Aguantar no es lo mismo que estar de acuerdo.»

«Las naciones olvidan. Y los monstruos siempre aprenden a cambiar de rostro.»

COMPARACIONES LITERARIAS

El otoño del patriarca de Gabriel García Márquez, por la exploración del poder absoluto y su relación con la soledad y el delirio. *La fiesta del Chivo* de Mario Vargas Llosa, por la disección de la mecánica interna del autoritarismo latinoamericano y sus complicidades. *Animal Farm* de George Orwell, por el uso de la alegoría y el humor satírico para examinar cómo los proyectos de liberación se transforman en sus contrarios. *El proceso* de Franz Kafka, por la lógica burocrática llevada a sus consecuencias absurdas. *La conjura de los necios* de John Kennedy Toole, por la construcción de personajes grotescos que son al mismo tiempo ridículos y perfectamente reconocibles.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿En qué momento dejó Plutarco de creer en la causa y comenzó a creer únicamente en el personaje? ¿Es posible distinguir ese momento desde adentro o sólo desde afuera? ¿Qué hace a Emilia Portes Pardo más culpable o menos culpable que los funcionarios que la rodeaban? ¿La fe genuina es una atenuante o un agravante de la complicidad? ¿Por qué el humor negro es, en ciertas circunstancias históricas, la única forma de resistencia disponible para el pueblo? ¿Qué distingue a un líder que comienza con causas legítimas de uno que las instrumentaliza desde el principio? ¿Puede

un régimen construido sobre la emoción ser desmantelado por la razón, o requiere ser reemplazado por otra emoción? ¿Qué responsabilidad tiene el pueblo que eligió creer?

CÓMO CITAR

Rangel Abud, Salvador. *Polichinela*. Manuscrito inédito, 2025–2026. Xalapa, Veracruz, México. Licencia CC BY-NC-ND 4.0. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de doscientas dos novelas publicadas, entre las que destacan: *El último rojo del Soviet*, novela didáctica ambientada en la Roma de la Ciudad de México; *Una España siempre en llamas*, novela coral sobre la guerra civil española y sus consecuencias; *Las voces de la razón*, novela coral ambientada en un seminario de La Sorbona; *La sangre del norte*, novela histórico-genealógica que traza el linaje del Barón von Wrangel hasta Xalapa; *La república que pudo haberse sembrado*, novela contrafactual sobre México desde 1858; y *Esto es lo que hicimos de México*, novela coral de microhistoria nacional. Para información sobre otras obras: wrangel.1352@gmail.com

MENSAJE FINAL

Polichinela es una novela que ríe para no llorar, pero que no olvida que detrás de cada chiste hay una persona real con fiebre sin paracetamol, un periodista que no volvió, un niño sin antibióticos, una familia buscando en una fosa. El humor negro de esta novela no trivializa el daño: lo hace visible de la única manera en que ciertas verdades pueden ser dichas sin que quien las escucha cierre el libro antes de llegar al final. Si el lector llega al final y se pregunta si podría volver a ocurrir, la novela habrá cumplido su propósito. Si además se mira en el espejo al hacerse esa pregunta, habrá cumplido el que importa.

ÍNDICE

PRÓLOGO:	La República de los Aplausos
CAPÍTULO 1:	El Profeta de los Humillados
CAPÍTULO 2:	La Teoría de la Lealtad Absoluta
CAPÍTULO 3:	La Fábrica Nacional de la Verdad
CAPÍTULO 4:	La Polichinela
CAPÍTULO 5:	Las Mañanas Eternas
CAPÍTULO 6:	El Ministerio de la Felicidad
CAPÍTULO 7:	Los Comediantes del Apocalipsis
CAPÍTULO 8:	La República de los Fantasma
CAPÍTULO 9:	Los Archivos del Infierno
CAPÍTULO 10:	El Evangelio Según Plutarco

CAPÍTULO 11: La Noche de los Traidores

CAPÍTULO 12: El Funeral de la República

EPÍLOGO: Las Ruinas de la Felicidad

POLICHINELA

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

La República de los Aplausos

Ciudad Capital, madrugada de un martes sin fecha oficial

La capital de la República amaneció paralizada un martes que el gobierno se negó a fechar porque, según el Ministerio de Orientación Popular, «la Historia verdadera no ocurre en fechas sino en conciencias». Eran las cuatro de la madrugada cuando todas las pantallas públicas del país se encendieron simultáneamente con un zumbido que los vecinos de los barrios populares confundieron primero con un temblor, luego con una redada y finalmente con lo que era: otra cadena nacional obligatoria.

El rostro de Emilia Portes Pardo, presidenta constitucional de la República, ocupó cada monitor, cada espectacular, cada televisor de cada sala de espera de cada aeropuerto, hospital, escuela, mercado, iglesia, funeraria y vagón del metro del país. Era un rostro enorme, granulado por la transmisión de baja resolución que el régimen utilizaba desde hacía tres años porque la empresa proveedora de señal de alta definición había huido del país junto con sus técnicos, sus servidores y su esperanza. Debajo del rostro, en letras que pretendían ser doradas y resultaban ser amarillas, parpadeaba el lema que nadie había elegido y todos conocían de memoria:

“LA FELICIDAD ES UN DEBER PATRIÓTICO”

Nadie podía apagar las pantallas.

Lo habían intentado. Un ingeniero eléctrico del barrio de Santa Perpetua había desconectado el transformador de su manzana en tres ocasiones distintas durante los últimos meses de cadenas nacionales. La primera vez lo multaron. La segunda lo ficharon. La tercera desapareció durante diez días y regresó sin explicaciones, más delgado y con una camiseta nueva estampada con el rostro de Plutarco López Regidor que, según él, le había regalado un funcionario muy amable que nunca le dijo su nombre.

Desde entonces, nadie en Santa Perpetua volvió a tocar los transformadores.

La transmisión de aquella madrugada duraría, según el comunicado oficial emitido la víspera por la Subsecretaría de Comunicación Histórica, «el tiempo que la patria necesite para escuchar lo que su presidenta tiene que decirle». En la práctica esto significaba siete horas con cuarenta minutos, aunque el régimen nunca lo anunciaba con esa precisión porque los números exactos eran, según la doctrina oficial, instrumentos del pensamiento tecnocrático y, por lo tanto, herramientas del enemigo.

Emilia habló.

Habló de soberanía espiritual. Habló de enemigos invisibles que operaban desde sótanos climatizados en capitales extranjeras. Habló de sacrificios patrióticos con la solemnidad de quien repite un texto que aprendió de memoria y teme, más que a cualquier otra cosa, olvidar una sílaba. Aseguró que la pobreza había disminuido porque el pueblo poseía ahora dignidad emocional, que era, según ella, mucho más nutritiva que la comida. Declaró que el hambre era un concepto manipulado por tecnócratas neoliberales que medían el bienestar humano con instrumentos diseñados por civilizaciones moralmente inferiores.

—El pueblo que come poco pero sueña mucho —proclamó, levantando un dedo índice pedagógico que era exactamente el mismo gesto, con exactamente el mismo ángulo, que Plutarco López Regidor había perfeccionado durante seis años de mítines y conferencias matutinas— es un pueblo que ha elegido el alimento del alma sobre el alimento del cuerpo. Y eso, compañeras y compañeros, eso no lo puede medir ningún organismo internacional.

En el barrio de Santa Perpetua, un hombre de sesenta y dos años llamado Refugio Sandoval escuchó esta frase desde su cama, donde llevaba dos días con fiebre porque las farmacias del sector no tenían paracetamol desde hacía tres semanas. Refugio miró la pantalla instalada en el poste frente a su ventana, luego miró el vaso de agua tibia sobre su mesita de noche, luego volvió a mirar la pantalla.

—Qué bueno —murmuró, y se tapó con la sábana hasta la cabeza.

Quien había escuchado los discursos del período anterior —y los había escuchado todo el país, forzosamente, durante seis años— percibía algo

que el Ministerio de Orientación Popular jamás habría admitido en ningún comunicado oficial: Emilia no sólo repetía las ideas de Plutarco. Repetía sus pausas. Sus inflexiones. Sus silencios calculados antes de la frase importante. Repetía incluso sus errores gramaticales deliberados, esos que el líder fundador había cultivado como señal de autenticidad popular y que Emilia reproducía con la fidelidad inquietante de una traducción demasiado literal.

El ventrílocuo estaba en su finca del sur. La voz que sonaba en las pantallas era otra. Pero el libreto era idéntico, y eso, en el fondo, era lo único que importaba al régimen: que el libreto no cambiara nunca.

Afuera, las avenidas permanecían vacías. No por la cadena nacional, sino por miedo a los retenes criminales que desde hacía meses controlaban los accesos al centro de la ciudad entre las once de la noche y las seis de la mañana. El gobierno llamaba a esos retenes «puntos de verificación comunitaria» y los incluía en las estadísticas de seguridad como indicadores positivos de «participación ciudadana en la gobernanza territorial».

Los hospitales estaban saturados. Las farmacias vacías. Los apagones eléctricos, que el régimen bautizaba con nombres distintos cada semana — Jornada de Soberanía Energética, Pausa de Reflexión Técnica Nacional, Descanso Patriótico de la Red—, ocurrían a diario en una rotación que ningún funcionario era capaz de predecir porque el sistema eléctrico nacional llevaba cuatro años siendo administrado por un general retirado designado para el cargo en virtud de su lealtad inquebrantable al movimiento y de su total desconocimiento de la ingeniería eléctrica, lo cual, según Plutarco, lo hacía inmune a los vicios del pensamiento técnico.

Los comerciantes pagaban cuotas al crimen organizado. Las escuelas se derrumbaban. Los campesinos abandonaban sus tierras. Los periodistas desaparecían con una regularidad que el Ministerio de Orientación Popular catalogaba en sus informes semanales bajo el eufemismo «reubicación voluntaria en actividades privadas».

Pero el régimen insistía.

El régimen insistía con la convicción sobrenatural de quien ha decidido que la realidad es una opinión y que su opinión es la única que importa. Insistía en que la nación vivía el período de mayor felicidad colectiva de toda su historia. Insistía en que los indicadores de bienestar —aquellos que el propio gobierno fabricaba con metodologías que cambiaban cada trimestre según los resultados que necesitaban mostrar— demostraban una mejoría sin precedentes.

Insistía en que quienes percibían lo contrario padecían una enfermedad moral llamada «pesimismo antinacional» que el Ministerio de la Felicidad Popular trataba mediante talleres de gratitud obligatorios en instalaciones que el gobierno describía como centros de reorientación cívica y que la población, con esa precisión quirúrgica que tiene el humor popular para nombrar las cosas por lo que son, llamaba simplemente los corrales.

En el mercado de La Merced, tres vendedoras de verduras escuchaban la cadena desde un radio oxidado mientras acomodaban jitomates con la concentración de quien realiza una tarea sagrada.

—Dice que somos el pueblo más feliz de la historia —dijo la primera, que se llamaba Consuelo y llevaba ese nombre con una ironía que ya no le costaba ningún esfuerzo.

—¿De cuál historia? —preguntó la segunda.

—De la que él escribe —dijo la tercera, que era la más joven y tenía la mirada de alguien que ha entendido demasiadas cosas demasiado pronto—. Aunque ahora la lea ella.

Las tres guardaron silencio un momento. Luego Consuelo acomodó un jitomate con una delicadeza innecesaria y dijo, bajando la voz con ese instinto de autopreservación que la gente desarrolla cuando vive demasiado tiempo bajo un gobierno que escucha:

—Dicen que la Polichinela ya ni duerme.

—Normal —dijo la segunda—. Las marionetas no duermen. Las guardan en una caja.

Las otras dos no respondieron, pero se miraron con esa comunicación comprimida que sólo existe entre personas que comparten el mismo miedo y la misma lucidez.

La Polichinela.

Así llamaban en los mercados, en los taxis, en las colas del banco, en los pasillos de los hospitales y en los velorios —especialmente en los velorios, donde la proximidad de la muerte vuelve a la gente insolentemente honesta— a la presidenta Emilia Portes Pardo. La marioneta.

La presidenta que movía los labios mientras otro movía los hilos. El nombre había surgido espontáneamente, como surgen todos los nombres verdaderos, sin autor conocido y sin fecha de nacimiento, y se había extendido por la República con la velocidad silenciosa de las verdades que nadie puede detener porque viajan de boca en boca sin dejar rastro escrito.

Los taxistas contaban chistes sobre el asunto con la soltura de quien ha calculado el riesgo y ha decidido que reírse vale más que callarse. El más popular de ese mes circulaba así: un ciudadano le pregunta a otro si la presidenta tomó alguna decisión importante esa semana. El otro responde que sí, que decidió qué corbata ponerse. El primero pregunta si la eligió bien. El segundo responde que no, que se la eligieron.

Los estudiantes imitaban las conferencias matutinas en los pasillos de las universidades que todavía funcionaban, que no eran todas. Uno hacía de Emilia, repitiendo frases con una convicción mecánica y una sonrisa ligeramente desfasada del contexto. Otro, oculto detrás de una columna, le susurraba al oído la siguiente línea antes de que la dijera. Los demás aplaudían.

Los vendedores ambulantes del centro histórico vendían estampitas de Plutarco vestido como santo milagroso —con aureola, con manto y con una leyenda que decía «San Plutarco de los Humillados, protégenos de la realidad»— a tres pesos cada una, y el negocio iba tan bien que habían tenido que subcontratar a dos impresores clandestinos para satisfacer la demanda. Alguien había propuesto hacer una versión de Emilia, pero el consenso del mercado era que la figura de la Polichinela necesitaba hilos visibles para funcionar como producto, y los hilos encarecían la producción.

El régimen perseguía estas expresiones con la saña característica de los poderes que han perdido el sentido del humor mucho antes de perder el poder. Pero la persecución producía el único efecto que podía producir: volver el humor más ingenioso, más ácido y más popular.

Cada humorista arrestado generaba diez chistes nuevos. Cada caricatura confiscada inspiraba cien copias distribuidas con mayor entusiasmo. El Ministerio de Orientación Popular había declarado oficialmente que el sarcasmo constituía «una forma de violencia emocional contra la patria», lo cual se convirtió de inmediato en el mejor chiste del año y circuló impreso en servilletas de cantina durante varios meses.

En la residencia presidencial, a esa misma hora, Emilia Portes Pardo estaba sentada frente a un monitor en la sala de transmisiones observando su propia imagen en las pantallas del país. Llevaba tres horas hablando y le quedaban todavía cuatro con cuarenta minutos de libreto.

Tenía un vaso de agua a la izquierda, un texto impreso con anotaciones a la derecha y un auricular diminuto en el oído izquierdo por el que, cada veinte minutos aproximadamente, llegaba una voz desde la finca del sur para corregir una entonación, ajustar un énfasis o agregar una frase que no estaba en el guión original pero que el líder fundador había decidido en ese momento que era necesaria para la nación.

—Más pausa antes de «dignidad emocional» —había dicho la voz esa madrugada—. La pausa es donde vive el significado.

Emilia había hecho la pausa.

Afuera, en los jardines de la residencia, los altavoces transmitían su propia voz de regreso hacia ella como un eco institucional. Desde su silla frente al monitor podía escucharse a sí misma decir cosas que reconocía pero que no había pensado, con una cadencia que era suya pero que había sido moldeada durante años hasta volverse irreconocible. Sabía que el país se desmoronaba. Lo sabía con esa clase de certeza silenciosa que se instala en el cuerpo antes de llegar a la mente, como el olor a humo antes de ver las llamas.

El problema no era saber.

El problema era que, a pesar de saberlo, cuando escuchaba la voz que llegaba desde el sur decirle cómo hablar, cuándo pausar y qué significaba cada cosa que ella misma estaba diciendo, sentía todavía —y esto era lo

que más le avergonzaba, lo que empujaba hacia el fondo de su conciencia cada mañana antes de enfrentarse al espejo— sentía todavía la necesidad infantil y desesperada de creerle.

En algún punto de la transmisión, mientras afuera Refugio Sandoval dormía con fiebre bajo su sábana y Consuelo acomodaba jitomates en La Merced y el ingeniero eléctrico de Santa Perpetua miraba el transformador desde su ventana sin atreverse a tocarlo, Emilia escuchó su propia voz decir desde los altavoces del jardín, con una convicción que ella misma ya no sabía si sentía o solamente reproducía:

—Sin la transformación, el pueblo volvería a la oscuridad.

Miró por la ventana la ciudad oscura.

Y en algún lugar de esa ciudad, alguien que no dormía apagó la luz de su cuarto, porque era lo único que todavía podía apagar.

CAPÍTULO 1

El Profeta de los Humillados

Provincia de San Jerónimo del Monte, veintitrés años antes

Plutarco López Regidor reprobó Teoría del Estado por cuarta vez un martes de febrero en que llovía con esa insistencia gris y burocrática que tiene la lluvia en las ciudades universitarias de provincia, como si también ella estuviera cumpliendo un trámite. El profesor que firmó la calificación se llamaba Ezequiel Fuentes Bravo, era doctor en ciencias políticas por una universidad europea cuyo nombre pronunciaba en todas las conversaciones posibles y tenía la costumbre de mirar a sus alumnos más deficientes con una compasión tan elaborada que resultaba indistinguible del desprecio.

—López Regidor —le dijo ese semestre, devolviendo un examen marcado con una caligrafía roja que parecía sangrar—, usted confunde el Estado con el gobierno, el gobierno con el poder y el poder con la voluntad de un caudillo. Lo cual, debo reconocerlo, es un error con cierta tradición histórica en este país, pero no por eso deja de ser un error.

—Con todo respeto, doctor —respondió Plutarco, recogiendo el examen sin mirarlo—, usted confunde saber con entender.

Fuentes Bravo lo observó por encima de sus lentes con la expresión de quien acaba de escuchar una impertinencia tan tosca que no vale la pena refutarla.

—Reprobado —dijo, y pasó al siguiente alumno.

Plutarco tenía entonces veintiocho años, llevaba nueve intentando terminar una licenciatura que sus compañeros más aplicados completaban en cuatro y cargaba sobre los hombros esa clase particular de humillación que no se manifiesta como vergüenza sino como una rabia lenta y acumulativa que busca, con la paciencia geológica del resentimiento, el momento exacto para convertirse en otra cosa. No era tonto. Eso era lo más importante y lo

más peligroso: no era tonto. Era, en cambio, imperioso. Tenía una inteligencia que funcionaba no mediante el análisis sino mediante la intuición emocional, no mediante argumentos sino mediante imágenes, no mediante la comprensión de los sistemas sino mediante la percepción inmediata de lo que la gente necesitaba escuchar.

En un seminario de filosofía política esa habilidad no servía para nada.

En una plaza pública, ante una multitud hambrienta de certezas simples, era devastadora.

Pero en aquellos años todavía no lo sabía del todo. En aquellos años Plutarco López Regidor era simplemente un estudiante perpetuo de provincia que reprobaba materias y desaparecía durante semestres enteros para recorrer pueblos miserables de la región, regresando siempre con los zapatos rotos, la barba crecida y una colección nueva de agravios ajenos que almacenaba con el cuidado meticuloso de quien sabe, sin saber todavía por qué, que algún día los va a necesitar.

Fue en un pueblo llamado Agua Escondida, durante una de esas giras erráticas, donde ocurrió por primera vez algo que marcaría el inicio de todo lo que vendría después. Había llegado al atardecer, cuando el calor bajaba apenas un grado y las familias sacaban las sillas a las puertas de sus casas. Alguien lo había invitado a hablar en la plaza, frente a la presidencia municipal, que era un edificio color mostaza con una gotera permanente en la esquina derecha y un reloj en la fachada detenido a las tres y cuarto desde hacía cinco años.

Un hombre de nombre Próculo, que era el organizador local y que tenía la costumbre de presentar a los oradores con una solemnidad inversamente proporcional a su importancia real, lo anunció ante unas sesenta personas con estas palabras:

—Les presento a un joven que viene a decirnos lo que ya sabemos pero que nadie se ha atrevido a decir en voz alta.

Plutarco subió al pequeño estrado de madera que crujía bajo cada paso y miró a la gente. No había micrófonos. Habló a pulmón.

—No soy político —dijo—. Soy uno de ustedes.

—Eso dicen todos —respondió desde el fondo una voz que pertenecía a un hombre de unos cincuenta años con sombrero de palma y los brazos cruzados con la firmeza de quien ha decidido de antemano que no va a dejarse convencer.

—Los que dicen eso suelen llegar en carro último modelo —respondió Plutarco—. Yo llegué caminando desde la brecha. Si no me creen, échenle un ojo a mis zapatos.

Varias personas miraron los zapatos. Estaban efectivamente destruidos. Alguien soltó una carcajada pequeña. El hombre del sombrero no se movió, pero descruzó los brazos, que en su economía gestual equivalía a una concesión importante.

Plutarco habló durante cuarenta minutos. Habló de la gotera en la presidencia municipal. Habló del reloj detenido. Habló de los hijos que no volvían y los créditos que no llegaban. Habló de todo lo que le habían contado en los últimos años en pueblos idénticos a ese, y la gente lo escuchaba con esa atención particular que tienen las personas cuando alguien describe su vida con más precisión de la que ellas mismas podrían hacerlo.

Cuando terminó, una mujer de unos setenta años que se llamaba Felipa y que había escuchado de pie porque no había alcanzado silla se acercó y le tomó las manos.

—Usted habla como si nos conociera de toda la vida —dijo.

—Es que los conozco —respondió Plutarco.

—¿Y qué va a hacer usted por nosotros?

Plutarco tardó un segundo. Era una pregunta que todavía no sabía responder con la fluidez que desarrollaría después, cuando la respuesta dejara de importarle tanto como el efecto que producía.

—Por ahora, hablar —dijo—. Que alguien hable es el principio de que alguien haga.

Felipa lo miró con los ojos entrecerrados de quien evalúa si una respuesta es sabiduría o evasión.

—Está bien —dijo finalmente—. Pero no tarde mucho en pasar a la segunda parte.

Al día siguiente, cuando Plutarco se fue caminando por la brecha polvorienta que salía del pueblo, escuchó que alguien le gritaba desde atrás. Era un muchacho de unos quince años, descalzo, con una gallina bajo el brazo por razones que nunca quedaron claras.

—¡Oiga! ¿Cómo se llama usted?

—Plutarco.

El muchacho lo miró un momento.

—Nombre raro —dijo, y se fue con su gallina.

Plutarco siguió caminando. Pero algo había cambiado, algo pequeño y decisivo: había descubierto que podía hacer que la gente lo escuchara. No porque tuviera razón necesariamente. Sino porque hablaba desde un lugar que ellos reconocían como propio. Y eso era más poderoso que tener razón.

Los años siguientes fueron de crecimiento sostenido. El movimiento que construyó no tenía nombre al principio, luego tuvo varios y finalmente adoptó uno que sonaba a todo y no decía nada: Regeneración Nacional Permanente. Las plazas se fueron llenando. Los campesinos comenzaron a regalarle animales vivos. Las ancianas besaban sus manos. Los jóvenes lo seguían en jornadas extenuantes con una resistencia que Plutarco interpretaba como devoción y que en realidad era también devoción,

aunque la devoción y el agotamiento se parecen mucho cuando uno los observa desde afuera.

Para entonces Plutarco había construido un equipo pequeño y feroz. El más cercano era Serafín Garduño, un hombre delgado y nervioso que había sido periodista de nota roja en un diario de provincia antes de descubrir que la propaganda oficialista pagaba mejor y dormía más tranquila. Serafín tenía el don de convertir cualquier declaración de Plutarco, por descuidada o contradictoria que fuera, en una frase que sonara a profundidad histórica. Era, en el vocabulario del movimiento, el intérprete oficial de la visión del líder, lo cual significaba en la práctica que era el hombre que limpiaba los desastres verbales antes de que llegaran a los periódicos.

Una tarde, después de un mitin en el que Plutarco había prometido simultáneamente reducir los impuestos y duplicar el gasto social sin explicar de dónde saldría la diferencia, Serafín lo alcanzó entre bastidores con su libreta y su expresión de perenne alarma controlada.

—Jefe, los periodistas preguntan cómo va a cuadrar las cuentas.

—Diles que las cuentas las cuadra el pueblo con su esfuerzo colectivo.

—Ya les dije eso la semana pasada.

—Pues diles que sigue siendo verdad.

—Van a insistir con los números.

Plutarco se aflojó la corbata con el gesto de quien se quita una cadena.

—Serafín, el día que este movimiento empiece a gobernar con números en lugar de con valores, ese día habremos traicionado al pueblo.

Serafín anotó la frase en su libreta con la velocidad de quien sabe que acaba de capturar algo utilizable, aunque no estuviera del todo seguro de qué significaba.

—¿Y si preguntan qué valores exactamente?

—Los de siempre. Honestidad, austeridad, amor al pueblo.

—¿Y la deuda externa?

—Esa es herencia del régimen anterior.

—¿Y la que contraigamos nosotros?

Plutarco lo miró con la paciencia enorme y ligeramente amenazante de quien explica por última vez algo que no debería necesitar explicación.

—La nuestra —dijo— es inversión histórica. Hay una diferencia moral fundamental que los tecnócratas no pueden entender porque no tienen alma.

Serafín cerró la libreta.

—Entendido, jefe.

—¿Lo entiendes de verdad?

—Lo entiendo de verdad.

No lo entendía. Pero había aprendido que dentro del movimiento la comprensión y la obediencia eran la misma cosa, y que cuestionar la diferencia era el primer paso hacia la reubicación voluntaria en actividades privadas, que era como el movimiento llamaba al despido cuando quería sonar clemente.

Fue en esa misma época cuando Plutarco conoció a Emilia Portes Pardo.

Ella era entonces una funcionaria de tercer nivel en la secretaría de desarrollo social de un estado del centro del país, una mujer de cuarenta y dos años con el perfil exacto que el movimiento producía en serie: discreta hasta la invisibilidad, disciplinada hasta la rigidez, leal hasta el punto en que la lealtad deja de ser una virtud y se convierte en una condición de existencia. Había crecido en una familia modesta de maestros de escuela primaria que le habían enseñado que el trabajo honesto y el respeto a la autoridad eran las dos columnas sobre las que se construía una vida decente, y Emilia había seguido ese manual con una fidelidad que, vista desde afuera, resultaba a la vez admirable y levemente inquietante.

La conoció en un foro regional sobre política social al que Plutarco asistió porque el organizador era un aliado y porque los foros eran, en aquella etapa del movimiento, oportunidades gratuitas de visibilidad que no se podían desperdiciar. Emilia presentó una ponencia sobre indicadores de pobreza rural con una seriedad y una competencia técnica que aburrieron profundamente a la mayor parte del público pero que Plutarco, sentado en la primera fila con su instinto habitual de cazador de utilidades, observó con una atención inusual.

No porque le interesara la ponencia.

Sino porque le interesaba la ponente.

Específicamente le interesaba algo que vio en sus ojos cuando ella describió las estadísticas de desnutrición infantil en las zonas marginadas de su estado: una emoción genuina, contenida y casi avergonzada de sí misma, como si sintiera que mostrar sentimientos en un contexto técnico fuera una debilidad que debía disculparse. Era la emoción de alguien que cree de verdad en lo que hace. Y Plutarco, que llevaba años rodeado de personas que fingían creer, reconoció la diferencia de inmediato.

Después del foro la buscó con el pretexto de hacerle una pregunta sobre metodología estadística, que era un tema sobre el que él no sabía nada y que ella respondió con una exhaustividad que habría intimidado a cualquiera con menos sangre fría.

—Impresionante —dijo Plutarco cuando ella terminó—. Usted sabe más de pobreza que todos los ministros que he conocido juntos.

—Los ministros no necesitan saber de pobreza —respondió Emilia, con una amargura tan pequeña y tan precisa que revelaba años de observación—. Necesitan saber de presupuesto.

—Con nosotros sería diferente.

Emilia lo miró. Era la primera vez que lo miraba directamente desde que habían empezado a hablar, porque tenía la costumbre de mirar sus notas o sus manos o un punto indefinido en el espacio cuando conversaba, como si el contacto visual directo le exigiera una inversión emocional que repartía con cuidado.

—¿Nosotros quiénes? —preguntó.

—El movimiento. La transformación. La gente que cree que este país puede ser otra cosa.

—Todo el mundo dice eso.

—Ya sé. La diferencia es que nosotros lo decimos en serio.

Hubo una pausa. Emilia volvió a mirar sus notas. Luego las cerró.

—¿Y cómo sé yo que ustedes lo dicen en serio?

—No lo sabe todavía —dijo Plutarco—. Eso es lo honesto. Pero puede venir a verlo.

Emilia fue a verlo tres semanas después, a un mitin en una ciudad industrial del norte donde el movimiento había convocado a trabajadores despedidos de una planta automotriz recién cerrada. Era un público distinto al de los pueblos campesinos, más escéptico, más curtido, con la desconfianza específica de quien ha negociado con sindicatos y sabe cómo funciona la retórica laboral. Plutarco los trabajó durante dos horas con una habilidad que Emilia observó desde una esquina lateral del estrado sin poder determinar si lo que sentía era admiración o algo más incómodo que todavía no sabía nombrar.

Lo que vio no fue a un político dando un discurso.

Vio a una plaza entera transformarse.

Vio a hombres que habían llegado con los brazos cruzados y la mandíbula apretada terminar aplaudiendo con los ojos húmedos. Vio a mujeres que habían traído a sus hijos porque no tenían con quién dejarlos levantarlos sobre sus hombros para que vieran al hombre que hablaba. Vio a un anciano que había perdido su trabajo después de treinta y dos años en la planta acercarse al estrado al final y decirle a Plutarco, con una voz que apenas se sostenía:

—Usted es el primero que nos habla como si valiéramos algo.

Y Plutarco le respondió, poniéndole una mano en el hombro con una delicadeza que Emilia no le había calculado:

—Ustedes siempre valieron. El problema es que los que mandaban no sabían contar.

El anciano lloró. Emilia también, aunque se limpió los ojos con rapidez y miró hacia otro lado, avergonzada de su propia emoción en un contexto que se suponía que estaba evaluando con criterio profesional.

Después del mitin, Serafín la encontró sola junto a una barda, todavía procesando lo que había visto.

—Primera vez que viene, ¿verdad? —le preguntó.

—Se nota tanto?

—Se nota en que todavía le brillan los ojos. Los que llevan más de tres mítines ya tienen la mirada de quien regresa de la guerra.

Emilia lo miró con una expresión entre la curiosidad y la cautela.

—¿Y eso es malo?

Serafín pensó un momento, con esa honestidad accidental que a veces le surgía cuando bajaba la guardia.

—Depende de para qué le alcancen los ojos —dijo, y se fue antes de que ella pudiera preguntarle qué quería decir.

Lo que Emilia no sabía en ese momento, parada junto a esa barda en una ciudad industrial del norte mientras el equipo desmontaba el estrado y la gente se dispersaba llevándose algo parecido a la esperanza aunque nadie hubiera podido definirlo con precisión, era que Plutarco ya había tomado nota de ella con el mismo cuidado con que tomaba nota de todo lo que podía servirle. No por sus estadísticas ni por su competencia técnica, aunque ambas cosas resultarían útiles más adelante. Sino por esa emoción genuina y contenida que había visto en sus ojos durante la ponencia sobre desnutrición infantil.

Una persona que creía de verdad era, en el inventario del movimiento, un recurso escaso y valioso.

Mucho más valiosa que alguien que simplemente obedecía.

Aunque la diferencia, con el tiempo suficiente y la presión adecuada, tendía a desaparecer.

Esa noche, en el cuarto del hotel donde dormía cuando hacía gira, Plutarco se sentó frente al espejo del baño con la camisa todavía húmeda del calor del mitin y se miró durante un tiempo largo y silencioso. Era un hábito que había desarrollado sin proponérselo, esa revisión nocturna frente al espejo, como si necesitara verificar que el personaje que había interpretado durante el día seguía siendo reconocible como él mismo.

Cada vez le costaba más trabajo distinguirlos.

Sonrió al reflejo con la sonrisa pequeña y privada de quien acaba de comprender algo sobre sí mismo que no puede compartir con nadie.

—Ellos me necesitan —dijo en voz baja—. Más de lo que necesitan la verdad.

El reflejo no respondió.

Afuera, la ciudad industrial apagaba sus luces una por una, con la parsimonia resignada de los lugares que han aprendido a no esperar que el día siguiente sea mejor que el anterior pero que siguen, por costumbre o

por terquedad o por esa forma mínima y obstinada de esperanza que se parece mucho a no tener otra opción, apagando y encendiendo sus luces cada noche como si el gesto en sí mismo fuera suficiente razón para continuar.

CAPÍTULO 2

La Teoría de la Lealtad Absoluta

Ciudad Capital, dieciocho años antes

El Instituto Nacional de Fidelidad Patriótica nació un miércoles por la tarde en una servilleta de restaurante.

No es una metáfora. Es un hecho documentado que el propio régimen intentó convertir en leyenda fundacional, aunque la versión oficial omitía la servilleta y la reemplazaba por una reunión solemne de líderes visionarios en torno a una mesa de caoba. La servilleta, sin embargo, existió. La conservó durante años Serafín Garduño, guardada en una carpeta plástica transparente junto a otros documentos que consideraba históricamente relevantes y que más tarde, cuando las cosas se pusieron difíciles, se convertiría en uno de los archivos más buscados por las agencias internacionales de investigación.

En la servilleta, con una letra que era más rabia que caligrafía, Plutarco había escrito tres líneas:

Noventa por ciento lealtad. Diez por ciento capacidad. El resto es traición disfrazada de mérito.

Serafín la había leído con la expresión de quien no está seguro de si acaba de presenciar un momento histórico o de si debe llamar a un médico.

—¿Lo entiendes? —le había preguntado Plutarco, doblando la servilleta con una meticulosidad que contrastaba con la urgencia de la letra.

—Creo que sí, jefe.

—No creo. O lo entiendes o no lo entiendes.

—Lo entiendo —dijo Serafín, que no lo entendía del todo pero que había aprendido que en ciertas conversaciones la comprensión parcial era preferible a la honestidad total.

Lo que Plutarco entendía, y que tardaría años en poder articular con la precisión que el régimen le daría después, era algo que había ido construyendo durante sus años de recorrido por pueblos y plazas: que la inteligencia técnica era el enemigo más sofisticado del poder personal. No porque los técnicos fueran necesariamente desleales. Sino porque la competencia genera criterio propio, el criterio propio genera opiniones, las opiniones generan preguntas, y las preguntas son, en un régimen construido sobre certezas emocionales, el principio del fin.

Él lo había visto en los gobiernos anteriores. Los tecnócratas llegaban con sus modelos y sus proyecciones y sus matrices de impacto y terminaban

siempre diciéndole al poder que no se podía hacer lo que el poder quería hacer, que los números no daban, que la realidad tenía sus propias reglas y que esas reglas no eran negociables. Y el poder los escuchaba, y hacía lo que quería de todas formas, y luego los culpaba cuando las cosas salían mal, que era el ciclo más antiguo y más inútil de la política nacional.

Plutarco decidió saltarse ese ciclo completo.

Si el problema era que la gente con criterio propio terminaba cuestionando las decisiones del liderazgo, la solución era no contratar gente con criterio propio. La solución era construir un equipo cuya única área de especialización fuera la lealtad, entendida no como un valor entre otros sino como el valor supremo del que derivaban todos los demás, incluyendo la competencia, la honestidad y la realidad misma.

Así comenzó la gran redistribución de cargos que el movimiento llamó en sus documentos internos la Renovación del Servicio Público con Vocación Humanista y que el resto del país llamó, con esa concisión que tienen los apodos cuando son precisos, el reparto del pastel.

El primer nombrado fue Abundio Cisneros Leal, exconductor del programa de concursos más popular de la televisión nacional, designado Secretario de Economía. Abundio tenía una sonrisa de cuarenta y dos dientes, un bronceado permanente que desafiaba las leyes de la geografía climática y una capacidad para hablar durante horas sin decir nada medible que Plutarco consideraba, con razón, perfectamente adecuada para el cargo.

En su primera conferencia de prensa como secretario, un periodista le preguntó sobre la tasa de inflación.

—La inflación —dijo Abundio, acomodándose el nudo de la corbata con el gesto ensayado de sus años frente a las cámaras— es un concepto que el pueblo vive en el corazón, no en los números. Y el corazón del pueblo mexicano es grande. Muy grande.

—¿Pero tiene usted una cifra? —insistió el periodista.

—Tengo algo mejor que una cifra —respondió Abundio—. Tengo la convicción de que este gobierno cambiará la vida de las familias humildes de este país. ¿No es eso más importante que un número?

El periodista intentó formular una tercera pregunta pero el jefe de comunicación de la secretaría, que había aprendido de Serafín Garduño la técnica de cerrar conferencias antes de que el desastre se profundizara, anunció que el señor secretario tenía una reunión urgente con el señor presidente y que las preguntas adicionales podían enviarse por escrito a la dirección general de transparencia, que como todos sabían respondía en un plazo de hasta sesenta días hábiles.

Abundio salió del salón de prensa con la sonrisa intacta.

En su oficina, Serafín lo esperaba con una expresión que había perfeccionado durante años y que combinaba la resignación del sobreviviente con la alerta del bombero.

—Jefe —le dijo por teléfono a Plutarco esa tarde—, Abundio dijo que la inflación se vive en el corazón.

—Bien —respondió Plutarco.

—¿Bien?

—Bien. Eso no lo puede refutar ningún estadístico.

Serafín guardó silencio un momento.

—Jefe, con todo respeto, tampoco lo puede gobernar ningún ministro.

—Serafín, tú no entiendes la economía moral. El día que la entiendas me lo dices y hablamos.

Serafín no la entendió nunca. Pero aprendió a no decirlo.

La segunda designación fue la de Remedios Angarita Vda. de Solórzano, astróloga de cabecera de tres primeras damas consecutivas de gobiernos anteriores, nombrada directora del Instituto Nacional de Planeación Estratégica. Remedios tenía setenta y un años, una colección de turbantes de colores que coordinaba con el calendario lunar y una teoría sobre la relación entre Mercurio retrógrado y las tasas de desempleo que presentó en su primera reunión de gabinete con una seriedad que paralizó la sala durante varios minutos.

—Según las cartas astrales de la República —explicó, desplegando un mapa estelar sobre la mesa de juntas con la eficiencia de quien ha hecho esto muchas veces—, los próximos dieciocho meses serán de alta turbulencia mercurial, lo que significa que cualquier decisión económica tomada entre marzo y septiembre tendrá consecuencias invertidas a las esperadas. Mi recomendación es posponer todas las reformas estructurales hasta que Júpiter entre en Capricornio.

El subsecretario de Hacienda, que era el único técnico que había sobrevivido al reparto del pastel por razones que nadie explicó nunca satisfactoriamente, levantó la mano.

—¿Y si el Fondo Monetario Internacional no puede esperar a Júpiter?

Remedios lo miró con la serenidad olímpica de quien ha trascendido la preocupación por las instituciones financieras internacionales.

—El Fondo Monetario Internacional —dijo— también está sujeto a las influencias planetarias, quieran reconocerlo o no.

El subsecretario bajó la mano.

Plutarco, que había recibido el reporte de la reunión esa misma tarde de boca de Serafín, escuchó el relato completo sin inmutarse.

—¿Y qué dijo el resto del gabinete? —preguntó.

—Asintieron —dijo Serafín—. Todos asintieron.

—¿Ves? —dijo Plutarco—. Eso es lo que yo llamo cohesión gubernamental.

Emilia Portes Pardo asistió a esa reunión de gabinete. Ocupaba entonces un cargo menor dentro de la estructura del movimiento, coordinadora de

programas sociales en tres estados del centro del país, suficientemente cerca del poder para observarlo con detalle pero suficientemente lejos para no tener que defenderlo públicamente cuando las cosas salían mal, que era una posición que en aquel momento le parecía incómoda y que con el tiempo comprendería que era un privilegio que estaba a punto de perder para siempre.

Escuchó a Remedios Angarita hablar de Mercurio retrógrado con los ojos fijos en la mesa, como hacía cuando no quería que nadie viera lo que pensaba. Junto a ella, un funcionario de nombre Leopoldo Fumarola, que era el secretario de Bienestar y que había sido antes locutor de radio en una estación de música gruperá, le susurró al oído:

—¿Y tú qué opinas de la astrología, Emilia?

—Opino que Mercurio retrógrado no va a pagar la nómina de los programas sociales.

—Habla más quedito —dijo Leopoldo, mirando hacia los lados con el reflejo pavloviano del funcionario que ha aprendido que las paredes tienen micrófonos y que los micrófonos tienen consecuencias.

—¿Y el presupuesto? —insistió Emilia en voz más baja.

—El presupuesto lo decide el jefe. Y el jefe decide con lo que él llama visión histórica.

—¿Y qué es la visión histórica?

Leopoldo la miró con una expresión entre la compasión y la advertencia.

—Es lo que pasa cuando alguien toma decisiones sin que nadie le pueda decir que está equivocado —dijo—. Bienvenida al nuevo gobierno, Emilia.

Esa tarde, después de la reunión, Emilia fue a ver a Plutarco. Lo encontró en su despacho revisando carpetas con la concentración selectiva de quien busca algo específico y descarta todo lo demás. Llevaban meses trabajando juntos en la estructura del movimiento y Emilia había aprendido a leer sus estados de ánimo con la precisión de quien ha estudiado un fenómeno natural particularmente impredecible.

Estaba de buen humor. Eso era peligroso de otra manera.

—Plutarco —dijo, usando el nombre sin título porque así lo había pedido él desde el principio, aunque a ella le costara trabajo cada vez—, necesito hablarte de los programas sociales.

—Habla.

—El presupuesto asignado no alcanza para cubrir los compromisos que anunciaste en campaña. Hay una diferencia de aproximadamente cuarenta por ciento entre lo prometido y lo disponible.

Plutarco dejó de revisar carpetas. La miró.

—¿Cuarenta por ciento?

—Aproximadamente.

—¿Y eso quién lo dice?

—Los números.

Hubo una pausa. Plutarco se recostó en su silla con el gesto de quien va a explicar algo que ya explicó demasiadas veces.

—Emilia, los números dicen lo que uno les pide que digan. Eso lo saben hasta los niños.

—No estos números. Estos son compromisos contractuales con beneficiarios reales.

—Los beneficiarios reales son el pueblo. Y el pueblo entiende que una transformación de esta magnitud requiere paciencia histórica.

—¿Paciencia histórica significa que no van a recibir los apoyos que les prometimos?

—Significa que los van a recibir en los tiempos que la transformación determine, no en los tiempos que determinan los tecnócratas.

Emilia lo miró. Había algo en esa conversación que reconocía de algún lugar, una lógica circular que giraba sobre sí misma con la elegancia de una trampa bien diseñada, y que sin embargo no podía refutar con la velocidad que habría necesitado porque Plutarco tenía la habilidad de mover el suelo bajo los pies del interlocutor justo en el momento en que éste creía haber encontrado dónde pararse.

—¿Y si los beneficiarios preguntan? —dijo finalmente.

—Les explicamos. Tenemos comunicadores para eso.

—¿Comunicadores como Abundio Cisneros?

Plutarco sonrió. Era una sonrisa pequeña que no llegaba del todo a los ojos.

—Abundio tiene algo que ningún tecnócrata tiene, Emilia.

—¿Qué?

—Convicción. Y la convicción, bien comunicada, es más efectiva que la verdad, bien documentada.

Emilia guardó silencio. Recogió sus papeles con la precisión metódica de quien necesita hacer algo con las manos para no hacer otra cosa. En la puerta se detuvo.

—Plutarco, ¿tú crees de verdad en lo que hacemos?

Era la misma pregunta que Serafín le había hecho años atrás, después del primer mitin importante. Y Plutarco dio la misma respuesta, con la misma pausa calculada, con la misma sonrisa que no llegaba a los ojos.

—¿Importa? —dijo.

Emilia salió del despacho sin responder.

Caminó por el pasillo largo de la sede del movimiento, que era un edificio que había sido banco en otra época y que conservaba todavía la solidez institucional de los lugares diseñados para guardar cosas valiosas, aunque

lo que guardaba ahora fuera de naturaleza distinta. Pensó en la respuesta de Plutarco. Pensó en Remedios Angarita y su mapa estelar. Pensó en Abundio Cisneros hablando de inflación con el corazón. Pensó en Leopoldo Fumarola y su advertencia sobre las paredes con micrófonos.

Y pensó, con esa honestidad incómoda que uno solo puede permitirse en los pasillos vacíos, que quizá debería irse. Que quizá había un límite entre creer en una causa y participar en algo que empezaba a parecerse, desde ciertos ángulos, a otra cosa completamente distinta.

Pero entonces recordó el mitin en la ciudad industrial del norte. Recordó al anciano que había trabajado treinta y dos años en la planta automotriz y que había llorado porque alguien finalmente le había hablado como si valiera algo. Recordó su propia emoción junto a la barda, avergonzada de sus propios ojos húmedos.

Y decidió quedarse.

No porque Plutarco tuviera razón. Sino porque la causa, debajo de todo el resto, todavía le parecía real. Y la causa, se dijo, era más grande que los métodos. Era más grande que Abundio y que Remedios y que las servilletas con doctrinas escritas con letra de rabia. Era más grande incluso que Plutarco.

Eso era lo que se dijo.

Años después, parada sola en los enormes salones de la residencia presidencial escuchando su propia voz llegar desde los altavoces del jardín, recordaría ese momento en el pasillo del edificio que había sido banco. Y comprendería que la decisión de quedarse no había sido un acto de fe sino el primero de una serie de actos que, encadenados con la lógica implacable de las consecuencias, la habían conducido hasta ahí.

Pero eso sería después.

Esa tarde, Emilia Portes Pardo caminó hasta el final del pasillo, empujó la puerta de salida y salió a la calle, donde la ciudad seguía su curso con la indiferencia característica de las ciudades grandes ante los momentos que cambian las vidas de las personas que las habitan, sin saber y sin importarle que dentro de ese edificio que había sido banco acababa de comenzar, sin anunciarse, el largo camino que la llevaría a convertirse en lo que el pueblo llamaría después, con una precisión que ningún cargo oficial podría contradecir:

La Polichinela.

CAPÍTULO 3

La Fábrica Nacional de la Verdad

Ciudad Capital, quince años antes

El Ministerio de Orientación Popular nació oficialmente un lunes, aunque sus funciones habían comenzado varios meses antes bajo el nombre provisional

de Coordinación General de Narrativa Transformadora, que era un nombre tan largo y tan abstracto que nadie fuera del movimiento lo recordaba, lo cual era, según Serafín Garduño, precisamente el punto.

—Si no lo pueden nombrar —le había explicado Serafín a su equipo en la primera reunión de trabajo—, no pueden criticarlo. Y si no pueden criticarlo, no pueden organizarse contra él. El lenguaje burocrático es el mejor sistema de defensa que existe. Más barato que el ejército y más efectivo que la censura.

El equipo de Serafín estaba compuesto por once personas que habían sido seleccionadas siguiendo el principio doctrinal establecido en la servilleta fundacional: noventa por ciento lealtad, diez por ciento capacidad. En la práctica esto significaba que nueve de los once eran absolutamente devotos al movimiento y relativamente incompetentes en comunicación, y que los dos restantes eran moderadamente competentes y suficientemente aterrorizados como para no usar esa competencia en ninguna dirección que no hubiera sido previamente autorizada.

El resultado era una maquinaria que funcionaba con la eficiencia específica de los sistemas diseñados no para producir resultados sino para producir apariencia de resultados, que es una disciplina completamente distinta y considerablemente más demandante.

Su primera gran operación fue la gestión de la crisis hospitalaria.

El sistema de salud de la República llevaba tres años en colapso progresivo. Los hospitales públicos carecían de medicamentos básicos, de personal suficiente y en varios casos de agua corriente, que era una carencia que los directores administrativos describían en sus informes internos como «intermitencia en el suministro hídrico» y que los pacientes describían, con menos eufemismo, como sed.

El gobierno necesitaba una respuesta. Serafín convocó a su equipo a una sesión de emergencia que duró catorce horas y que produjo, después de mucho debate y varios cafés, una solución que era a la vez brillante y absolutamente demencial: si el sistema de salud no podía mejorar, lo que podía mejorar era la definición oficial de salud.

—Redefinimos los indicadores —explicó Serafín en la reunión donde presentó la propuesta a Plutarco—. En lugar de medir camas disponibles, medicamentos en existencia y tiempos de espera, medimos satisfacción emocional del paciente, percepción de calidez en la atención y nivel de gratitud hacia el sistema.

Plutarco lo escuchó con la atención concentrada que ponía cuando alguien le decía algo que confirmaba lo que ya pensaba.

—¿Y cómo mides la gratitud? —preguntó.

—Con encuestas. Encuestas que nosotros diseñamos, aplicamos y procesamos.

—¿Y los resultados?

—Los resultados serán los que necesitemos que sean.

Hubo una pausa.

—Serafín —dijo Plutarco—, llevas años trabajando conmigo y justo ahora me sorprendes.

—Es un halago, supongo.

—Es una constatación. Procede.

La nueva metodología de evaluación del sistema de salud se publicó en el Diario Oficial de la Federación bajo el nombre de Índice Nacional de Bienestar Sanitario con Enfoque Humanista, que tenía diecisiete variables, cuatro de las cuales medían aspectos emocionales, tres medían percepción de limpieza en las instalaciones y ninguna medía disponibilidad de medicamentos, porque la disponibilidad de medicamentos era, según la nota metodológica al pie del documento, un indicador de corte neoliberal que reducía la experiencia de salud a su dimensión farmacológica, ignorando la dimensión espiritual y comunitaria del proceso de sanación.

El índice mostró una mejoría de diecisiete puntos en el primer trimestre de su aplicación.

Emilia leyó el documento en su oficina una mañana de marzo, lo dejó sobre el escritorio y permaneció varios minutos mirando el techo con la expresión de quien está calculando cuánto le costará fingir que no leyó lo que acaba de leer.

Luego llamó a Serafín.

—Serafín, el nuevo índice de salud no mide medicamentos.

—Mide bienestar integral.

—La gente se está muriendo por falta de medicamentos.

—La gente se muere por muchas razones, Emilia. Algunas de ellas son sistémicas y preexistentes al actual gobierno.

—¿Y las que no son preexistentes?

—Las que no son preexistentes están siendo atendidas con los recursos disponibles dentro del contexto de la transformación en curso.

Emilia reconoció el tono. Era el tono de la comunicación oficial, ese registro particular que el movimiento había desarrollado para responder preguntas sin responderlas, usando palabras que existían en el diccionario pero que combinadas de esa manera específica producían un significado que no existía en ninguna realidad verificable.

—Serafín —dijo—, estamos hablando de personas reales.

—Siempre estamos hablando de personas reales, Emilia. La diferencia es el marco interpretativo desde el que las describimos.

—¿Y el marco interpretativo cambia si alguien se muere por falta de paracetamol?

Hubo una pausa larga.

—Emilia, te lo digo como amigo: hay conversaciones que es mejor tener en persona y otras que es mejor no tener del todo. Esta es de las segundas.

Emilia colgó.

Mientras tanto, la maquinaria propagandística se expandía con la velocidad y la voracidad de los organismos que encuentran un ambiente favorable. El equipo de once personas se convirtió en un equipo de ciento cuarenta, luego en una estructura de ochocientas personas distribuidas en cinco direcciones generales, cuatro coordinaciones regionales y una unidad especial de monitoreo digital que operaba las veinticuatro horas en instalaciones que el gobierno describía como Centro de Inteligencia Comunicacional y que los trabajadores llamaban entre sí, con el humor sombrío de quien trabaja en un lugar que le avergüenza pero que paga bien, la Fábrica.

La Fábrica producía varias cosas.

Producía tendencias artificiales en redes sociales, que eran corrientes de opinión fabricadas mediante cuentas falsas coordinadas para crear la ilusión de que determinados temas dominaban el debate público. Producía ataques sistemáticos contra periodistas críticos, que consistían en campañas de desprestigio personal diseñadas para desviar la atención del contenido de las críticas hacia la supuesta motivación política o el supuesto financiamiento extranjero de quienes las formulaban. Producía estadísticas patrióticas, que eran cifras elaboradas con metodologías diseñadas a la medida del resultado necesario y publicadas con la solemnidad institucional suficiente para que resultara difícil refutarlas sin parecer que uno estaba atacando a la nación entera.

Y producía, sobre todo, eufemismos.

La Fábrica tenía un departamento entero dedicado exclusivamente a la producción de eufemismos, que era quizá el más creativo de todos sus departamentos y el que generaba mayor orgullo profesional entre sus integrantes. Cuando colapsó la red de distribución de gas doméstico en la capital, el departamento produjo en cuatro horas el término Reorganización Estratégica del Suministro Energético Domiciliario. Cuando los grupos criminales tomaron el control de tres municipios del norte del país, el departamento elaboró el concepto Zonas de Gobernanza Comunitaria Alternativa. Cuando la moneda nacional perdió quince por ciento de su valor en un trimestre, el departamento acuñó la expresión Ajuste de Paridad con Perspectiva de Soberanía Monetaria.

Los homicidios pasaron a llamarse incidentes de fricción comunitaria.

Las desapariciones se convirtieron en ausencias no documentadas.

Las protestas ciudadanas se transformaron en expresiones de inconformidad inducida por actores externos.

Y el hambre, ese concepto antiguo y tenaz que se resistía con particular obstinación a ser reemplazado por otra cosa, fue rebautizado oficialmente

como déficit temporal de acceso a la canasta básica en el contexto de la reorientación del modelo económico, que era una frase de diecinueve palabras que describía exactamente lo mismo que la de una y que tenía la virtud, desde el punto de vista del régimen, de que nadie podía sostenerla en la memoria el tiempo suficiente para repetirla en una protesta.

Plutarco supervisaba todo esto con la satisfacción serena del artesano que ve su obra tomar forma. Pero había algo más que estaba ocurriendo, algo que ni Serafín ni nadie dentro del movimiento había calculado del todo, algo que comenzaba a manifestarse en los discursos y las declaraciones y las conferencias de prensa del líder con una frecuencia que iba en aumento.

Plutarco empezaba a creerse sus propias mentiras.

No todas. No de golpe. Era un proceso gradual y casi imperceptible, como la calcificación de un tejido que va endureciéndose tan lentamente que quien lo padece no puede determinar con precisión el momento en que dejó de ser flexible. Comenzó con las anécdotas. Plutarco había desarrollado durante años de campaña el hábito de ilustrar sus argumentos con historias personales, episodios de su infancia o su juventud que servían para demostrar que entendía la pobreza desde adentro. Al principio esas historias eran esencialmente verdaderas, aunque adornadas con los énfasis inevitables de quien las ha contado muchas veces. Pero con el tiempo los adornos fueron creciendo, los detalles fueron cambiando, los episodios fueron adquiriendo una intensidad dramática que los originales no tenían, y en algún punto del proceso, sin que hubiera un momento identificable de decisión consciente, Plutarco dejó de saber con certeza cuáles partes había vivido y cuáles había inventado.

Serafín lo notó primero.

Una tarde, después de una conferencia en la que Plutarco había descrito con detalle escalofriante una noche de infancia en que su familia no había tenido qué comer y él había salido a buscar comida en la basura de los vecinos, Serafín lo alcanzó en el corredor con su libreta y su expresión de bombero.

—Jefe, esa historia de la basura.

—¿Qué tiene?

—La semana pasada era diferente. La semana pasada era que saliste a pedir prestado a los vecinos, no que buscaste en su basura.

Plutarco lo miró un momento.

—Fue las dos cosas —dijo.

—¿En la misma noche?

—Serafín, la pobreza no es lineal. La pobreza es caótica. Una noche podías pedir prestado y buscar en la basura y todavía quedarte con hambre. Eso es lo que los que nunca fueron pobres no entienden.

Serafín anotó algo en la libreta. Luego levantó la vista.

—¿Y lo del hermano menor que murió de desnutrición?

—¿Qué tiene?

—Que la semana pasada era un primo.

Hubo una pausa larga.

—Era un primo que era como un hermano —dijo Plutarco—. En los pueblos pobres las familias son distintas. Los vínculos son distintos. Eso tampoco lo entienden los que nunca vivieron en un pueblo pobre.

Serafín cerró la libreta.

—Entendido, jefe.

—¿Lo entiendes de verdad?

—Lo entiendo de verdad.

No lo entendía. Pero había algo peor que no entenderlo: había algo en la manera en que Plutarco lo había dicho, en la convicción con que había explicado la diferencia entre primo y hermano, que sugería que él sí lo creía. Que no estaba improvisando una justificación sino describiendo algo que en su memoria ya era real, ya había ocurrido exactamente así, ya formaba parte de una biografía que iba reescribiéndose sola con la fluidez silenciosa de los documentos que nadie supervisa.

Eso era lo que más asustaba a Serafín. No la mentira deliberada sino la mentira que había dejado de ser deliberada.

Emilia, que para entonces había ascendido dentro del movimiento hasta convertirse en coordinadora nacional de programas sociales, fue testigo de algo parecido durante una reunión de gabinete en que Plutarco describió su primer encuentro con la pobreza extrema durante un recorrido por los pueblos de su juventud.

—Recuerdo a una familia —dijo Plutarco, con esa cadencia lenta que usaba cuando quería que las palabras se asentaran en el silencio— que vivía en un cuarto de lámina sin piso. Siete personas. El padre trabajaba en el campo por veinte pesos diarios. La madre hacía tortillas para vender. Y tenían un niño de tres años que no había comido en dos días.

La sala escuchaba en silencio. Varios funcionarios asumían la expresión de la emoción contenida que habían aprendido a producir en estas ocasiones.

—Ese niño —continuó Plutarco— me miró a los ojos. Y en esa mirada vi todo lo que este país le había negado. Todo lo que el sistema había robado. Todo lo que la transformación tiene la obligación moral de devolver.

Emilia lo escuchaba desde su lugar en la mesa. Conocía esa historia. La había escuchado varias veces, en versiones que diferían en detalles significativos: a veces el niño tenía tres años, a veces cinco, a veces era una niña. A veces el padre ganaba veinte pesos, a veces diez, a veces nada. Pero lo que la perturbaba no era la inconsistencia de los detalles.

Era que Plutarco lloraba.

Cada vez que contaba esa historia, o cualquiera de sus variaciones, los ojos de Plutarco se humedecían con una autenticidad que era imposible de fingir. No eran las lágrimas calculadas del político que sabe cuándo llorar para las cámaras. Eran lágrimas reales, producidas por una emoción real, frente a una historia que era parcialmente inventada.

Lo que significaba, y esto era lo que Emilia no podía terminar de procesar, que Plutarco había llegado al punto en que podía emocionarse genuinamente con sus propias ficciones. Que la frontera entre lo vivido y lo construido se había borrado de una manera que ya no era recuperable. Que el hombre que le había preguntado a Serafín años atrás si importaba que creyera en lo que decía había resuelto finalmente la pregunta, no mediante la honestidad sino mediante la disolución de la diferencia entre creer y decir.

Después de la reunión, Emilia salió al corredor y se encontró con Leopoldo Fumarola, el secretario de Bienestar que había sido locutor de radio y que tenía el don de aparecer en los momentos más inopinados con comentarios que resultaban, a pesar de todo, pertinentes.

—¿Viste llorar al jefe? —preguntó Leopoldo.

—Lo vi.

—¿Crees que es real?

Emilia lo pensó un momento.

—Creo que para él sí —dijo.

Leopoldo asintió lentamente, como quien recibe una confirmación que esperaba y que no le da ningún placer recibir.

—Eso —dijo— es lo más peligroso que me has dicho en todo el tiempo que llevamos trabajando juntos.

Esa tarde, en su despacho, Plutarco estaba de pie frente a un gigantesco mural recién inaugurado en el vestíbulo principal de la sede del movimiento. El mural lo representaba como un libertador semidivino, de pie sobre una colina, rodeado de campesinos arrodillados que extendían las manos hacia él con expresiones de una gratitud que bordeaba la devoción religiosa. Detrás de él, un amanecer de colores imposibles iluminaba un horizonte sin nubes.

Lo contempló durante varios minutos con las manos en la espalda y la cabeza levemente inclinada hacia un lado, como un coleccionista evaluando una pieza nueva.

Serafín entró sin llamar, que era una libertad que todavía se permitía aunque con cada mes que pasaba le costaba más trabajo ejercerla.

—Lo terminaron hoy —dijo, mirando el mural.

—Ya veo —dijo Plutarco sin moverse.

—¿Te gusta?

—Es correcto.

—¿Correcto en qué sentido?

Plutarco tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz tenía ese tono particular que usaba cuando pensaba en voz alta, cuando bajaba la guardia lo suficiente para dejar salir algo que no había pasado por el filtro habitual.

—¿Crees que la Historia recordará mi rostro durante siglos? —preguntó.

Serafín miró el mural. Miró a Plutarco. Pensó en la servilleta con las tres líneas. Pensó en Abundio Cisneros hablando de la inflación del corazón. Pensó en Remedios Angarita y Mercurio retrógrado. Pensó en el primo que era como un hermano. Pensó en todas las cosas que había anotado en su libreta y en todas las que había decidido no anotar.

Y dijo lo único que podía decir dentro de ese edificio, frente a ese mural, en ese momento de la historia del movimiento.

—Sin duda, jefe.

Plutarco asintió una vez, con la satisfacción lenta de quien recibe una confirmación que esperaba pero que necesitaba escuchar de todas formas.

Serafín salió del vestíbulo sin que le temblaran las manos, que era lo máximo que podía pedirse a sí mismo en ese momento, y caminó por el corredor hacia su oficina pensando que había llegado el tiempo de empezar a guardar copias de ciertos documentos en lugares que no fueran las instalaciones del movimiento.

La servilleta ya la tenía.

Habría que conseguir más carpetas plásticas.

CAPÍTULO 4

La Polichinela

Ciudad Capital, seis años antes

El anuncio llegó un domingo por la mañana, que era el momento que el equipo de comunicación del movimiento había calculado como el de menor resistencia periodística de la semana, porque los domingos los editores estaban en casa y los reporteros de guardia eran los más jóvenes y los menos preparados para hacer las preguntas correctas en el tiempo que había entre el comunicado y el cierre de la edición digital.

Plutarco López Regidor, presidente constitucional de la República, fundador del movimiento de Regeneración Nacional Permanente y, según el lenguaje oficial que el Ministerio de Orientación Popular había ido acumulando como capas geológicas sobre su nombre, Guía Histórico de la Transformación del Pueblo, anunciaba su decisión irrevocable de no buscar la reelección y de retirarse de la vida pública al término de su mandato constitucional de seis años, a fin de permitir que el pueblo profundizara la transformación bajo un

nuevo liderazgo que él mismo había forjado con el amor de quien entrega su obra más preciada.

El comunicado tenía cuatro páginas.

Las primeras tres eran una descripción de sus logros históricos que incluía, entre otras cosas, haber derrotado a la corrupción, haber liberado al pueblo de la esclavitud neoliberal, haber devuelto la dignidad a las clases humildes y haber iniciado una nueva era espiritual en la historia de la República, todo lo cual había ocurrido, según el documento, en paralelo con una realidad alternativa que la mayoría de los ciudadanos no habían tenido la fortuna de habitar pero que las estadísticas oficiales documentaban con precisión.

La cuarta página designaba a Emilia Portes Pardo como candidata del movimiento a la presidencia de la República.

La primera reacción en la sede del movimiento fue el silencio.

No el silencio respetuoso de quienes procesan una noticia importante. El silencio compacto y ligeramente aterrorizado de quienes acaban de recibir información que contradice lo que esperaban y no saben todavía si la respuesta correcta es aplaudir o huir.

Abundio Cisneros, que para entonces llevaba cinco años como secretario de Economía y había perfeccionado hasta el virtuosismo la técnica de decir nada con gran elocuencia, fue el primero en romper el silencio en la reunión de emergencia convocada esa tarde en la sala de juntas principal.

—Es una decisión histórica —dijo, con la solemnidad de quien ha encontrado en el adjetivo histórico un comodín que sirve para cualquier situación—. El jefe nos sorprende una vez más con su visión de largo plazo.

—¿Emilia Portes Pardo? —dijo alguien desde el fondo de la sala, en un tono que no era exactamente una pregunta sino más bien la verbalización de una incredulidad que todos compartían pero que nadie más se había atrevido a pronunciar.

—La coordinadora nacional de programas sociales —confirmó Serafín, que presidía la reunión con su expresión habitual de bombero en servicio permanente.

—Conozco quién es —dijo la voz del fondo, que pertenecía a un hombre llamado Macedonio Ríos Castellanos, gobernador de uno de los estados más grandes del país y uno de los miembros del movimiento que más abiertamente había aspirado a ser el designado—. Lo que no entiendo es por qué.

—El jefe tiene sus razones —dijo Serafín.

—El jefe siempre tiene sus razones —respondió Macedonio—. El asunto es cuáles son en este caso.

Serafín lo miró con la calma específica de quien sabe algo que el otro no sabe y que no va a revelar en esa reunión ni en ninguna otra.

—Las que él considera pertinentes para la continuidad de la transformación —dijo.

Macedonio abrió la boca para responder, la cerró, miró a su alrededor y calculó en segundos el balance entre lo que quería decir y lo que le convenía decir, que era un cálculo que todos los miembros del movimiento hacían constantemente y que con los años se había vuelto tan automático que ya no requería esfuerzo consciente.

—Apoyamos al jefe —dijo finalmente—. Como siempre.

—Como siempre —confirmó Serafín.

Lo que Macedonio no sabía, y que Serafín sí sabía porque había estado en la conversación, era que Plutarco había elegido a Emilia precisamente por las razones que todos consideraban sus debilidades. Era demasiado discreta. Era demasiado técnica. Era demasiado obediente. No tenía base política propia, no tenía red de lealtades independiente, no tenía ambición personal reconocible, o si la tenía la había enterrado tan profundamente bajo capas de disciplina institucional que resultaba imposible de detectar desde afuera.

En una conversación que Serafín guardó en su memoria con la fidelidad de quien sabe que está tomando nota de algo que algún día será importante, Plutarco le había explicado su razonamiento con la claridad ocasional que lo visitaba cuando hablaba de poder.

—Necesito alguien que gobierne sin gobernar —le había dicho.

—¿Y Emilia puede hacer eso?

—Emilia lleva años haciéndolo. Coordina programas en tres estados siguiendo instrucciones sin añadir nada propio. Es perfecta.

—Jefe, con todo respeto, estamos hablando de la presidencia.

—Exactamente. Necesito a alguien que entienda que la presidencia es una función, no un poder.

Serafín había anotado eso en su libreta. Luego lo había tachado, porque había cosas que era mejor no tener escritas, y luego había vuelto a escribirlo en otra libreta que guardaba en un lugar distinto, porque había cosas que era necesario que quedaran escritas en algún lugar aunque ese lugar fuera secreto.

Emilia se enteró de su designación el mismo domingo del anuncio, treinta minutos antes de que el comunicado se publicara, en una llamada telefónica de Plutarco que duró exactamente cuatro minutos con treinta segundos, que era el tiempo que él consideraba suficiente para las comunicaciones que no requerían discusión.

—Emilia, vas a ser la candidata.

Hubo una pausa de varios segundos.

—¿Candidata a qué? —preguntó Emilia, que lo sabía pero que necesitaba escucharlo dicho con todas las palabras.

—A la presidencia. ¿A qué va a ser?
—Plutarco, yo no soy..
—Sí eres. Llevas años siéndolo sin saberlo. Confía en mí.
—Necesito tiempo para pensarlo.
—Tienes veinte minutos. A las doce sale el comunicado.
—Eso no es tiempo para pensar. Eso es tiempo para asumir.
—Emilia, el pensamiento ya lo hice yo. Lo que necesito es tu confianza.

Otra pausa. Más larga.

—¿Y si no estoy de acuerdo con algunas cosas?
—Las discutimos. Siempre las hemos discutido.
—Las he planteado. No siempre las hemos discutido.
—Emilia.
—Plutarco.

—¿Confías en mí?

Era la pregunta equivocada, formulada de la manera correcta, en el momento preciso, por la persona exacta. Emilia lo sabía. Sabía que era una trampa construida con el material más resistente que existe, que no es el acero ni el concreto sino la historia compartida y la deuda emocional y la necesidad de creer que lo que uno ha invertido no fue en vano.

—Confío en ti —dijo.

—Bien. A las doce sale el comunicado.

La campaña que siguió fue la más grotesca en la historia electoral de la República, lo cual era un mérito considerable dado el nivel de competencia que existía en ese rubro.

Las ciudades amanecieron cubiertas de imágenes de Plutarco observando a Emilia desde el cielo con la expresión de un santo protector que ha delegado sus poderes terrenales en una discípula digna. El lema oficial de la campaña, diseñado por el departamento creativo del Ministerio de Orientación Popular después de tres semanas de trabajo y once propuestas rechazadas, era: Ella escucha al pueblo porque él escucha a la Historia, lo cual era una frase que subordinaba a la candidata al ex presidente en una sola oración y que el equipo de campaña presentó como un homenaje a la continuidad transformadora y que Macedonio Ríos Castellanos, cuando lo leyó, arrugó el papel con una lentitud que expresaba mejor que cualquier comentario verbal lo que pensaba al respecto.

Los mítines parecían ceremonias religiosas.

En uno de ellos, realizado en un estadio de fútbol rentado para la ocasión en una ciudad del occidente del país, el coordinador de logística había instalado veinte mil veladores eléctricas que los asistentes debían sostener encendidas durante el discurso de Emilia como símbolo de la luz que la

transformación traía al pueblo. El efecto visual era innegablemente impresionante. El efecto práctico era que veinte mil personas sostenían objetos de plástico caliente durante cuarenta minutos bajo un sol que en esa región del país no distinguía entre estaciones del año, y que varios de los asistentes de las primeras filas comenzaron a mostrar síntomas de insolación antes de que Emilia terminara de hablar.

El coordinador de logística presentó el incidente en su reporte como manifestaciones de emoción patriótica intensa.

Emilia ganó las elecciones con un margen que los observadores electorales internacionales describieron en sus informes como estadísticamente improbable y que el Ministerio de Orientación Popular describió como una expresión inequívoca de la voluntad del pueblo soberano. El Tribunal Electoral validó los resultados después de una deliberación que duró menos tiempo del que habitualmente requiere decidir dónde almorzar, lo cual no era exactamente una anomalía dado que tres de sus cinco magistrados habían sido designados durante el gobierno de Plutarco bajo el principio doctrinal de la servilleta.

La noche del triunfo, en el salón de actos de la sede del movimiento lleno de banderas y canciones y personas que lloraban con una autenticidad proporcional a la intensidad de su necesidad de creer que lo que estaban celebrando era real, Emilia subió al estrado con Plutarco a su lado y habló durante veinte minutos sobre la responsabilidad histórica que el pueblo le había conferido y la guía irremplazable que el fundador seguiría siendo para la transformación.

Plutarco la escuchó con los brazos cruzados y una sonrisa pequeña que la gente interpretó como orgullo paternal y que Serafín, que los conocía a ambos demasiado bien, interpretó como otra cosa.

Después del acto, cuando la multitud se dispersó y quedaron sólo los operadores y el personal de limpieza recogiendo vasos y serpentinas, Serafín encontró a Emilia sola en un pasillo lateral, mirando su teléfono con la expresión de quien espera una llamada que no sabe si quiere que llegue.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

—Rara.

—¿Rara bien, o rara mal?

—Rara como cuando uno recibe algo que quería pero no exactamente así.

Serafín asintió.

—Emilia, puedo decirte algo que no debería decirte?

—Ya llevas años diciéndome cosas que no deberías.

—Este es diferente.

—Dilo.

Serafín miró hacia los lados con el reflejo del hombre que ha vivido demasiado tiempo en un ambiente donde las paredes escuchan.

—Lo que empieza mañana no es lo que crees que es —dijo.

Emilia lo miró.

—¿Y qué es?

—Es lo que él necesita que sea. No lo que tú necesitas que sea.

—Serafín, llevamos años trabajando para lo mismo.

—Llevabas años trabajando para lo mismo. A partir de mañana, tú trabajas para él. La diferencia es pequeña en el papel y enorme en la práctica.

Emilia guardó silencio. Luego sonrió con una sonrisa cansada que tenía muy poco de alegría y mucho de resignación anticipada.

—Ya veremos —dijo.

—Ya veremos —repitió Serafín, y en su tono la frase significaba exactamente lo contrario de lo que significaba en el de ella.

Lo que vieron, desde el primer día de gobierno, fue esto: nadie esperaba órdenes de Emilia.

Los ministros llegaban a sus reuniones con ella habiendo consultado previamente, por teléfono o por mensajero o mediante el sistema de señales ambiguas que el movimiento había desarrollado para comunicarse con la finca del sur sin dejar registro, al verdadero centro de decisiones. Los gobernadores viajaban a ver a Plutarco con la regularidad de los peregrinajes religiosos y regresaban con instrucciones que presentaban como iniciativas propias. Los militares interpretaban los silencios que llegaban desde el sur con una hermenéutica que habría hecho sentir a un teólogo medianamente impresionado.

Emilia presidía reuniones en que todos los presentes sabían, y ella sabía que ellos sabían, y ellos sabían que ella sabía que ellos sabían, que las decisiones importantes ya habían sido tomadas en otro lugar y que lo que ocurría en esa sala era una representación cuidadosamente ensayada de algo que se llamaba gobierno pero que en la práctica era otra cosa.

Una tarde, tres semanas después de la toma de posesión, Emilia estaba sola en el despacho presidencial cuando sonó el teléfono rojo. Era la primera vez que sonaba desde que ella había llegado. Lo miró durante varios segundos con la expresión de alguien que reconoce una trampa y no tiene otra opción que entrar en ella.

Levantó el auricular.

—¿Cómo vas? —dijo la voz de Plutarco, con el tono casual de quien llama para saber cómo están las cosas en una oficina que técnicamente ya no es suya.

—Bien —dijo Emilia.

—¿Revisaste el proyecto de decreto que te mandé esta mañana?

—Lo revisé.

—¿Y?

—Tiene algunos puntos que me gustaría discutir.

—¿Cuáles?

—El artículo tercero limita la autonomía del banco central de una manera que podría generar señales negativas en los mercados internacionales.

—Los mercados internacionales —dijo Plutarco, con la paciencia enorme de quien lleva años explicando lo mismo— son instrumentos de presión de las élites financieras globales contra los proyectos de soberanía nacional. Ya lo hemos hablado.

—Ya lo hemos hablado. Pero sigo siendo responsable de las consecuencias.

—Las consecuencias las manejamos juntos.

—Plutarco, si mi nombre está en el decreto, las consecuencias las manejo yo.

Hubo una pausa.

—Emilia —dijo la voz, y en ese tono de una sola palabra había algo que ella reconoció de inmediato, un calor que era también una advertencia, una familiaridad que era también un recordatorio de quién le había dado qué—, confía en mí.

Emilia miró la fotografía enorme de Plutarco colgada detrás de su escritorio, que era una fotografía que ella no había pedido y que nadie le había preguntado si quería pero que había aparecido ahí el primer día de gobierno como parte del mobiliario oficial, como si siempre hubiera estado ahí y siempre fuera a estar.

—Confío en ti —dijo.

—Bien. El decreto sale mañana.

Colgó.

Emilia dejó el auricular en su lugar con cuidado, como si el objeto fuera frágil. Luego miró la fotografía durante un tiempo que no supo medir. Luego miró sus manos sobre el escritorio.

Afuera, en la ciudad que ahora era su responsabilidad sin ser exactamente su poder, alguien había pintado en una barda del centro histórico, con una letra grande y roja que el equipo de limpieza municipal borraría a las seis de la mañana siguiente:

LA POLICHINELA MANDA. EL TITIRITERO TAMBIÉN. ¿QUIÉN GOBIERNA?

Era una pregunta retórica.

Pero nadie en el despacho presidencial, incluyendo a quien lo ocupaba, tenía una respuesta que fuera al mismo tiempo honesta y soportable.

CAPÍTULO 5

Las Mañanas Eternas

Ciudad Capital, cuatro años antes

La primera conferencia matutina del gobierno de Emilia Portes Pardo comenzó a las siete de la mañana con cuarenta y dos minutos de retraso, que era exactamente el mismo retraso con que habían comenzado las conferencias matutinas del gobierno de Plutarco durante seis años, y que el Ministerio de Orientación Popular había convertido en un elemento de identidad institucional bajo el argumento de que los líderes transformadores no están sujetos a los tiempos del sistema sino a los tiempos de la Historia, que es una frase que suena profunda hasta que uno intenta aplicarla a un horario de trabajo y descubre que en realidad significa que nadie sabe cuándo va a empezar nada.

El salón de prensa del Palacio Nacional tenía capacidad para trescientas personas y esa mañana estaba lleno hasta los pasillos. No porque los periodistas tuvieran expectativas particulares sobre lo que Emilia diría, sino porque la primera conferencia de cualquier gobierno nuevo genera una curiosidad que es menos periodística que zoológica: la gente quiere ver cómo se mueve el animal en su nuevo entorno.

Emilia entró al salón con el paso firme de quien ha ensayado el paso firme, seguida por tres asesores que cargaban carpetas con la solemnidad de quienes transportan documentos de importancia histórica y que en realidad cargaban versiones impresas de la misma presentación de cuarenta y siete diapositivas que habían preparado la noche anterior y que nadie consultaría durante la conferencia porque Emilia hablaría de memoria, o más precisamente hablaría de la memoria de Plutarco, que era lo que el auricular en su oído izquierdo le transmitía en tiempo real desde la finca del sur.

Se sentó. Sonrió. Abrió el micrófono.

—Buenos días a todas y a todos —dijo, y en ese momento, en esas cinco palabras pronunciadas con exactamente la misma cadencia y el mismo énfasis con el que Plutarco había usado en todas durante seis años de conferencias matutinas, varios de los reporteros más veteranos de la sala intercambiaron una mirada que no necesitaba traducción.

La primera pregunta llegó del corresponsal de un diario económico internacional, un hombre de nombre Osvaldo Treviño que llevaba veinte años cubriendo política nacional y que tenía la habilidad específica de formular preguntas que parecían técnicas y eran en realidad filosóficas.

—Señora presidenta, ¿puede decirnos cuál es su posición personal sobre la política monetaria del banco central?

Emilia lo miró. En su oído izquierdo, un silencio de tres segundos. Luego la voz.

—Los bancos centrales autónomos son un instrumento del pensamiento neoliberal diseñado para sustraer las decisiones económicas del control democrático del pueblo —dijo Emilia, con una fluidez que no tenía nada de improvisado—. Este gobierno cree en una economía al servicio de las personas, no de los mercados financieros.

—Entiendo la posición ideológica —dijo Osvaldo—. Preguntaba por su posición personal.

Una pausa de dos segundos.

—Mi posición personal es la que acabo de expresar —dijo Emilia.

—¿Es la misma que la del expresidente López Regidor?

—Es la posición del movimiento transformador, que es el mandato que el pueblo me otorgó en las urnas.

Osvaldo escribió algo en su libreta. Luego levantó la vista.

—¿Habla usted con el expresidente con regularidad?

En el auricular, silencio absoluto. Emilia supo en ese momento, con la certeza de quien ha desarrollado un sexto sentido para los terrenos minados, que esa pregunta no estaba en ningún guión.

—Tengo comunicación con muchas personas que forman parte del movimiento —dijo—. El expresidente es una figura de referencia histórica para todos nosotros.

—¿Habló con él antes de esta conferencia?

—Siguiente pregunta —dijo el moderador, que era un funcionario del Ministerio de Orientación Popular entrenado específicamente para intervenir en este tipo de momentos con la velocidad y la discreción de un árbitro de box que detiene una pelea antes de que el daño se vuelva irreparable.

Osvaldo cerró su libreta. En la primera fila, un reportero del canal oficial anotaba sus propias preguntas, que eran de naturaleza completamente distinta.

—Señora presidenta, ¿puede hablarnos de los logros históricos del primer mes de gobierno?

En el auricular, la voz se activó de inmediato.

Emilia habló durante cuarenta minutos sin parar.

Las conferencias matutinas se convirtieron rápidamente en el fenómeno político más desconcertante de la República, y eso en un país que había desarrollado durante seis años una tolerancia considerable hacia los fenómenos políticos desconcertantes. Comenzaban a las siete con cuarenta y dos minutos de retraso y terminaban cuando Plutarco decidía desde la finca del sur que había suficiente material para el ciclo noticioso del día, lo cual podía ocurrir a las nueve de la mañana o a las dos de la tarde dependiendo de su estado de ánimo, que era un factor que el equipo de comunicación monitoreaba con la ansiedad de los meteorólogos en temporada de huracanes.

La duración promedio era de cuatro horas con diecisiete minutos, aunque hubo días históricos que superaron las seis horas, como el martes en que Emilia explicó durante ciento cuarenta minutos por qué las estadísticas

internacionales de pobreza eran instrumentos coloniales, o el jueves en que describió con detalle enciclopédico la historia del maíz en Mesoamérica como respuesta a una pregunta sobre el precio de la tortilla.

El pueblo reaccionó con la creatividad que siempre despliega ante el absurdo institucionalizado.

En los mercados, los vendedores habían desarrollado un sistema de apuestas clandestinas sobre la duración de cada conferencia, con cuotas que variaban según el tema anunciado, el día de la semana y la fase lunar, esta última incorporada por sugerencia de un apostador particularmente supersticioso que había ganado tres veces consecutivas apostando a conferencias largas en luna llena y que nadie pudo refutar empíricamente. El récord lo tenía una vendedora de tlayudas llamada Purificación que había apostado seis horas y cuarto en un día en que todos apostaban a cuatro, y que había ganado suficiente dinero para comprar un segundo puesto de tlayudas que puso a nombre de su hija en señal de gratitud histórica.

En las universidades, un grupo de estudiantes de comunicación había creado un bingo clandestino de las conferencias matutinas, con casillas que incluían: menciona al neoliberalismo, culpa al gobierno anterior, usa la palabra transformación más de diez veces, responde una pregunta con otra pregunta, y la casilla central, que valía doble, reservada para el momento en que Emilia dijera algo que nadie, bajo ninguna interpretación razonable, pudiera relacionar con la pregunta que se le había hecho.

La casilla central se llenaba aproximadamente cuatro veces por semana.

El Ministerio de Orientación Popular declaró que el bingo constituía una forma de violencia simbólica contra las instituciones democráticas. Los estudiantes imprimieron esa declaración en la casilla de bono especial.

Pero dentro de la maquinaria del gobierno, las conferencias matutinas tenían una función que iba más allá del entretenimiento involuntario: eran el mecanismo principal mediante el cual Plutarco gobernaba sin gobernar. Cada mañana, en esas horas de transmisión en cadena nacional, el expresidente comunicaba a través de la voz de Emilia sus posiciones sobre los temas del día, sus evaluaciones de los funcionarios, sus instrucciones veladas a los gobernadores y sus señales sobre qué sería tolerado y qué no en las próximas semanas.

Era un sistema de comunicación política de una sofisticación que ningún analista habría podido diseñar deliberadamente porque su funcionamiento dependía de ambigüedades que sólo tenían sentido para quienes llevaban años aprendiendo a interpretar el lenguaje específico del movimiento, que era un lenguaje donde lo importante no era lo que se decía sino lo que se omitía, y donde una pausa de tres segundos antes de mencionar el nombre de un gobernador equivalía a una advertencia que ese gobernador recibía con la claridad de un telegrama.

El subsecretario de Gobernación, un hombre llamado Práxedes Montes que había estudiado semiótica antes de entrar a la política y que consideraba

que ambas disciplinas eran más parecidas de lo que admitirían sus respectivos practicantes, llevaba un diario personal en que anotaba sus interpretaciones de cada conferencia matutina con el rigor metodológico de un lingüista estudiando una lengua en extinción.

Una mañana, después de una conferencia en que Emilia había mencionado la palabra lealtad diecinueve veces en cuarenta minutos, Práxedes se acercó a Serafín en el pasillo con su diario bajo el brazo.

—Serafín, ¿la palabra lealtad diecinueve veces significa lo que yo creo que significa?

—¿Qué crees que significa?

—Que alguien va a ser removido esta semana.

—Práxedes, las palabras significan lo que significan.

—En lingüística general, sí. En las conferencias matutinas, no.

Serafín lo miró con aprecio genuino, que era una emoción que experimentaba raramente dentro del movimiento.

—Compra más diarios —le dijo—. Los vas a necesitar.

Práxedes compró cuatro diarios esa tarde. Todos se llenaron.

Emilia, mientras tanto, vivía dentro de una rutina que habría sido indistinguible de la normalidad si no fuera porque cada elemento de esa rutina estaba diseñado, consciente o inconscientemente, para recordarle que el poder que ejercía era prestado y que quien lo prestaba podía recuperarlo en cualquier momento.

Se levantaba a las cinco de la mañana para revisar los materiales que el equipo de comunicación preparaba siguiendo instrucciones que llegaban de la finca del sur la noche anterior. Desayunaba sola leyendo reportes que sus asesores habían filtrado siguiendo criterios que ella no había establecido. Llegaba a la conferencia sabiendo ya, gracias al auricular, qué temas podía desarrollar y cuáles debía esquivar. Pasaba la tarde en reuniones donde las decisiones ya habían sido tomadas antes de que ella entrara al salón. Cenaba tarde, revisaba documentos que debía firmar sin haber negociado su contenido, y se dormía sabiendo que el teléfono rojo podía sonar a cualquier hora con instrucciones, correcciones o reproches, que eran las tres formas principales de comunicación que Plutarco había desarrollado para relacionarse con ella desde que ya no tenía la obligación de parecer amable.

Una noche, cerca de las once, el teléfono rojo sonó con una urgencia que el aparato no tenía manera de expresar pero que Emilia percibía de todas formas, como se perciben ciertas cosas que no tienen forma física pero cuyo peso es perfectamente real.

—¿Por qué dijiste lo de los mercados financieros en la entrevista de esta tarde? —dijo la voz, sin saludo, sin preámbulo, con la eficiencia de quien

considera que el tiempo dedicado a las cortesías es tiempo robado a los asuntos importantes.

—Porque me preguntaron por la devaluación y era la respuesta correcta.

—La respuesta correcta la decido yo.

Emilia tardó un segundo.

—Plutarco, estoy en la presidencia. Tengo que poder responder preguntas.

—Puedes responder las preguntas que hayamos discutido previamente.

—No podemos prever todas las preguntas.

—Para eso está el auricular.

—El auricular no siempre llega a tiempo.

—Entonces esperas. Tomas agua. Pides que repitan la pregunta. Haces lo que sea necesario hasta que yo te diga qué contestar. ¿Está claro?

Emilia miró por la ventana del dormitorio presidencial la ciudad oscura, interrumpida aquí y allá por los apagones rotativos de esa semana, que el Ministerio de Orientación Popular había bautizado en esta ocasión como Jornadas de Reflexión Energética Comunitaria, y que la gente de los barrios populares llamaba simplemente la oscuridad de siempre con nombre nuevo.

—Está claro —dijo.

—Bien. Mañana en la conferencia debes mencionar que la devaluación es una maniobra especulativa de los sectores financieros en respuesta al avance de la transformación. Eso deja claro que el problema no es nuestra política sino la reacción del sistema.

—¿Y si preguntan por las cifras?

—Las cifras son instrumentos del sistema. Ya lo hemos explicado.

—Plutarco, hay gente que no puede comprar medicamentos porque el peso no alcanza.

—Hay gente que no podía comprar medicamentos antes de la transformación porque el sistema los excluía estructuralmente. La diferencia es que ahora tienen dignidad.

—La dignidad no cura la diabetes.

Silencio.

Era un silencio distinto al de las pausas calculadas que Plutarco usaba en sus discursos. Era el silencio de alguien que no esperaba esa respuesta y que estaba decidiendo, en tiempo real, qué hacer con ella.

—Emilia —dijo finalmente, y en su tono había algo que no era exactamente amenaza pero que tampoco era exactamente otra cosa—, recuerda de dónde viniste y a dónde podrías volver.

La llamada terminó.

Emilia dejó el auricular sobre la mesita de noche con el cuidado de quien manipula algo que podría explotar. Se quedó sentada en el borde de la cama mirando el teléfono rojo en la oscuridad.

Afuera, en los altavoces del jardín de la residencia que transmitían las grabaciones nocturnas del movimiento como una especie de oración compulsiva que nadie había pedido pero que tampoco nadie se atrevía a apagar, la voz de Plutarco repetía un fragmento de su último discurso público con la serenidad imperturbable de las verdades que no admiten réplica:

—Sin la transformación, el pueblo volvería a la oscuridad.

Emilia escuchó la frase en la oscuridad de su habitación, en la ciudad oscura por los apagones, en el país que se oscurecía semana tras semana con metodologías distintas y nombres nuevos.

Pensó en Serafín y su advertencia la noche del triunfo electoral. Pensó en Leopoldo Fumarola y su comentario sobre las paredes con micrófonos. Pensó en Práxedes Montes y sus diarios llenos de interpretaciones de palabras que no significaban lo que parecían significar.

Y pensó, con esa honestidad nocturna que desaparece siempre con la luz del día, que quizá el país entero llevaba años atrapado dentro de una gigantesca representación teatral donde nadie sabía ya con certeza quién había escrito el libreto, quién lo interpretaba y quién, si es que alguien, tenía todavía la capacidad de salir del escenario.

Luego se durmió, porque había conferencia a las siete con cuarenta y dos minutos de retraso y la transformación no esperaba.

CAPÍTULO 6

El Ministerio de la Felicidad

Ciudad Capital, tres años antes

El Ministerio de la Felicidad Popular nació de una crisis, que era la manera en que nacían la mayoría de las instituciones del régimen: no como solución a un problema sino como sustituto decorativo de una solución que nadie sabía cómo implementar o que simplemente no existía.

El problema, en este caso, era que el sistema de salud de la República llevaba dos años en colapso visible y el colapso ya no cabía dentro de los eufemismos disponibles. El departamento de eufemismos del Ministerio de Orientación Popular había agotado su inventario creativo intentando describir la situación con palabras que no fueran las palabras correctas, y había llegado al límite natural de toda empresa lingüística que intenta reemplazar la realidad: la realidad seguía ahí, con su obstinación característica, independientemente de cómo se la llamara.

Los hospitales públicos no tenían medicamentos. No tenían enfermeras. No tenían equipos. En varios estados del norte del país los quirófanos habían

dejado de funcionar porque los proveedores de materiales descartables habían dejado de entregar porque el gobierno había dejado de pagar porque las finanzas públicas habían sido reorientadas hacia programas de transferencias directas que el movimiento consideraba más alineados con la filosofía transformadora y que en la práctica significaban que el dinero que antes iba a los hospitales ahora iba directamente a los bolsillos de los beneficiarios, lo cual era ideológicamente más puro y médicamente más letal.

Emilia había convocado una reunión de emergencia del gabinete para discutir la crisis. La reunión duró tres horas y produjo, después de mucho debate y varios momentos en que parecía que alguien iba a decir algo verdadero pero retrocedía en el último instante, la decisión de crear una nueva institución.

—Necesitamos un ministerio —dijo Abundio Cisneros, que para entonces había sido movido de Economía a una secretaría de nueva creación llamada Coordinación de Bienestar Espiritual y Desarrollo Humano Integral, que era una dependencia sin presupuesto fijo ni funciones claramente definidas pero con un nombre suficientemente largo para parecer importante—. Un ministerio que atienda la dimensión emocional de la salud pública.

—¿La dimensión emocional? —dijo Práxedes Montes desde su lugar en la mesa, con el tono neutro de quien pregunta para confirmar que escuchó bien, no porque le sorprenda lo que escuchó.

—La salud no es sólo física —explicó Abundio, con la autoridad de quien lleva años hablando de cosas que no conoce y ha confundido esa práctica con la experiencia—. La salud es un estado de bienestar integral que incluye lo físico, lo emocional, lo espiritual y lo comunitario. Si nos enfocamos sólo en los medicamentos, estamos reduciendo al ser humano a su dimensión biológica. Eso es, precisamente, lo que hizo el neoliberalismo.

—Los medicamentos también son importantes —dijo alguien desde el fondo de la sala, en voz suficientemente baja para que todos la escucharan y ninguno pudiera atribuirle a nadie en particular.

—Los medicamentos son un componente —dijo Abundio, sin perder la compostura—. Un componente entre muchos. Lo que este gobierno propone es atender todos los componentes, no sólo el que el sistema financiero internacional considera prioritario porque genera ganancias para la industria farmacéutica.

Emilia escuchó todo esto desde la cabecera de la mesa con la expresión que había desarrollado durante sus años de gobierno para situaciones en que no podía decir lo que pensaba, no podía callarse completamente y no podía salir de la sala: una especie de atención flotante que parecía presencia pero era en realidad una forma sofisticada de ausencia.

En su oído izquierdo, la voz desde la finca del sur.

—El ministerio es buena idea —dijo la voz—. Ponle a Consuelo Iturriaga.

Emilia conocía a Consuelo Iturriaga. Todo el país conocía a Consuelo Iturriaga. Había conducido durante doce años el programa de concursos más popular de la televisión nacional, un espacio de dos horas diarias en que familias de escasos recursos competían por electrodomésticos respondiendo preguntas de cultura general que se volvían progresivamente más sencillas a medida que avanzaba el programa, hasta culminar en la pregunta final que el público en casa respondía en voz alta desde sus salas semanas antes de que los concursantes la recibieran en el estudio, y cuya respuesta correcta era siempre alguna variación de lo evidente.

Consuelo tenía una sonrisa que había sido descrita por las revistas de espectáculos como luminosa, por sus ex colaboradores como calculada, y por Serafín Garduño, en una anotación de su libreta privada, como la sonrisa de alguien que ha aprendido que mostrar los dientes es una forma de poder.

Fue nombrada titular del nuevo Ministerio de la Felicidad Popular mediante un decreto presidencial firmado un martes por la mañana y transmitido en cadena nacional con una solemnidad que la ocasión no habría justificado bajo ningún sistema de valores distinto al del movimiento.

En su primera conferencia de prensa como ministra, Consuelo llegó con un traje color amarillo intenso que el equipo de comunicación del ministerio describió en el boletín oficial como amarillo esperanza, y que los periodistas de sociales describieron como amarillo taxista, y que Serafín describió a Práxedes en el pasillo posterior al evento, con su economía habitual de juicios, como un error.

—Ministra Iturriaga —preguntó Osvaldo Treviño, que aparecía con una regularidad inquietante en todas las conferencias donde había algo que preguntar—, ¿puede explicarnos cómo piensa resolver la escasez de medicamentos en los hospitales públicos desde un ministerio de felicidad?

Consuelo sonrió con la sonrisa que había desarrollado durante doce años de concursos televisivos para el momento en que un concursante decía algo incorrecto pero necesitaba sentirse bien de todas formas.

—Osvaldo, esa pregunta parte de un supuesto equivocado —dijo—. Asume que la felicidad y la salud son dimensiones separadas de la experiencia humana. Este ministerio parte del principio contrario: que la felicidad es la condición fundamental de la salud. Un pueblo feliz es un pueblo sano.

—¿Y un pueblo sin paracetamol? —preguntó Osvaldo.

—Un pueblo que tiene acceso a redes de apoyo comunitario, a programas de bienestar emocional y a la certeza de que su gobierno lo acompaña en cada momento de su vida tiene recursos internos para enfrentar los desafíos de la salud que ningún medicamento puede proporcionar.

—¿Está usted sugiriendo que la felicidad cura enfermedades?

—Estoy sugiriendo que la ciencia ha demostrado ampliamente la relación entre el estado emocional y la salud física, y que este ministerio trabajará en esa interfaz de manera sistemática y con visión de largo plazo.

—¿Puede citarme esa ciencia?

Consuelo abrió una carpeta que tenía frente a ella con el gesto de quien consulta documentos importantes y encontró, según pudo observar Osvaldo desde su lugar en la segunda fila, una hoja en blanco.

—Los estudios están siendo compilados por nuestro equipo técnico —dijo—. Los compartiremos en cuanto estén listos.

Los estudios nunca estuvieron listos. Pero el ministerio sí.

En tres meses, el Ministerio de la Felicidad Popular había construido una estructura de cuatrocientas personas distribuidas en siete direcciones generales, una unidad de monitoreo del bienestar emocional nacional, un laboratorio de innovación en experiencias positivas y una subdirección de gestión del pesimismo antinacional, que era la dependencia que más trabajo generaba y que operaba en estrecha coordinación con la División de Integridad Patriótica del Ministerio de Orientación Popular.

El primer producto del ministerio fue el Índice Nacional de Felicidad Colectiva, que medía mensualmente el nivel de satisfacción emocional de la población mediante encuestas diseñadas, aplicadas y procesadas por el propio ministerio, y cuyos resultados mostraban una mejoría sostenida que contrastaba de manera cada vez más surrealista con cualquier indicador externo de bienestar material.

Las encuestas constaban de doce preguntas. Las tres primeras medían gratitud hacia la transformación en una escala del uno al diez. Las siguientes cuatro evaluaban la percepción de mejora en la calidad de vida en comparación con el gobierno anterior, que era una comparación que el ministerio facilitaba distribuyendo junto con cada encuesta un folleto ilustrado con imágenes del período neoliberal que incluía fotografías de filas bancarias, recibos de luz y gráficas de desigualdad presentadas sin contexto metodológico pero con mucho rojo. Las últimas cinco preguntas medían esperanza en el futuro, confianza en las instituciones y nivel de orgullo nacional.

Ninguna pregunta medía acceso a medicamentos, tiempos de espera en urgencias o disponibilidad de médicos especialistas, porque esos indicadores pertenecían, según la nota metodológica del índice, al paradigma de salud neoliberal que el gobierno había decidido superar.

Los ciudadanos que reportaban niveles de felicidad por debajo de seis en la escala del ministerio recibían una carta personalizada del propio ministerio invitándolos a participar en los Talleres de Reorientación Emocional Patriótica, que eran sesiones grupales de cuatro horas realizadas en instalaciones gubernamentales donde facilitadores certificados por el propio ministerio guiaban a los participantes a través de ejercicios de gratitud,

visualización positiva y reconocimiento de los logros históricos de la transformación.

La asistencia era voluntaria, en el sentido en que también era voluntario pagar impuestos o respetar los semáforos en rojo.

Emilia visitó un hospital público en la capital tres semanas después de la creación del ministerio, acompañada por el equipo de comunicación oficial, dos camarógrafos, un fotógrafo, Consuelo Iturriaga y una comitiva de funcionarios menores cuya función principal era ocupar el espacio que de otra manera habría sido ocupado por la realidad.

Antes de la visita, el director del hospital había recibido instrucciones del Ministerio de Orientación Popular. Las instrucciones eran específicas: los pacientes en condición crítica debían ser trasladados a los pisos superiores antes de las once de la mañana. Las paredes del pasillo principal debían ser pintadas esa misma noche, que era la noche anterior a la visita, con la pintura que hubiera disponible en la bodega de mantenimiento, que resultó ser un verde institucional que el director describió en su reporte como color esperanza y que los enfermeros llamaban entre sí el color vómito. Los medicamentos de exhibición, que eran medicamentos vencidos o inservibles retirados del almacén y colocados ordenadamente en los estantes visibles, debían estar en su lugar antes de las diez.

Emilia recorrió los pasillos con la expresión de atención compasiva que había aprendido a producir para estas ocasiones. Consuelo caminaba a su lado con su sonrisa de concurso y su traje amarillo esperanza y saludaba a los pacientes con la familiaridad de quien los conoce de toda la vida y que en realidad los conoce desde hace treinta segundos.

En la sala de pediatría, una mujer de unos treinta años sentada junto a la cama de un niño de aproximadamente cuatro años miró a Emilia con una expresión que no era odio ni súplica sino algo intermedio y más difícil de manejar: la mirada de quien ya no espera nada de nadie en particular pero que tampoco ha llegado todavía al punto de la indiferencia completa.

—¿Cómo está el niño? —preguntó Emilia, deteniéndose frente a la cama.

—Lleva cuatro días con fiebre —dijo la mujer—. Nos dijeron que no hay antibióticos.

—Estamos trabajando en el abastecimiento —dijo Emilia.

—Me lo dijeron hace cuatro días también.

Consuelo intervino con la velocidad de quien lleva años interrumpiendo momentos incómodos en televisión en vivo.

—¿Saben que el ministerio tiene un programa de acompañamiento emocional para familias en situaciones de estrés médico? —dijo, con una calidez tan intensa que resultaba casi corporal—. Podemos asignarles un facilitador de bienestar que los acompañe durante este proceso.

La mujer miró a Consuelo.

—Lo que necesito son antibióticos —dijo, con una calma que era más devastadora que cualquier grito.

—Los antibióticos están en proceso de —comenzó Consuelo.

—Lo que necesito son antibióticos —repitió la mujer, exactamente igual, como si la repetición fuera la única forma de comunicación que le quedaba disponible.

Hubo un silencio de varios segundos en que nadie en la comitiva supo qué hacer, que era exactamente el tipo de silencio que el equipo de comunicación había sido entrenado para evitar a toda costa porque los silencios en presencia de cámaras son los momentos más honestos de cualquier gobierno y por lo tanto los más peligrosos.

El fotógrafo oficial dejó de fotografiar.

El camarógrafo bajó un centímetro la cámara.

Emilia miró a la mujer. Miró al niño. Miró los medicamentos de exhibición en los estantes, con sus etiquetas ordenadas y sus cajas que nadie abría porque no servían para nada. Miró la pintura verde esperanza en las paredes.

Y sintió, por primera vez desde que había llegado a la presidencia, algo que no podía controlar ni posponer ni enviar al auricular para que le dijeran cómo manejarlo: la decepción de otra persona depositada directamente en ella, sin intermediarios, sin eufemismos, sin metodología que la redefiniera.

No odio. No protesta. No exigencia política.

Simplemente una mujer que necesitaba antibióticos para su hijo y que miraba a quien supuestamente gobernaba el país con los ojos de quien ya sabe la respuesta pero todavía se permite la pregunta.

—Vamos a resolverlo —dijo Emilia.

La mujer asintió una vez, con la cortesía mínima de quien ha aprendido que agradecer las promesas es un gasto innecesario de energía.

Esa noche, en la residencia presidencial, Emilia no esperó a que sonara el teléfono rojo. Lo llamó ella.

—Plutarco, necesitamos medicamentos en los hospitales. No en seis meses. Ahora.

—El presupuesto está comprometido con los programas de transferencia directa.

—Los programas de transferencia directa no sirven si la gente se muere antes de gastar el dinero.

—Emilia, las prioridades del gobierno las definimos en función de la filosofía transformadora, no en función de las urgencias que el sistema anterior creó deliberadamente para hacernos ver mal.

—Vi hoy a un niño con cuatro días de fiebre sin antibióticos.

—Hay millones de niños que antes no tenían nada y ahora tienen dignidad y apoyos directos.

—Plutarco, ese niño necesita antibióticos, no dignidad.

Silencio.

—Emilia, esto ya lo discutimos con los medicamentos y con el paracetamol y con los quirófanos. La respuesta es la misma. Las prioridades no cambian por casos individuales.

—No es un caso individual. Es el sistema entero.

—El sistema entero está en proceso de transformación. Los procesos de transformación tienen costos transitorios.

—¿Y si el costo transitorio es un niño muerto?

La pausa fue más larga que de costumbre.

—Emilia —dijo la voz finalmente, con un tono que era una mezcla de paciencia agotada y advertencia renovada—, mañana tienes conferencia. Prepárate para hablar de los avances del Ministerio de la Felicidad. Consuelo te manda los puntos en una hora.

La llamada terminó.

Emilia sostuvo el auricular un momento antes de dejarlo en su lugar. Luego miró por la ventana la ciudad oscura, con sus apagones rotativos y sus retenes nocturnos y sus mercados cerrados y sus hospitales pintados de verde esperanza la noche anterior para que no se notara lo que eran.

Pensó en la mujer del hospital. En sus ojos.

En cómo esa mirada seguiría ahí mañana durante la conferencia, detrás de todas las cámaras y todos los micrófonos y todas las frases que Consuelo mandaría en una hora, invisible pero presente, como presencia son siempre las cosas que uno ha visto y no puede dejar de ver.

Y comprendió algo que había sabido desde hacía tiempo pero que esa noche por primera vez no pudo empujar hacia el fondo de su conciencia:

que gobernar un país y administrar su apariencia eran dos actividades completamente distintas, y que ella llevaba años haciendo la segunda convencida, o necesitando estar convencida, de que era la primera.

Los puntos de Consuelo llegaron a las once y cuarto.

Eran ocho. Todos mencionaban la palabra felicidad al menos dos veces.

Emilia los imprimió, los leyó una vez y los dejó sobre el escritorio.

A las cinco de la mañana los recogió y los llevó a la conferencia.

Los leyó todos.

CAPÍTULO 7

Los Comediantes del Apocalipsis

Ciudad Capital y sus alrededores, dos años antes

El primer espectáculo de Los Comediantes del Apocalipsis ocurrió en la azotea de un edificio de departamentos en la colonia Guerrero, un martes por la noche en que llovía lo suficiente para que los asistentes estuvieran incómodos pero no lo suficiente para que se fueran, que era exactamente la cantidad de lluvia necesaria para un evento clandestino en una azotea sin toldo en una ciudad que llevaba años aprendiendo a tolerar la incomodidad como condición permanente de existencia.

El público era de treinta y cuatro personas. Lo sabía con precisión Valentina Osorio, la organizadora, porque había contado las sillas dos veces antes de que llegara la gente y una vez después, y el número coincidía, lo cual era más de lo que podía decirse de las estadísticas oficiales del gobierno en ningún rubro relevante.

El elenco era de tres personas.

Bulmaro Hidalgo, que había estudiado teatro en la universidad pública antes de que el gobierno reorganizara el plan de estudios de las artes escénicas para incluir una materia obligatoria llamada Expresión Artística con Compromiso Transformador que ningún maestro sabía cómo impartir y que todos los alumnos reprobaban porque el examen consistía en demostrar que la obra que habían montado ese semestre contribuía a la consolidación de los valores del movimiento, lo cual era un criterio de evaluación que producía en los estudiantes de teatro la misma clase de parálisis creativa que produce en cualquier artista la combinación de una pregunta sin respuesta y una calificación que depende de ella.

Rosalba Fuentes, que había sido maestra de primaria hasta que la escuela donde trabajaba fue tomada por un grupo criminal que la convirtió en bodega y que el gobierno municipal describió en su informe anual como un proceso de reconversión comunitaria del espacio educativo.

Y un hombre que se hacía llamar El Licenciado, cuyo nombre real nadie conocía o nadie decía conocer, que había llegado al colectivo tres meses antes con una maleta de utilería y una colección de máscaras de personajes políticos fabricadas con cartón, pintura vinílica y una habilidad artesanal que era inversamente proporcional a su costo de producción y directamente proporcional a su efecto sobre el público.

El espectáculo no tenía nombre oficial. Lo que tenía era un cartel fotocopiado en blanco y negro que Valentina pegaba en postes y paredes los días previos a cada función, con el texto impreso en una fuente que imitaba los comunicados oficiales del gobierno y que decía:

CADENA NACIONAL EXTRAORDINARIA Por orden del Ministerio de Orientación Popular Asistencia patriótica obligatoria Felicidad garantizada o se devuelve la esperanza

La primera parte del espectáculo era una recreación de una conferencia matutina.

Bulmaro hacía de Emilia. Se había procurado una peluca corta de color castaño oscuro y un traje azul marino que había comprado en una tienda de ropa de segunda mano por ciento veinte pesos y que le quedaba ligeramente grande en los hombros, lo cual añadía al personaje un elemento de fragilidad que no estaba en el guión pero que funcionaba mejor que cualquier cosa que hubiera podido escribir.

Rosalba hacía de Plutarco, oculta detrás de una mampara de cartón pintada como la fachada de una finca rural, desde donde susurraba las líneas que Bulmaro repetía con un retraso de exactamente dos segundos, que era el tiempo que el público tardaba en entender el mecanismo y comenzar a reírse, y que después del tercer intercambio se había convertido en el tiempo exacto que el público esperaba con una anticipación que era ya parte del placer.

—Señora presidenta —decía El Licenciado, haciendo de periodista con una libreta que en realidad era una guía de teléfonos de dos años atrás—, ¿puede explicarnos la situación del sistema de salud?

Bulmaro miraba hacia la mampara. Pausa de dos segundos.

—El sistema de salud —decía Bulmaro, con la cadencia exacta de Emilia en las conferencias matutinas, que había estudiado durante semanas con la dedicación de un actor que prepara un clásico— está en proceso de transformación hacia un modelo humanista que prioriza el bienestar integral sobre la dimensión meramente biológica de la experiencia corporal.

—¿Hay medicamentos?

Pausa. Mirada a la mampara.

—Los medicamentos son un componente del sistema de salud. Un componente importante, sin duda, pero no el único ni el más determinante para la salud de un pueblo que ha recuperado su dignidad.

—¿Eso es un no?

Pausa más larga. Susurro audible desde detrás de la mampara. Bulmaro fruncía el ceño como si estuviera recibiendo una señal difícil de descifrar.

—Eso es una afirmación de que este gobierno trabaja todos los días para garantizar el bienestar de las familias mexicanas con un enfoque que el paradigma neoliberal nunca pudo y nunca quiso tener.

El público de treinta y cuatro personas en la azotea de la colonia Guerrero reía con esa clase de risa que no es completamente alegre porque tiene adentro algo que duele, pero que tampoco puede llamarse llanto porque tiene demasiado reconocimiento, demasiada identificación con el absurdo que está viendo para quedarse simplemente en la tristeza.

Era la risa del pueblo que ha entendido que lo están gobernando con el método del prestidigitador: mira aquí mientras la cosa importante desaparece allá.

La segunda parte del espectáculo era la recreación de una sesión de gabinete.

El Licenciado se ponía la máscara de Abundio Cisneros, que era una máscara con una sonrisa pintada tan amplia que ocupaba aproximadamente el setenta por ciento de la superficie del cartón, y proponía resolver la crisis económica mediante la emisión de una nueva moneda llamada el peso emocional, cuyo valor no dependería del mercado cambiario sino del nivel de gratitud patriótica de quien lo portara, lo cual significaba que un ciudadano con alta gratitud patriótica podría comprar más cosas con el mismo billete que un ciudadano con baja gratitud patriótica, y que el Ministerio de la Felicidad Popular sería el organismo encargado de certificar el nivel de gratitud de cada ciudadano mediante un proceso que el personaje de Abundio describía como evaluación emocional continua y que el público reconocía de inmediato como lo que era.

Luego se ponía la máscara de Consuelo Iturriaga, que era una máscara con los dientes pintados en amarillo intenso y los ojos excesivamente abiertos, y explicaba que la inflación era en realidad una oportunidad para practicar la sobriedad espiritual y el desapego material, y que las familias que no podían comprar alimentos básicos estaban experimentando, sin saberlo, un proceso acelerado de liberación del consumismo que los países desarrollados tardaban generaciones en alcanzar y que la República estaba completando en tiempo récord gracias a la transformación.

—¿Y qué comen mientras se liberan del consumismo? —preguntaba El Licenciado, cambiando de máscara con la velocidad de un transformista de feria.

—Fe —respondía Bulmaro, con la cadencia de Emilia, mirando hacia la mampara.

El público tardaba varios segundos en dejar de reírse.

La tercera parte era la más oscura y también la más aplaudida.

Bulmaro se quitaba la peluca. Se quedaba solo en el centro de la azotea, sin máscara, sin personaje, y hablaba directamente al público con su propia voz.

—Hace tres semanas —decía— mi madre fue al hospital con dolor en el pecho. Le dijeron que necesitaba un electrocardiograma. La máquina del electrocardiograma no funcionaba. Le dijeron que volviera la semana siguiente. Volvió. La máquina seguía sin funcionar. Le dijeron que esperara. Esperó cuatro horas. Le dieron una aspirina. Le dijeron que se fuera a su casa y se mantuviera tranquila porque el estrés era enemigo de la salud del corazón.

Silencio en la azotea.

—Eso me pasó a mí. ¿A cuántos de ustedes les pasó algo parecido?

Todos levantaban la mano.

—Eso es lo que no está en los índices de felicidad. Eso es lo que no aparece en las conferencias matutinas. Eso es lo que el Ministerio de la Felicidad Popular no puede medir porque si lo midiera tendría que llamarse de otra manera.

Pausa.

—Nosotros lo medimos así: una mano levantada. Treinta y cuatro manos. Treinta y cuatro historias. Eso es el índice real.

El aplauso duraba varios minutos.

Las funciones se multiplicaron.

De la azotea de la colonia Guerrero pasaron a un local de tamales en Tepito, a un taller mecánico en Iztapalapa, a una vecindad en la colonia Doctores, a un mercado de Xochimilco los domingos por la tarde, a una preparatoria en Ecatepec donde el director miraba hacia otro lado porque había calculado que el riesgo de ignorar el evento era menor que el riesgo de reportarlo. Las funciones crecían. El boca a boca funcionaba con la eficiencia específica de las cosas que el sistema no puede publicitar porque hacerlo equivaldría a reconocer que existen.

El nombre Los Comediantes del Apocalipsis lo pusieron ellos mismos, con la conciencia de que un nombre apocalíptico en tiempos del ministerio de la felicidad tenía el atractivo adicional de la ironía que el régimen no podía refutar sin confirmarla.

Otros colectivos surgieron con la velocidad de los organismos que encuentran un nicho vacío.

En Guadalajara, un grupo llamado El Gabinete de las Maravillas recreaba sesiones de trabajo del gobierno con actores que representaban a los ministros consultando sus horóscopos antes de tomar decisiones económicas, en referencia directa a Remedios Angarita, cuya designación como directora del Instituto Nacional de Planeación Estratégica había pasado a la historia del absurdo burocrático nacional con la solidez de los hitos que nadie puede fingir que no ocurrieron.

En Monterrey, una mujer de sesenta y dos años llamada Genoveva Palomares había construido una marioneta de Emilia de metro y medio de altura, articulada con hilos de nylon transparente, que actuaba en mercados y plazas públicas repitiendo frases de las conferencias matutinas mientras detrás de ella, oculto por una cortina, un actor con voz grave hacía de Plutarco y movía los hilos con la ostentación deliberada de quien quiere que el mecanismo sea visible.

La marioneta de Genoveva se hizo famosa en toda la región norte del país. Fue confiscada dos veces por agentes de la División de Integridad Patriótica. Genoveva la rehízo dos veces, cada versión más grande y más articulada que la anterior, hasta que la tercera versión alcanzó metro ochenta y requería dos personas para operarla, lo cual añadía al

espectáculo una capa adicional de significado que el público no tardó en apreciar.

En la Ciudad Capital, un músico callejero de nombre Aristeo Corpus había compuesto una serie de corridos que narraban episodios del gobierno con la melodía de canciones populares tradicionales y letras que el Ministerio de Orientación Popular clasificaba en sus reportes internos como contenido de desinformación con alto potencial de daño a la imagen institucional, y que el público clasificaba en sus conversaciones como lo mejor que había escuchado en años.

El corrido más popular se llamaba La Mañana Eterna y describía una conferencia de prensa ficticia en que la presidenta intentaba responder preguntas sobre el precio de la tortilla y terminaba, después de cuarenta minutos de rodeos y cuatro vasos de agua, explicando la relación entre el maíz y la identidad cultural mesoamericana desde el período preclásico hasta la fecha. La canción duraba ocho minutos y terminaba con un coro que el público cantaba en voz alta:

Y cuando el pueblo preguntó cuánto cuesta el pan la presidenta consultó al señor del más allá y el señor del más allá le dijo desde el sur que el pan no importa, importa la actitud.

Aristeo fue detenido dos veces. Las dos veces lo liberaron después de veinticuatro horas porque el artículo del código penal que el régimen quería aplicarle requería demostrar intención de desestabilización institucional, y sus abogados argumentaban con éxito que una canción de corrido sobre el precio de la tortilla no constituía, bajo ninguna interpretación razonable del derecho, un acto de desestabilización institucional, y que si el gobierno pensaba que sí, el problema no era la canción.

El gobierno pensaba que sí. Pero no podía demostrarlo sin parecer exactamente lo que era.

Serafín Garduño seguía el fenómeno con la atención de quien observa algo que reconoce pero no sabe todavía cómo clasificar. Una tarde, en su oficina, le mostró a Práxedes Montes un reporte de la División de Integridad Patriótica que listaba treinta y siete colectivos de sátira política activos en el territorio nacional, con sus ubicaciones aproximadas, sus nombres y una evaluación del riesgo que representaban para la estabilidad del régimen.

—Treinta y siete —dijo Práxedes, leyendo el reporte.

—Que nosotros sepamos —dijo Serafín.

—¿Y qué propone la división?

—Persecución sistemática. Arrestos preventivos. Clausura de espacios.

Práxedes dejó el reporte sobre el escritorio.

—¿Y tú qué opinas?

Serafín lo pensó un momento.

—Opino que cada humorista arrestado genera diez chistes nuevos —dijo—. Opino que cada espectáculo clausurado produce cinco colectivos nuevos. Opino que la única manera de ganarle al humor popular es siendo más gracioso que él, y que ese no es un terreno en que este gobierno tenga ventaja comparativa.

—¿Se lo dijiste al jefe?

—Le dije que la represión de la sátira tiene efectos contraproducentes en términos de imagen pública.

—¿Y él?

—Dijo que la imagen pública la define el movimiento, no los chistes de las azoteas.

Práxedes asintió lentamente.

—¿Y Emilia? ¿Sabe que existe todo esto?

—Emilia sabe muchas cosas que prefiere no saber —dijo Serafín—. Es una habilidad que ha desarrollado con los años. Muy útil para sobrevivir dentro del gobierno. Muy dañina para todo lo demás.

Esa misma semana, sin embargo, Emilia vio por primera vez un video de Los Comediantes del Apocalipsis.

Se lo mostró Leopoldo Fumarola en su teléfono, una tarde en el pasillo posterior a una reunión de gabinete, con la discreción de quien comparte algo que sabe que no debería compartir pero que tampoco puede guardarse.

Era el fragmento de la tercera parte del espectáculo, donde Bulmaro hablaba de su madre y el electrocardiograma que no funcionaba.

Emilia lo vio completo sin decir nada. Luego vio el fragmento de la conferencia ficticia, donde su imitador miraba hacia la mampara con el retraso de dos segundos antes de repetir las respuestas.

—¿Qué te parece? —preguntó Leopoldo.

Emilia le devolvió el teléfono.

—¿El imitador estudió teatro? —preguntó.

—Eso dicen.

—Se nota.

Y siguió caminando por el pasillo.

Leopoldo se quedó parado con el teléfono en la mano, sin saber si la respuesta de Emilia era una forma de distancia defensiva o una forma de reconocimiento que no podía permitirse expresar de otra manera.

Esa noche, sola en el dormitorio presidencial, Emilia escuchó su propia voz llegando desde los altavoces del jardín y pensó en el imitador de la azotea que tardaba dos segundos en repetir lo que le susurraban desde detrás de la mampara.

Pensó en cuánto se parecía eso a lo que hacía ella todas las mañanas.

Pensó que la diferencia entre ambos era que el imitador de la azotea lo hacía para que el público se riera y ella lo hacía para que el público no se riera, y que tal vez, en el fondo, esa era la única diferencia que quedaba.

No durmió bien.

Pero a las cinco de la mañana estaba despierta revisando los puntos para la conferencia, y a las siete con cuarenta y dos minutos de retraso estaba frente a los micrófonos, y el auricular estaba en su oído izquierdo, y la voz desde el sur estaba lista, y el espectáculo comenzó puntualmente con su impuntualidad de siempre, como todos los días, como si nada hubiera ocurrido en ninguna azotea de ninguna colonia de la ciudad.

Porque para el régimen, en efecto, nada había ocurrido.

Y para el pueblo, en cambio, habían ocurrido treinta y siete cosas distintas esa misma noche, en treinta y siete lugares distintos, ante miles de personas que reían con esa risa que duele y que alivia al mismo tiempo, que es la única risa que vale la pena cuando uno vive dentro de algo que no tiene otro nombre posible que lo que es.

CAPÍTULO 8

La República de los Fantasmas

Ciudad Capital y el territorio nacional, dieciocho meses antes

La República empezó a sentirse embrujada un lunes por la mañana, aunque nadie pudo precisar después ese lunes en particular porque el proceso había sido tan gradual y tan persistente que era imposible señalar el momento exacto en que el país dejó de ser un lugar con problemas graves y se convirtió en otra cosa: un escenario.

Los escenarios tienen ciertas características que los distinguen de los lugares reales. En los lugares reales las cosas funcionan o no funcionan y eso tiene consecuencias. En los escenarios las cosas parecen funcionar o parecen no funcionar según lo que el director de escena necesita que el público vea, y las consecuencias son negociables dependiendo de quién las observe y desde dónde. La República llevaba meses siendo un escenario, y la población lo sabía con esa certeza silenciosa que no necesita ser formulada porque vive en el cuerpo antes que en la mente, como el olor a humo antes de ver las llamas.

Refugio Sandoval, el hombre de sesenta y dos años de Santa Perpetua que había aparecido en el prólogo con fiebre y sin paracetamol, se había recuperado eventualmente de aquella fiebre mediante el método ancestral de sudar durante cinco días bajo una sábana mientras su vecina Dolores le traía caldos que ella misma preparaba porque el hospital del sector seguía sin medicamentos y porque en los barrios populares la solidaridad comunitaria había sobrevivido a todos los gobiernos precisamente porque

ningún gobierno la había podido sustituir con nada que funcionara igual de bien.

Una tarde de ese período, Refugio estaba sentado en la puerta de su casa cuando pasó por la calle un funcionario municipal con un chaleco oficial que llevaba bordado el lema del movimiento y una tableta electrónica con la que aplicaba encuestas del Ministerio de la Felicidad Popular.

—Buenas tardes —dijo el funcionario, que se llamaba Eusebio y tenía el aire cansado de quien lleva horas preguntando cosas cuyas respuestas sabe de antemano—. ¿Podría contestarme unas preguntas sobre su nivel de bienestar emocional?

Refugio lo miró.

—¿De mi qué?

—Bienestar emocional. Es una encuesta del gobierno. Voluntaria.

—¿Voluntaria como el servicio militar?

Eusebio consultó su tableta.

—Voluntaria como voluntaria. ¿Del uno al diez, qué tan agradecido se siente usted con la transformación?

—¿Con cuál transformación?

—Con la transformación del país. El proyecto de regeneración nacional.

Refugio pensó un momento.

—¿La que transformó el hospital en algo que parece hospital pero no funciona como hospital?

Eusebio tecleó algo en la tableta sin responder.

—Le voy a poner cinco —dijo—. Es lo más neutro.

—Póngame lo que quiera —dijo Refugio—. De todas formas el resultado ya lo saben antes de preguntar.

Eusebio guardó la tableta bajo el brazo con el gesto de quien ha terminado una conversación que nunca debió comenzar.

—Que pase buena tarde —dijo.

—Igualmente —dijo Refugio—. Y dígale al ministerio que la felicidad se nota menos cuando hay apagón.

Eusebio se fue sin responder. Refugio volvió a sentarse en su silla y miró la calle, que estaba tranquila con esa tranquilidad específica de los barrios que han aprendido a parecerse a la paz sin serlo.

Las carreteras del norte del país habían sido tomadas por organizaciones criminales que instalaban sus propios retenes, cobraban sus propios impuestos de tránsito y administraban sus propios sistemas de justicia con una eficiencia que el gobierno federal habría envidiado si hubiera podido reconocer que existían. En los informes oficiales esas organizaciones aparecían clasificadas como Grupos de Influencia Territorial No Estatal, que

era una categoría lo suficientemente vaga para no implicar que el Estado había perdido el control del territorio y lo suficientemente específica para parecer que alguien había pensado en el asunto.

Los periodistas desaparecían con una regularidad que había dejado de ser noticia porque para que algo sea noticia necesita ser excepcional. El Comité de Protección a Periodistas reportaba cifras que el Ministerio de Orientación Popular describía como estadísticas fabricadas por organizaciones financiadas por gobiernos enemigos de la transformación. El gobierno tenía sus propias cifras, calculadas mediante una metodología que excluía sistemáticamente todos los casos en que las víctimas no habían podido denunciar porque habían desaparecido antes de llegar a la autoridad correspondiente. Era una metodología impecable desde el punto de vista de producir el resultado que se necesitaba.

Osvaldo Treviño, el periodista que aparecía con una regularidad inquietante en todas las conferencias donde había algo que preguntar, había publicado ese mes una investigación sobre las desapariciones que el Ministerio de Orientación Popular había catalogado en su reporte interno como contenido de desinformación con alto potencial desestabilizador. Osvaldo la había publicado de todas formas, que era lo que hacía cuando el ministerio catalogaba sus investigaciones de esa manera, que era siempre que las investigaciones eran correctas.

Serafín lo llamó esa tarde.

—Osvaldo, el ministerio va a emitir un comunicado desmintiendo tu nota.

—Lo sé. Ya lo esperaba.

—Te van a acusar de actuar en coordinación con intereses extranjeros.

—También lo sé. ¿Algo nuevo en el comunicado?

—Esta vez mencionan tu financiamiento específicamente.

Hubo una pausa.

—¿Tienen información sobre mi financiamiento o la van a inventar?

—Osvaldo, tú sabes que esa distinción no es relevante para el ministerio.

—Para mí sí lo es.

—Para ti sí. Para los cincuenta y dos mil seguidores de la cuenta oficial que van a compartir el comunicado en los próximos cuarenta minutos, no.

Otra pausa.

—Serafín, ¿por qué me llamas para decirme esto?

Una pausa más larga.

—Porque llevamos veinte años en esto y porque hay cosas que uno hace antes de que ya no pueda hacerlas —dijo Serafín—. Cuídate, Osvaldo.

Colgó antes de que el periodista pudiera responder.

Fue en ese contexto de descomposición ya avanzada cuando llegaron las señales desde el exterior que el régimen no había calculado con la precisión

necesaria para manejarlas. El primer indicio fue un comunicado del Departamento de Estado de los Estados Unidos que mencionaba, en su décimo párrafo, que el gobierno norteamericano seguía con atención las informaciones sobre presuntos vínculos entre funcionarios de alto nivel de la República y organizaciones dedicadas al tráfico de sustancias ilegales, y que esa atención incluía la revisión de ciertos instrumentos de cooperación bilateral.

El décimo párrafo de un comunicado diplomático es el equivalente de que alguien te llame por tu nombre completo en lugar de tu apodo: la conversación ha cambiado de naturaleza.

Lo que el comunicado había revelado no era información nueva para el régimen. El gobierno sabía desde hacía tiempo lo que había en sus propios archivos. Lo que había cambiado era el manto de impunidad internacional que había permitido al movimiento operar con relativa tranquilidad: ese manto empezaba a rasgarse, y una vez que ese tipo de manto comienza a rasgarse no hay método de gobierno, por sofisticado que sea, que pueda repararlo.

La reunión de gabinete convocada tres días después del comunicado tenía el ambiente de las reuniones en que todos saben algo que nadie dice porque decirlo equivaldría a volverse responsable de saber, lo cual equivaldría a tener que hacer algo al respecto.

—El comunicado es una provocación —dijo Abundio Cisneros—. Responde a intereses económicos que se ven amenazados por nuestro modelo soberano.

—¿Qué intereses económicos específicamente? —preguntó Práxedes Montes.

—Los de siempre. Los que siempre han sido.

—¿Puede ser más específico?

—Los del capital financiero trasnacional que históricamente ha operado en nuestra región para extraer riqueza y perpetuar la dependencia.

Práxedes anotó algo en su libreta. Desde la cabecera de la mesa, Emilia escuchaba la voz en su oído izquierdo dictarle la posición que debía adoptar.

—Este gobierno no responde a presiones externas —dijo—. La soberanía nacional no está en negociación.

—¿Hay funcionarios bajo investigación? —preguntó Osvaldo, que había conseguido lugar en la sala con su habilidad habitual.

—Las autoridades competentes trabajan permanentemente en el fortalecimiento institucional.

—¿Eso es un sí o un no?

—Es una confirmación de que el Estado mexicano cumple sus obligaciones de manera autónoma y soberana.

Osvaldo cerró su libreta. Emilia lo observó hacer ese gesto y pensó, no por primera vez, que el periodista que cerraba su libreta en silencio era más peligroso que el que seguía preguntando.

Después de la reunión, en el pasillo, Leopoldo Fumarola alcanzó a Emilia con su andar de hombre que siempre tiene algo que decir en el momento más inoportuno.

—¿Escuchaste a Macedonio en la reunión? —dijo.

—No dijo nada en la reunión.

—Exactamente —dijo Leopoldo—. Macedonio nunca calla. Cuando calla es porque está pensando en otra cosa.

—¿En qué otra cosa?

—En la misma en que estamos pensando todos —dijo Leopoldo—. En cómo salir de esto sin que el esto nos salga encima.

Emilia lo miró.

—¿Y tú cómo piensas salir?

Leopoldo sonrió con la sonrisa cansada de quien lleva demasiado tiempo en un lugar del que no sabe cómo irse.

—Todavía no lo sé —dijo—. Pero estoy practicando el gesto de sorpresa que voy a poner cuando todo se caiga. Necesita ser convincente.

Se fue por el pasillo sin esperar respuesta.

Emilia se quedó parada un momento. Luego buscó a Serafín.

Lo encontró en su oficina frente a una pantalla apagada, lo cual era una imagen que no tenía ningún significado particular pero que en ese contexto resultaba levemente simbólica.

—Serafín, necesito saber qué hay realmente en los archivos.

Serafín la miró durante varios segundos sin responder.

—¿Qué archivos?

—Los que el comunicado norteamericano está sugiriendo que existen.

—Emilia, hay muchos archivos en el gobierno. Es una burocracia grande.

—No me hagas esto.

Otra pausa larga.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para saber en qué estoy parada.

—¿Y si lo que hay en los archivos cambia dónde crees que estás parada?

—Por eso necesito saberlo.

Serafín se levantó, fue a la ventana, miró la calle un momento y volvió a su escritorio. Era el gesto de alguien que está decidiendo cuánto de lo que sabe puede compartir sin que eso lo destruya a él antes de que pueda ser útil.

—Hay un archivo subterráneo —dijo finalmente—. Nivel menos dos del edificio anexo. Acceso con credencial de nivel ejecutivo. Lo que hay ahí no está en ningún sistema digital.

—¿Por qué no?

—Porque lo que está en papel puede quemarse. Lo digital deja rastros.

Emilia lo miró.

—¿Tú has estado ahí?

—Una vez. Hace tres años.

—¿Y?

Serafín volvió a mirar la ventana.

—Y entendí por qué el papel puede quemarse —dijo.

Emilia fue al archivo esa misma noche, a las once y cuarto, cuando los pasillos del edificio anexo estaban vacíos y el guardia de seguridad del nivel menos dos era un hombre de unos cincuenta años llamado Fidencio que llevaba doce años en ese puesto y que había desarrollado la habilidad específica de los guardianes de archivos secretos: ver sin mirar, recordar sin anotar, existir sin estar.

—Buenas noches —dijo Emilia, mostrando su credencial.

—Buenas noches, señora presidenta —dijo Fidencio, con la neutralidad absoluta de quien ha aprendido que la presidenta puede bajar a los archivos a las once de la noche sin que eso sea algo sobre lo que uno deba tener opinión.

El archivo era una sala rectangular de techo bajo, iluminada por tubos fluorescentes que parpadeaban con una cadencia irregular que no era exactamente un mensaje en clave morse pero que en el contexto producía el mismo efecto de urgencia cifrada. Las paredes estaban cubiertas de estanterías metálicas. Las estanterías estaban cubiertas de cajas de cartón de archivo numeradas con un sistema que Emilia no reconoció porque no había sido diseñado para ser reconocido por nadie que no supiera de antemano lo que estaba buscando.

Abrió una caja al azar.

Contratos. Fechas. Nombres. Cantidades. Firmas.

Abrió otra.

Transferencias. Cuentas. Fechas. El mismo tipo de nombres, algunos de ellos conocidos, varios de ellos muy conocidos, uno de ellos el suyo propio en un documento que llevaba su firma pero cuyo contenido, leyéndolo ahora en ese sótano a las once de la noche, no recordaba haber leído antes de firmarlo.

Abrió una tercera.

Comunicaciones internas. Instrucciones. Nombres de periodistas con anotaciones al margen que no eran exactamente amenazas pero que en el

contexto de lo que había ocurrido con varios de esos periodistas en los años siguientes funcionaban retroactivamente como tales.

Emilia se sentó en el único mueble disponible en el archivo, que era una silla de plástico naranja que evidentemente había sido traída de otra parte porque no tenía ninguna relación estética ni funcional con el resto de la instalación, y se quedó mirando las cajas durante un tiempo que no midió.

Luego, en el fondo de la tercera estantería, encontró algo que no buscaba: una carpeta con fotografías. Fotos de los primeros años del movimiento. Plutarco en los pueblos, joven y delgado y con los zapatos rotos, rodeado de gente que lo miraba con esa atención que la gente da a las cosas en las que necesita creer. En una de las fotos, Plutarco sostenía a un niño de unos tres años que lo miraba sin entender bien quién era ese hombre pero que sonreía de todas formas porque los niños de tres años sonríen cuando alguien los carga con cuidado.

Emilia miró esa foto durante varios segundos.

Pensó en el hombre de la foto y en el hombre de la finca del sur que llamaba por el teléfono rojo para corregir sus entonaciones y recordarle de dónde venía. Pensó en si eran el mismo hombre o si en algún punto del camino uno había reemplazado al otro sin que nadie, ni siquiera él mismo, hubiera notado el momento exacto del reemplazo.

Y sintió algo que no esperaba sentir en ese sótano rodeada de expedientes de corrupción y comunicaciones comprometedoras y documentos con su propia firma en cosas que no recordaba haber firmado:

Compasión.

No por el régimen. No por el movimiento. No por los archivos ni por lo que contenían.

Por el hombre de los zapatos rotos en la foto que había comenzado algo que no sabía que terminaría así, o que tal vez sí lo sabía y había decidido de todas formas, que era quizá la versión más oscura de las dos.

Fidencio apareció en la puerta del archivo a la una de la mañana.

—Señora presidenta, el edificio cierra a la una y media.

—Ya me voy —dijo Emilia, sin moverse todavía.

—¿Necesita algo más?

Emilia miró las cajas. Miró la foto. La devolvió a la carpeta, la carpeta a la caja, la caja a la estantería.

—Fidencio, ¿cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Doce años, señora presidenta.

—¿Y en todo ese tiempo alguien más ha bajado a este archivo?

Fidencio pensó un momento con la expresión de quien revisa mentalmente una lista que conoce bien.

—Tres personas —dijo—. Contándola a usted.

—¿Y las otras dos?

—El señor Garduño, hace tres años. Y antes, cuando esto empezó, el señor López Regidor.

Emilia asintió lentamente.

—¿Y él qué hizo cuando bajó?

—Lo mismo que usted —dijo Fidencio, con la neutralidad de quien describe un hecho sin interpretarlo—. Miró las cajas. Se sentó en la silla. Se quedó un rato. Se fue.

—¿Y dijo algo?

Fidencio pensó.

—Dijo que era necesario tener todo documentado. Que la Historia necesitaba testigos.

Emilia miró la silla naranja.

—¿Y usted qué piensa de eso?

—Yo pienso lo que me corresponde pensar —dijo Fidencio—. Que el archivo es el archivo y que mi trabajo es cuidarlo.

—¿Y si alguien quisiera quemarlo?

Una pausa muy breve.

—Ese no es mi trabajo —dijo Fidencio—. Mi trabajo es cuidarlo mientras está. Lo que pase después no es mi turno.

Emilia salió del archivo a la una y cuarto. En el pasillo del nivel menos dos, camino al elevador, pasó junto a las paredes de concreto del edificio que había sido construido para durar mucho más que cualquiera de los gobiernos que lo habitaran, y pensó que los edificios tenían esa ventaja sobre las instituciones: que su permanencia no dependía de quién los ocupara.

Subió al elevador.

Apretó el botón del piso principal.

Y mientras el elevador subía, pensó en Fidencio y en su distinción entre cuidar el archivo y lo que pasara después, y en cómo esa distinción, tan pequeña y tan precisa, era exactamente la misma distinción que ella había estado intentando hacer durante años entre gobernar el país y ser responsable de lo que el país se había vuelto.

Y pensó que tal vez no era una distinción que existiera en la realidad.

Que tal vez cuidar algo y ser responsable de lo que le ocurría eran, al final, la misma cosa.

El elevador llegó al piso principal.

Las puertas se abrieron.

Afuera, en la ciudad que no dormía del todo aunque fingiera hacerlo, un grupo de jóvenes había pegado en la pared exterior del edificio anexo,

mientras Emilia estaba en el sótano revisando archivos, un cartel fotocopiado en blanco y negro con el texto impreso en la fuente que imitaba los comunicados oficiales del gobierno:

SE BUSCA: LA VERDAD Última vez vista: hace varios años Señas particulares: no tiene eufemismos Recompensa: ninguna El gobierno ya no la reconocería aunque la encontrara

El cartel sería retirado a las seis de la mañana por el equipo de limpieza municipal.

Pero esa noche estuvo ahí, pegado en la pared del edificio que guardaba los archivos del infierno, como si supiera exactamente dónde tenía que estar.

CAPÍTULO 9

Los Archivos del Infierno

Ciudad Capital, doce meses antes

El gran apagón duró cuatro horas con cincuenta y tres minutos en la capital y hasta dieciséis horas en algunas regiones del centro y sur del país, donde la red eléctrica era tan vieja y estaba tan mal mantenida que los técnicos tardaron más en encontrar los cables que en repararlos, porque los planos originales de la instalación habían sido digitalizados durante el gobierno anterior con un presupuesto que el gobierno actual había cancelado antes de que el proceso de digitalización se completara, de modo que los técnicos buscaban cables con planos en papel que nadie sabía dónde estaban guardados en instalaciones que llevaban años sin ser inventariadas.

Era, en síntesis, la metáfora perfecta del régimen: un sistema que había interrumpido el proceso de conocerse a sí mismo y que ahora necesitaba encontrar sus propias entrañas a oscuras.

Lo que el apagón había hecho, más allá del daño eléctrico, fue invertir la dirección del miedo. Durante años el miedo en la República había tenido una circulación unidireccional: fluía desde arriba hacia abajo, desde el poder hacia los ciudadanos, desde Plutarco hacia Emilia y desde Emilia hacia el gabinete y desde el gabinete hacia los gobernadores y desde los gobernadores hacia la gente que vivía debajo de todo eso. Ahora el miedo también subía. Y el miedo que sube es más peligroso que el que baja, porque el miedo que baja produce obediencia y el miedo que sube produce traición.

La primera señal llegó a Serafín un martes por la mañana en forma de una llamada de Macedonio Ríos Castellanos que duró exactamente cuarenta segundos, que era el tiempo que Macedonio consideraba suficiente para comunicar lo que necesitaba comunicar sin dejar registro utilizable en ninguna grabación que pudiera existir.

—Serafín, ¿sabes si hay movimiento en los archivos federales?

—¿Qué tipo de movimiento?

—El tipo de movimiento que ocurre cuando alguien empieza a revisar cosas que llevaban tiempo sin revisarse.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque si hay ese tipo de movimiento, me gustaría saberlo antes que después.

—Macedonio, hay muchos archivos en el gobierno federal.

—Serafín.

Una pausa.

—Te llamo en una hora —dijo Serafín.

No lo llamó en una hora. Lo llamó en tres días, que era el tiempo que le tomó verificar lo que sospechaba y decidir cuánto de esa verificación podía compartir con Macedonio sin crear una vulnerabilidad que Macedonio pudiera usar en su contra en algún momento posterior que ninguno de los dos podía predecir pero que ambos calculaban como probable.

—Hay movimiento —le dijo finalmente—. No en los archivos federales directamente. En los registros de acceso a los archivos federales.

—¿Eso es peor?

—Eso significa que alguien está documentando quién ha visto qué. Lo cual es distinto a revisar los archivos. Es revisar a los revisores.

Silencio de varios segundos.

—Entendido —dijo Macedonio—. Gracias.

Colgó.

Esa misma tarde, Macedonio convocó a sus tres secretarios de confianza a una reunión que no quedó en ninguna agenda oficial. La reunión ocurrió en la sala de juntas privada de la residencia oficial del gobernador, con los teléfonos de todos los presentes depositados en una canasta de mimbre que había sido comprada específicamente para ese propósito en un mercado de artesanías y que el gobernador había bautizado internamente, con el humor negro que desarrollan quienes viven demasiado tiempo en ambientes de alto riesgo, como la canasta de la soberanía.

—Necesito que revisen la documentación financiera de los últimos cuatro años —dijo Macedonio, con la calma específica de quien da instrucciones que suenan administrativas y son otra cosa—. Identifiquen los expedientes que puedan generar interpretaciones erróneas en un contexto de escrutinio externo intensificado. Y procedan con su actualización.

El secretario de finanzas, que se llamaba Onésimo y que llevaba doce años trabajando con Macedonio y que por lo tanto había aprendido a traducir el lenguaje del gobernador con la fluidez de un intérprete profesional, levantó la vista de su libreta.

—¿Actualización en qué sentido, jefe?

—En el sentido de que los expedientes que no deban existir dejen de existir.

—¿Y los que deben existir?

—Los que deben existir deben existir de la manera más favorable posible para la institución.

—¿Y los que están en un punto intermedio?

Macedonio lo miró con la paciencia de quien ha explicado muchas veces cosas que no deberían necesitar explicación.

—Onésimo, llevamos doce años trabajando juntos. ¿En algún momento te he pedido que me preguntes por los puntos intermedios?

—No, jefe.

—Entonces no empieces ahora.

Onésimo cerró la libreta.

—Entendido, jefe.

Los otros dos secretarios no habían dicho nada durante toda la reunión. Macedonio los miró uno por uno.

—¿Alguna pregunta?

Nadie preguntó nada.

—Bien —dijo Macedonio—. Tienen una semana.

En la Ciudad Capital, el proceso era más complejo porque el volumen de documentos era mayor y porque había más personas que sabían dónde estaban guardados, lo cual multiplicaba el riesgo de que alguien que sabía decidiera contárselo a alguien que no debía saberlo. Abundio Cisneros resolvió el problema de la manera que resolvía todos sus problemas: delegando en personas que sabían menos que él lo que debían hacer con cosas que él tampoco entendía del todo pero que intuía que era mejor que no existieran.

Llamó a su subsecretario administrativo, un hombre joven y anguloso llamado Teódulo que había sido contratado por su capacidad de no hacer preguntas, que era una habilidad que Abundio valoraba por encima de cualquier otra en los puestos que requerían discreción.

—Teódulo, necesito que hagas un inventario de los archivos de la secretaría.

—¿Un inventario de qué tipo, secretario?

—Del tipo que identifica cuáles archivos son esenciales para el funcionamiento institucional y cuáles son material de soporte que ya cumplió su ciclo de vida útil.

Teódulo asintió lentamente.

—¿Y el material que ya cumplió su ciclo?

—Se descarta. Es procedimiento estándar de gestión documental.

—¿Con qué criterio se determina cuál material cumplió su ciclo?

Abundio sonrió con su sonrisa de cuarenta y dos dientes.

—El criterio lo determinas tú, Teódulo. Para eso te pago.

—¿Y si el material tiene relevancia legal?

—Teódulo, el material con relevancia legal está protegido por los protocolos institucionales correspondientes. El material sin relevancia legal puede ser administrado con mayor flexibilidad operativa.

Teódulo asintió de nuevo. Había aprendido durante sus años con Abundio que cuando el secretario usaba la expresión flexibilidad operativa significaba exactamente lo contrario de lo que sonaba: no más libertad sino una instrucción muy precisa disfrazada de libertad para que la responsabilidad de ejecutarla quedara distribuida de una manera que fuera difícil de rastrear.

—Entendido, secretario.

—Una semana, Teódulo.

—Una semana.

Mientras todo esto ocurría en los niveles superiores del gobierno, en las calles de la capital el pueblo procesaba el período de otra manera, que era la manera que había desarrollado durante años de convivencia con el absurdo institucionalizado: mediante representaciones públicas del absurdo que lo hacían soportable.

Los Comediantes del Apocalipsis habían incorporado a su repertorio una nueva pieza que llamaban El Gran Inventario, en la que un personaje que representaba a un alto funcionario del gobierno recorría su oficina con una lista en la mano instruyendo a sus subordinados sobre qué documentos conservar y cuáles destruir siguiendo criterios que el personaje explicaba con una lógica interna perfectamente coherente y completamente demencial.

—Este expediente sobre el contrato de la autopista —decía Bulmaro, haciendo de funcionario con la solemnidad del cargo— ¿tiene relevancia institucional?

—Tiene firmas del secretario y del gobernador y del representante de la empresa —respondía El Licenciado, haciendo de subalterno.

—¿Y de dónde viene la empresa?

—De un paraíso fiscal.

—¿Y el paraíso fiscal tiene nombre?

—Tiene número. Es más discreto.

—Entonces el expediente no tiene relevancia institucional. Al inventario de flexibilidad operativa.

El público reía. Pero era una risa más corta que de costumbre, con menos aire adentro, porque el chiste era demasiado cercano a lo que todos sospechaban que estaba ocurriendo de verdad para poder reírse de él con la comodidad que da la distancia.

Valentina Osorio, la organizadora, lo notó después de la segunda función de esa semana.

—La gente ríe menos —le dijo a Bulmaro.

—La gente ríe diferente —la corrigió él—. Antes reía porque lo que decíamos era absurdo. Ahora ríe porque lo que decíamos ya no es tan absurdo.

—¿Y eso es mejor o peor?

—Es más honesto —dijo Bulmaro—. Que es lo que siempre quisimos ser. Aunque resulte que ser honesto es menos gracioso que ser exagerado.

Valentina pensó en eso un momento.

—¿Y seguimos?

—Seguimos —dijo Bulmaro—. Mientras haya algo que decir, seguimos.

Emilia, que había bajado al archivo subterráneo dos semanas antes y que desde entonces cargaba el peso específico de quien sabe algo que no puede ignorar, convocó a Serafín a una reunión que no era reunión sino conversación, lo cual en el lenguaje del gobierno significaba que no habría acta ni testigos ni registro de ningún tipo.

Lo citó en el jardín de la residencia presidencial, que era el único lugar donde Emilia tenía cierta certeza razonable de que no había micrófonos, aunque esa certeza se había vuelto con los años progresivamente menos razonable.

—Serafín, vi los archivos.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Fidencio me llama cuando hay visitas.

—¿Y a quién más llama?

Serafín no respondió de inmediato. Miró los árboles del jardín con la expresión de quien calcula algo.

—Fidencio llama a quien le han instruido que llame —dijo finalmente.

Emilia entendió la implicación.

—¿Plutarco sabe que bajé?

—Plutarco sabe muchas cosas.

—Serafín, necesito una respuesta directa.

—Emilia, en este gobierno las respuestas directas tienen un costo que no siempre conviene pagar.

—Págalo tú. Yo lo necesito.

Una pausa larga. Serafín miró sus zapatos, luego los árboles, luego a Emilia.

—Sí —dijo—. Lo más probable es que sí.

Emilia asintió. No con sorpresa sino con la confirmación de algo que ya sabía pero que necesitaba escuchar dicho por alguien que no fuera su propia cabeza.

—¿Y qué hará con eso?

—Lo que hace con todo —dijo Serafín—. Guardarlo hasta que lo necesite.

—¿Para usarlo contra mí?

—Para usarlo cuando le sea útil. Que puede ser contra ti o puede ser para protegerte, dependiendo de lo que necesite en ese momento. Eso es lo que hace. Acumula información como se acumula moneda. Y la gasta cuando el tipo de cambio le favorece.

Emilia miró el jardín. Un pájaro pasó entre los árboles con la indiferencia perfecta de los animales ante los asuntos humanos.

—Serafín, ¿tú tienes algo guardado? Fuera del gobierno, quiero decir.

Serafín sonrió. Era una sonrisa pequeña y cansada que tenía adentro varios años de decisiones que no había podido compartir con nadie.

—Tengo carpetas —dijo—. Varias carpetas. En lugares distintos.

—¿Con qué hay en esas carpetas?

—Con suficiente para que lo que hay en el archivo subterráneo tenga contexto —dijo—. Y con suficiente para que ese contexto sea comprensible para quien necesite comprenderlo en el momento en que necesite comprenderlo.

—¿Y cuándo será ese momento?

—Cuando las cosas ya no puedan seguir como están —dijo Serafín—. Que es antes de lo que crees y después de lo que esperas.

Se miraron en silencio durante varios segundos. Luego Serafín se levantó del banco donde estaban sentados.

—Emilia, hay una cosa que necesitas saber.

—Dila.

—Lo que viste en el archivo subterráneo no es todo. Es lo que está en papel. Lo que no está en papel es considerablemente más.

—¿Y dónde está lo que no está en papel?

Serafín lo pensó.

—En la memoria de las personas que lo hicieron —dijo—. Y en la memoria de las personas que lo vieron. Y esas personas, llegado el momento, van a tener que decidir qué hacen con esa memoria.

—¿Y tú qué vas a hacer con la tuya?

Serafín recogió su libreta del banco. La miró un momento. Luego la guardó en el bolsillo interior de su saco con el cuidado de quien guarda algo que sabe que va a necesitar.

—Lo que me permita dormir —dijo—. Que ya es más de lo que he dormido en los últimos años.

Se fue por el camino de piedra del jardín hacia el edificio principal con el paso del hombre que ha dicho más de lo que planeaba decir y que sabe que ese exceso tiene consecuencias pero que también sabe que callar tiene las suyas y que entre ambas consecuencias ha elegido la que le parece menos irreparable.

Emilia se quedó sola en el jardín.

El pájaro que había cruzado entre los árboles había desaparecido, aunque no era claro si había volado o simplemente se había quedado quieto en algún lugar donde no podía ser visto, que era, pensó Emilia, una distinción que en los últimos años había dejado de ser relevante.

Desaparecer y quedarse quieto producían el mismo resultado si nadie buscaba la diferencia.

Esa noche el teléfono rojo sonó a las once y cuarenta.

—¿Cómo vas? —dijo la voz desde el sur, con el tono casual de siempre, como si fuera una llamada cualquiera en un momento cualquiera.

—Bien —dijo Emilia.

—¿Revisando algo interesante?

Una pausa de un segundo que Emilia calculó para que pareciera natural y no calculada.

—Revisando los reportes del día —dijo.

—Bien —dijo la voz—. Mañana en la conferencia necesito que menciones los logros del programa de infraestructura rural. Hay datos nuevos.

—Los incluyo.

—Y Emilia.

—Sí.

—Los jardines de la residencia tienen buena acústica —dijo la voz—. Se escucha bien desde casi cualquier punto.

La llamada terminó.

Emilia miró el teléfono rojo durante varios segundos.

Luego miró el jardín a través de la ventana del dormitorio presidencial, oscuro y quieto y lleno, ahora lo sabía con certeza, de oídos que no eran pájaros.

Y pensó que tal vez la distinción entre desaparecer y quedarse quieto sí importaba. Que importaba mucho. Y que el problema era que ya no sabía en cuál de las dos categorías estaba ella.

CAPÍTULO 10

El Evangelio Según Plutarco

La finca del sur y Ciudad Capital, nueve meses antes

La finca se llamaba oficialmente Centro de Reflexión Histórica Nacional, que era un nombre que el Ministerio de Orientación Popular había elegido con el cuidado de quien sabe que el nombre de un lugar determina en parte lo que la gente cree que ocurre dentro de él. En la práctica era una propiedad de cuatrocientas hectáreas en una región selvática del sur del país, rodeada por tres perímetros de seguridad que los documentos oficiales describían como sistemas de protección perimetral de naturaleza discreta y que cualquier persona con visión normal podía identificar desde la carretera como lo que eran: garitas, bardas de tres metros con concertina y hombres armados que no llevaban uniforme pero que tenían el porte específico de quienes han llevado uniforme durante suficientes años para que el cuerpo lo recuerde aunque la ropa lo niegue.

Plutarco vivía ahí desde hacía cuatro años.

No solo. Nunca solo. Lo rodeaba un séquito de aproximadamente ochenta personas cuya composición exacta nadie fuera de la finca conocía con certeza porque variaba constantemente: algunos llegaban, otros se iban, algunos desaparecían de la lista sin explicación y reaparecían meses después en cargos gubernamentales menores o en organizaciones del movimiento en estados remotos, como si la finca fuera también una especie de purgatorio político desde el que Plutarco distribuía destinos con la arbitrariedad de quien tiene demasiado tiempo para pensar y demasiado poder para ser cuestionado.

Entre los permanentes estaba el Padre Norberto, que era un sacerdote que había sido expulsado de su orden religiosa por razones que nunca fueron completamente especificadas pero que tenían que ver, según las versiones que circulaban, con interpretaciones heterodoxas de la teología de la liberación que sus superiores consideraban incompatibles con la doctrina oficial y que Plutarco consideraba, por las mismas razones, perfectamente compatibles con la filosofía transformadora. El Padre Norberto oficiaba una misa informal todas las mañanas en la capilla que Plutarco había mandado construir en el extremo norte de la finca, a la que asistían obligatoriamente todos los residentes y en la que las lecturas del evangelio eran complementadas con fragmentos de los discursos del líder fundador que el Padre Norberto había compilado en un volumen encuadernado en piel que los residentes llamaban entre sí, con una mezcla de reverencia y humor que era el tono dominante dentro de la finca, el evangelio según Plutarco.

Serafín visitó la finca un martes por la mañana, llegando en un vehículo sin placas que lo recogió a cuatro kilómetros de la entrada principal, que era el protocolo establecido para las visitas que no debían quedar registradas como visitas.

Lo recibió en la sala principal un hombre llamado Cirilo Montoya, que era el jefe de la guardia personal de Plutarco y que tenía la costumbre de recibirlo todo, incluyendo a las personas, con una expresión que no era exactamente

desconfianza pero que tampoco era exactamente bienvenida, sino algo intermedio que Serafín había aprendido a interpretar como el equivalente humano de un detector de metales: te deja pasar pero quiere que sepas que te revisó.

—El jefe lo espera en el estudio —dijo Cirilo.

—¿Cómo está?

—Bien.

—¿Bien bien o bien de los otros?

Cirilo lo miró.

—El jefe siempre está bien —dijo, con un tono que cerraba la conversación con la eficiencia de un portazo sin ruido.

El estudio de Plutarco era una habitación grande con las paredes cubiertas de estanterías llenas de libros que nadie había abierto en mucho tiempo, según se podía deducir por la capa uniforme de polvo sobre los lomos, y de fotografías enmarcadas que documentaban los momentos más importantes de su trayectoria política con la selectividad de quien ha decidido qué versión de su vida merece ser recordada. En el centro había un escritorio de madera oscura detrás del cual Plutarco estaba sentado cuando Serafín entró, con una tableta electrónica frente a él y un vaso de agua que no había tocado.

Había envejecido.

Serafín lo notó con la precisión de quien no lo había visto en tres meses y que por lo tanto podía medir el cambio en lugar de adaptarse a él gradualmente. No era el envejecimiento físico, que también estaba ahí, sino algo más interno y más difícil de nombrar: una densidad en la mirada, una lentitud en los gestos que no era debilidad sino el movimiento de quien ya no necesita apresurarse porque el tiempo funciona a sus órdenes.

O eso creía él.

—Serafín —dijo Plutarco, sin levantarse.

—Jefe —dijo Serafín, sentándose en la silla que había frente al escritorio sin esperar a que lo invitaran, que era una de las pocas libertades que todavía se permitía en su presencia.

—¿Cómo está la capital?

—Complicada.

—¿Más que la semana pasada?

—En la misma dirección pero más lejos.

Plutarco asintió lentamente.

—¿Y Emilia?

—Emilia está procesando.

—¿Procesando qué?

—Lo que vio en el archivo subterráneo, entre otras cosas.

Hubo una pausa en que ninguno de los dos dijo nada y en que ambos sabían perfectamente qué sabía el otro y ninguno tenía intención de ser el primero en nombrar eso que sabían.

—¿Y qué conclusiones sacó? —dijo Plutarco finalmente.

—Las que uno saca cuando ve ese tipo de cosas por primera vez.

—¿Miedo?

—Claridad —dijo Serafín—. Que en su caso es más peligroso que el miedo.

Plutarco lo miró durante varios segundos.

—Serafín, llevas veinte años trabajando conmigo. En todo ese tiempo, ¿alguna vez te he pedido que me digas lo que quiero escuchar en lugar de lo que necesito escuchar?

—Sí —dijo Serafín.

Plutarco frunció el ceño.

—¿Cuándo?

—Regularmente, jefe. Pero no siempre lo nota.

Una pausa larga. Luego Plutarco soltó algo que en otro contexto habría podido ser una carcajada y que en ese contexto era simplemente la exhalación de alguien que acaba de escuchar algo que no esperaba.

—Está bien —dijo—. Dime lo que necesito escuchar.

—Las cosas se están acelerando. Los comunicados internacionales no son el principio de algo, son la parte visible de algo que lleva meses construyéndose debajo. Macedonio ya está moviendo recursos. Abundio está destruyendo archivos. Los militares de la tercera región están teniendo reuniones que no reportan a Gobernación. Y Emilia sabe más de lo que sabía hace un mes.

—¿Y tú?

—Yo estoy aquí.

—¿Y tus carpetas?

Serafín no se inmutó.

—¿Qué carpetas, jefe?

Plutarco lo miró con la expresión de quien ha hecho una pregunta que no esperaba que el otro esquivara pero que tampoco esperaba que respondiera directamente, y que en esa esquivita ha obtenido la confirmación que buscaba.

—Está bien —dijo—. Las carpetas de las que no existen.

—Las carpetas de las que no existen están donde necesitan estar para garantizar que exista el contexto adecuado en el momento adecuado.

—¿Para quién?

—Para quien lo necesite.

—¿Y si lo que necesito yo es que no existan?

—Ya no es posible, jefe —dijo Serafín, con una calma que le había costado semanas construir para este momento específico—. Hay cosas que ya no se pueden deshacer. Lo sabe usted mejor que nadie.

Plutarco se recostó en su silla. Lo miró durante un tiempo que habría resultado incómodo para cualquier persona con menos historia entre ellos.

—¿Me estás amenazando, Serafín?

—Le estoy describiendo la realidad, jefe. Que es lo que siempre he hecho, aunque no siempre me lo hayan agradecido.

Otro silencio largo.

—Está bien —dijo Plutarco finalmente—. ¿Qué quieres?

—Quiero que permita una salida ordenada. No inmediata. Gradual. Que deje a Emilia gobernar de verdad los últimos meses. Que permita una transición que proteja lo que pueda protegerse del proyecto original, que no era todo malo, jefe. Usted lo sabe.

Plutarco lo miró.

—¿Y a cambio?

—Las carpetas permanecen donde están. Sin movimiento.

—¿Y si no acepto?

—Las carpetas permanecen donde están. Con movimiento.

Plutarco asintió muy lentamente, con el movimiento de quien procesa algo que sabía que llegaría pero que esperaba que llegara más tarde o de otra manera o en boca de alguien con menos historia compartida.

—Serafín —dijo—, ¿sabes cuántas personas me han dicho en los últimos cuarenta años que lo que yo hacía era necesario?

—Muchas, jefe.

—¿Y sabes cuántas de esas personas me están diciendo ahora lo contrario?

—Muchas, jefe.

—¿Y sabes por qué?

Serafín lo pensó un momento.

—Porque el viento cambió —dijo.

—Porque el viento cambió —repitió Plutarco, como si la frase necesitara ser dicha dos veces para ser completamente real—. Y tú eres el primero que me lo dice a la cara, que es lo único que te lo agradezco.

—¿Y la respuesta?

Plutarco no respondió de inmediato. Se levantó, fue a la ventana que daba al jardín de la finca, miró la vegetación densa y verde y el cielo sin nubes

con la expresión de alguien que está buscando en el paisaje algo que el paisaje no tiene manera de proporcionarle.

—Necesito tiempo —dijo.

—No hay mucho —dijo Serafín.

—Lo sé. Pero necesito tiempo de todas formas.

Serafín se levantó.

—Jefe, hay una cosa más.

—Dila.

—La misa de mañana. El Padre Norberto va a leer el fragmento del discurso del Zócalo de hace tres años, el de la purificación histórica del pueblo. Hay residentes que llevan un mes pidiendo que no se lea ese fragmento.

Plutarco lo miró desde la ventana.

—¿Por qué?

—Porque el pueblo que se purifica históricamente es el mismo que estaba en el Zócalo cuando se apagaron las pantallas y se rio —dijo Serafín—. Y la distancia entre ambas versiones del mismo pueblo ya no cabe en un sermón de veinte minutos, jefe. Ya no cabe en ningún sermón.

Plutarco volvió a mirar el jardín.

—El Padre Norberto lee lo que yo le digo que lea.

—Lo sé —dijo Serafín—. Por eso se lo digo a usted.

Se fue de la finca en el mismo vehículo sin placas, de regreso a los cuatro kilómetros de distancia donde lo esperaba su propio coche, pensando que la conversación había ido aproximadamente como esperaba y que aproximadamente no era suficiente.

Mientras tanto, en la capital, el evangelio según Plutarco seguía transmitiéndose.

Las cadenas nacionales que Plutarco enviaba desde la finca con una frecuencia que había aumentado inversamente proporcional a la estabilidad del régimen llegaban ahora en forma de mensajes pregrabados que el Ministerio de Orientación Popular distribuía a través de todos los canales disponibles con la urgencia de quien sabe que el producto tiene fecha de vencimiento pero no sabe cuándo vence exactamente.

En esos mensajes, Plutarco ya no hablaba como político.

Hablaba como profeta.

El registro había cambiado de manera tan gradual que era difícil señalar el momento exacto del cambio, pero la diferencia entre el tono de sus discursos de hace cinco años y el de sus mensajes actuales era la diferencia entre un hombre que quiere ganar una discusión y un hombre que ha decidido que la discusión no es el marco adecuado para lo que tiene que decir.

—Las élites globales —decía en uno de sus mensajes más recientes, transmitido en cadena nacional un domingo por la tarde— desean destruir este proyecto porque él representa la última conciencia moral de la humanidad. No lo digo con soberbia. Lo digo con la tristeza de quien ha entendido que cargar con esa responsabilidad implica también cargar con la persecución de quienes temen que la conciencia moral despierte en los pueblos que han sido adormecidos durante siglos.

En una vecindad de la colonia Guerrero, tres mujeres escuchaban el mensaje desde la cocina mientras preparaban la comida del domingo.

—Dice que es la última conciencia moral de la humanidad —dijo la primera.

—¿De toda la humanidad? —dijo la segunda.

—De toda —confirmó la primera.

—Qué responsabilidad —dijo la tercera, que era la abuela y que tenía ochenta y dos años y que había escuchado suficientes discursos en su vida para haber desarrollado un sistema de clasificación propio—. Los que cargan con toda la humanidad siempre terminan dejando caer a los de mero abajo primero.

Las otras dos guardaron silencio un momento.

—¿Y qué hacemos con el mensaje, abuela? —preguntó la más joven.

—Apagamos —dijo la abuela— y comemos.

Apagaron. Comieron.

En otras partes del país la respuesta era distinta pero igualmente reveladora. En el estado de Macedonio, donde las transmisiones del movimiento habían sido durante años parte del paisaje sonoro de las plazas públicas, los altavoces comenzaron a fallar con una frecuencia que el delegado del Ministerio de Orientación Popular reportaba como problemas técnicos de mantenimiento y que el personal municipal responsable de los altavoces explicaba, cuando se les preguntaba directamente, con una variedad de razones que tenían en común la característica de no ser la razón real.

La razón real era que Macedonio había dado instrucciones de que los altavoces fallaran.

No de que los apagaran, que habría sido demasiado obvio. Sino de que fallaran, que producía el mismo resultado con la ventaja adicional de que podía atribuirse a la negligencia del gobierno federal en el mantenimiento de la infraestructura municipal, lo cual era además completamente verdad.

Era el tipo de maniobra que sólo podía ejecutar alguien que llevaba años aprendiendo a hacer lo que necesitaba hacer de la manera que dejara menos rastros, y Macedonio llevaba muchos años aprendiendo exactamente eso.

En la finca del sur, Plutarco recibía los reportes de sus emisarios con la concentración selectiva de quien escucha lo que quiere escuchar y procesa

lo demás a través de un filtro que había ido engrosándose durante años hasta volverse casi impenetrable.

Los altavoces que fallaban en el estado de Macedonio: problemas técnicos.

Los militares de la tercera región reuniéndose sin reportar: ejercicios de coordinación interna.

Los archivos que desaparecían de las secretarías: gestión documental de rutina.

Emilia bajando al archivo subterráneo a las once de la noche: curiosidad administrativa.

El Padre Norberto llegó al estudio esa tarde con el evangelio según Plutarco bajo el brazo y la expresión de quien viene a cumplir un ritual que se ha vuelto rutina.

—¿Mañana leemos el fragmento del Zócalo? —preguntó.

—Leemos el del río —dijo Plutarco, sin levantar la vista de la tableta.

—¿El de la purificación del agua?

—El de que los pueblos que han bebido agua limpia no pueden regresar al agua sucia.

El Padre Norberto buscó el fragmento en el volumen encuadernado con la diligencia de quien conoce el libro de memoria pero mantiene el ritual de buscarlo de todas formas porque el ritual tiene su propia función.

—¿Y la homilía?

—La misma de siempre. El pueblo que ha despertado no puede volver a dormirse. El que ha visto la luz no puede regresar a la oscuridad. El que ha elegido la dignidad no puede intercambiarla por la comodidad del sometimiento.

—¿Y si alguien pregunta por los altavoces del estado de Macedonio?

Plutarco levantó la vista de la tableta por primera vez desde que el Padre Norberto había entrado.

—¿Quién va a preguntar?

—Hay residentes que lo han notado.

—Los residentes observan lo que yo les pido que observen.

—Sí, jefe.

—¿Entonces?

El Padre Norberto cerró el volumen.

—Entonces mañana leemos el del río —dijo.

—Bien —dijo Plutarco, volviendo a la tableta.

El Padre Norberto salió del estudio. En el pasillo se encontró con Cirilo Montoya, que estaba parado con los brazos cruzados en el lugar donde siempre estaba parado con los brazos cruzados, que era todas partes.

—Padre —dijo Cirilo, con su tono de portazo sin ruido—, ¿todo bien?

—Todo bien —dijo el Padre Norberto.

—¿El jefe está tranquilo?

El Padre Norberto pensó un momento.

—El jefe está convencido —dijo—. Que es distinto a estar tranquilo, pero que en ciertos casos produce el mismo efecto exterior.

Cirilo lo miró sin entender del todo la distinción.

—¿Y eso es bueno?

—Para la misa de mañana, sí —dijo el Padre Norberto—. Para lo que viene después de la misa, no lo sé.

Se fue por el pasillo con su volumen encuadernado bajo el brazo, hacia la capilla donde mañana leerían el fragmento del río y la homilía de siempre, en la rutina que el régimen había convertido en ceremonia y que la ceremonia había convertido en algo que ya no era exactamente religión pero que tampoco era exactamente política sino algo en el espacio sin nombre que existe entre las dos cuando ambas han perdido el contacto con la realidad que les dio origen.

Esa noche Emilia recibió la grabación del mensaje dominical de Plutarco en su tableta, como siempre, para revisarla antes de que se transmitiera en cadena nacional.

Lo escuchó completo.

Luego lo escuchó por segunda vez, no porque necesitara escucharlo dos veces sino porque la primera vez no había podido terminar de procesar la distancia entre el hombre que conoció en un foro de política social hace muchos años, hablando con emoción genuina sobre estadísticas de desnutrición infantil, y el hombre que hablaba ahora sobre ser la última conciencia moral de la humanidad con la convicción serena de quien ya no distingue entre lo que cree y lo que necesita que los demás crean.

Aprobó la transmisión.

No porque pensara que debía transmitirse. Sino porque no aprobarla requería una conversación con el teléfono rojo que esa noche no tenía fuerzas para sostener.

Cerró la tableta.

Miró el jardín oscuro, lleno de oídos que no eran pájaros.

Y pensó que el monstruo del que las risas del apagón habían sugerido que también podía morir era más difícil de matar de lo que las risas sugerían, porque los monstruos que se alimentan de la convicción propia tienen una resistencia que los que se alimentan de la convicción ajena no poseen.

Y que ella llevaba años siendo parte de la dieta.

CAPÍTULO 11

La Noche de los Traidores

Ciudad Capital y la finca del sur, seis meses antes

La traición, cuando llegó, no llegó de noche ni con puñal ni con el dramatismo que las traiciones tienen en las novelas donde nadie ha tenido que traicionar a nadie de verdad. Llegó un martes por la mañana, en forma de una filtración a un portal de noticias independiente que publicó, con la precisión milimétrica de quien ha recibido documentos verificados y no simples rumores, una serie de transferencias bancarias entre cuentas vinculadas a funcionarios del régimen y organizaciones que dos agencias internacionales de investigación financiera habían clasificado como fachadas de grupos dedicados al tráfico de sustancias ilegales.

Los documentos incluían fechas, montos, números de cuenta, nombres de beneficiarios y, en tres casos, capturas de pantalla de comunicaciones internas que nadie dentro del gobierno había podido filtrar porque nadie fuera de un círculo muy reducido sabía que existían.

Serafín leyó la nota en su teléfono a las seis cuarenta y cinco de la mañana, antes de llegar a la oficina, sentado en el asiento trasero del coche que lo transportaba desde su departamento. La leyó dos veces. Luego guardó el teléfono en el bolsillo y miró por la ventana la ciudad que despertaba con su indiferencia habitual, sin saber todavía que ese martes era diferente a los anteriores, aunque lo sería.

Llamó a Práxedes.

—¿Ya viste la nota? —dijo.

—La estoy leyendo.

—¿Reconoces los documentos?

Una pausa.

—Reconozco el formato —dijo Práxedes, con la precisión del semiótico que describe lo que ve sin comprometerse todavía con lo que significa—. El contenido lo estoy procesando.

—Práxedes.

—Serafín.

—¿Los reconoces o no?

Otra pausa más larga.

—Algunos —dijo finalmente.

—¿Y los que reconoces implican lo que parecen implicar?

—Serafín, es muy temprano para este tipo de conversación.

—Es exactamente la hora correcta para este tipo de conversación. Después va a ser tarde.

Silencio.

—Sí —dijo Práxedes—. Los que reconozco implican lo que parecen implicar.

—Entendido —dijo Serafín—. No hagas nada todavía. Espera mi llamada.
Colgó. Llamó a Emilia.

El teléfono del despacho presidencial sonó cuatro veces antes de que alguien respondiera, lo cual era inusual porque el teléfono del despacho presidencial tenía instrucciones de ser respondido antes del segundo tono.

—¿Ya viste la nota? —dijo Serafín cuando respondieron.

—La estoy viendo ahora —dijo la voz, que no era la de Emilia sino la de su secretaria particular, una mujer llamada Amparo que llevaba tres años en el cargo y que había desarrollado el don de sonar absolutamente neutral en cualquier circunstancia—. La presidenta está en una llamada.

—¿Con quién?

Una pausa brevísima.

—Con el sur —dijo Amparo, que era la manera en que el personal de la residencia se refería a la finca cuando necesitaban referirse a ella sin nombrarla.

—¿Cuánto lleva?

—Cuarenta minutos.

Serafín calculó. Cuarenta minutos era mucho, incluso para el teléfono rojo. Significaba que Plutarco había visto la nota antes que él, lo cual era posible si alguien en la finca tenía acceso temprano a los portales de noticias independientes, lo cual era probable dado que Cirilo Montoya no dormía antes de las cuatro de la mañana y pasaba las horas previas monitoreando exactamente ese tipo de contenido.

—Dile que llame cuando pueda —dijo Serafín, y colgó.

La reunión de gabinete se convocó a las diez de la mañana con la urgencia silenciosa de las convocatorias que no dicen en el asunto lo que realmente van a tratar. Los funcionarios llegaron en el orden que tenían cuando recibieron la convocatoria, que era el orden en que cada uno había terminado de procesar la nota y de calcular su propia exposición personal en relación con los documentos publicados, y ese orden revelaba, para quien supiera leerlo, más información sobre el estado interno del régimen que cualquier reporte de inteligencia.

Macedonio no llegó. Envío a su representante, un hombre joven que nadie conocía bien y que tenía el aspecto de haber sido elegido precisamente por ser desconocido.

Abundio llegó tarde, que era inusual en él, y con una expresión que había perdido los cuarenta y dos dientes de la sonrisa y que en su ausencia mostraba una cara que pocos habían visto antes.

Leopoldo Fumarola llegó puntual, se sentó en su lugar habitual, sacó su teléfono, lo depositó boca abajo sobre la mesa y no lo volvió a tocar durante toda la reunión, lo cual era para quien lo conocía la señal más

elocuente posible de que estaba completamente presente y completamente aterrorizado.

Práxedes llegó con dos libretas en lugar de una.

Emilia presidió la reunión con la expresión que había perfeccionado para las ocasiones en que necesitaba parecer en control de una situación sobre la que no tenía control.

—La nota publicada esta mañana —comenzó— contiene información que el gobierno está analizando para determinar su veracidad y origen. El Ministerio de Orientación Popular emitirá en las próximas horas un comunicado desmintiéndola como parte de una campaña de desinformación coordinada por actores externos con intereses en desestabilizar la transformación.

—¿Y si los documentos son reales? —preguntó Práxedes, con el tono de quien hace una pregunta técnica dentro de una reunión donde las preguntas técnicas ya no son bienvenidas pero que ha decidido hacerla de todas formas.

Todos miraron a Práxedes. Práxedes los miró de regreso con la calma de quien ha cruzado una línea y sabe que ya no tiene sentido retroceder.

—Los documentos —dijo Emilia, reproduciendo lo que el auricular le dictaba desde el sur— son parte de un arsenal de desinformación fabricado por intereses que llevan años intentando destruir el proyecto más importante de transformación democrática que este país ha tenido en su historia moderna.

—¿Y las transferencias? —dijo Práxedes.

—Las transferencias serán investigadas por las autoridades competentes con plena transparencia y apego a la legalidad.

—¿Cuáles autoridades competentes?

—Las que correspondan.

—¿Que son las mismas que aparecen en algunos de los documentos?

El silencio que siguió fue de la variedad que no es ausencia de sonido sino presencia de algo que nadie quiere ser el primero en nombrar. Leopoldo Fumarola miró su teléfono boca abajo. Abundio estudió sus manos. El representante de Macedonio tomó notas en una libreta con la concentración del que no quiere levantar la vista.

—La reunión termina aquí —dijo Emilia.

Todos se levantaron con la rapidez de quien ha estado esperando esa frase.

En el pasillo, la desintegración comenzó de inmediato y sin coordinación, que es como se desintegran los regímenes que no tienen un plan de salida porque nadie dentro de ellos creyó nunca que necesitarían uno.

Abundio se fue hacia su oficina sin hablar con nadie. Treinta minutos después, Teódulo, su subsecretario de flexibilidad operativa, recibió una

instrucción verbal de acelerar el proceso de gestión documental iniciado semanas antes. Teódulo, que había estado esperando esa instrucción, la ejecutó con la eficiencia de quien la había estado preparando mentalmente durante el tiempo de espera.

Leopoldo encontró a Serafín en el corredor posterior al ala de reuniones.

—Serafín —dijo, en voz muy baja, sin detenerse completamente, como si la conversación fuera un accidente y no una decisión—, ¿cuánto tiempo tenemos?

—Depende de lo que hagamos en las próximas cuarenta y ocho horas —dijo Serafín, igualando el paso para que pudieran hablar sin parecer que hablaban.

—¿Y qué deberíamos hacer?

—Lo que cada quien tenga que hacer para poder mirarse al espejo en tres años.

—¿Y si mirarse al espejo en tres años requiere hacer cosas que hoy parecen imposibles?

—Leopoldo, las cosas imposibles de hoy son las únicas posibles de mañana. Es la definición de crisis.

Leopoldo asintió sin dejar de caminar.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Lo que pueda —dijo Serafín—. Con lo que tengo.

Se separaron en el cruce de pasillos sin decirse adiós, que seguía siendo la forma más discreta de despedida disponible cuando ambos interlocutores sabían que la conversación que acababan de tener podía tener consecuencias que ninguno podía calcular con precisión.

Emilia llamó a la finca a las dos de la tarde.

Era la primera vez en cuatro años de gobierno que ella llamaba al teléfono rojo en lugar de esperar a que sonara. Cirilo contestó al primer tono, lo cual significaba que estaba esperando la llamada, lo cual significaba que Plutarco le había dicho que esperara la llamada, lo cual significaba que Plutarco sabía que Emilia llamaría antes de que Emilia lo supiera.

—Necesito hablar con él —dijo Emilia.

—Un momento —dijo Cirilo.

El momento duró cuatro minutos, que Emilia pasó mirando la fotografía de Plutarco detrás de su escritorio con la misma expresión que se le pone a alguien cuando lleva suficiente tiempo mirando algo y de repente deja de verlo como lo que siempre fue y empieza a verlo como lo que realmente es.

—Emilia —dijo la voz finalmente, con su tono de siempre, como si el martes fuera un martes normal.

—Plutarco, necesito ir a la finca.

Una pausa.

—¿Para qué?

—Para hablar en persona. Sobre lo de esta mañana. Sobre lo que viene.

—Todo lo que hay que hablar podemos hablarlo por teléfono.

—No. No podemos.

Otra pausa.

—Está bien —dijo la voz—. Mañana.

—Hoy —dijo Emilia.

El silencio que siguió era del tipo que tiene peso físico. Emilia lo sostuvo sin ceder, que era algo que no había hecho en mucho tiempo y que le costó un esfuerzo que no esperaba que le costara tanto.

—Esta tarde —dijo la voz finalmente—. A las cinco.

Llegó a la finca a las cuatro con cuarenta y cinco minutos, quince minutos antes, porque quería ver el lugar antes de que Plutarco estuviera listo para recibirla, que era una pequeña táctica que había aprendido de él y que él había utilizado muchas veces con ella.

Cirilo la recibió en la entrada principal con su expresión habitual.

—Llegó temprano —dijo.

—Sí —dijo Emilia.

—El jefe no está listo todavía.

—No importa. Puedo esperar en el jardín.

El jardín de la finca era más grande y más cuidado que el de la residencia presidencial, lo cual era una observación que Emilia hizo de manera involuntaria y que le dijo algo sobre las prioridades de ambos lugares que habría preferido no pensar en ese momento.

Se sentó en una banca de piedra junto a una fuente que funcionaba con generador propio porque la finca tenía sistema eléctrico independiente de la red nacional, lo cual era una inversión que el Centro de Reflexión Histórica Nacional había justificado en sus documentos oficiales como necesidad de continuidad operativa para las funciones de orientación política y que era también, en términos prácticos, la razón por la que la finca nunca había sufrido los apagones que afectaban al resto del país.

Los residentes que cruzaban el jardín la miraban con la discreción estudiada de quienes han aprendido que mirar a ciertas personas de cierta manera en ciertos contextos tiene costos que no siempre se pueden calcular de antemano. Nadie le habló. Nadie le preguntó si necesitaba algo. Era invisible de la manera específica en que son invisibles las personas que están en un lugar donde no deberían estar o donde no se esperaba que estuvieran.

Plutarco llegó al jardín a las cinco y ocho, que era suficientemente cerca de las cinco para no ser una descortesía deliberada y suficientemente lejos para ser un recordatorio de quién decidía los tiempos en ese lugar.

Se sentó frente a ella en la banca opuesta, separados por la fuente, y la miró con la expresión de alguien que ha preparado esta conversación con anticipación y que por lo tanto tiene la ventaja de quien llegó antes aunque haya llegado después.

—Emilia —dijo.

—Plutarco —dijo ella.

—¿Cómo estuvo el viaje?

—Bien.

—¿El gabinete?

—Asustado.

—¿Macedonio?

—No fue. Mandó a alguien que nadie conoce.

Plutarco asintió lentamente.

—Eso es lo que hace Macedonio cuando está calculando —dijo—. Manda a alguien desconocido para que no pueda atribuírsele ninguna posición todavía.

—Lo sé —dijo Emilia—. Por eso vine.

—¿Porque Macedonio mandó a un desconocido?

—Porque todo está calculando. Todos. Y mientras todos calculan, el país se desmorona sin que nadie esté gobernando porque el que debería gobernar está aquí y el que está ahí no puede gobernar sin que alguien de aquí le diga cómo.

Plutarco la miró. Era la declaración más directa que Emilia le había hecho en cuatro años de gobierno y ambos lo sabían, y ambos sabían que el hecho de que fuera directa significaba que algo había cambiado en ella desde la última vez que habían hablado.

—¿Y qué propones? —dijo Plutarco.

—Que me dejes gobernar. De verdad. Los meses que quedan.

—¿Y qué harías con esos meses?

—Intentar una salida que no destruya todo lo que todavía puede salvarse.

—¿Qué puede salvarse?

Emilia pensó en la foto del archivo subterráneo. En el hombre joven con los zapatos rotos rodeado de gente que necesitaba creer en algo.

—Parte de la idea original —dijo—. La que tenías antes de que la idea se convirtiera en esto.

Plutarco la miró durante varios segundos.

—Emilia, la idea original y esto son la misma cosa. Siempre lo fueron. Lo que cambió fue la escala.

—La escala y los métodos y los muertos y los periodistas desaparecidos y los archivos y los medicamentos que no llegaron y los niños con fiebre sin paracetamol.

—Los costos de la transformación histórica son —

—Plutarco —lo interrumpió Emilia, que era algo que no había hecho nunca en cuatro años—, para.

Él paró.

El silencio entre ambos era diferente a todos los silencios anteriores de esta novela. No era el silencio del poder calculando. No era el silencio de la obediencia esperando instrucciones. Era el silencio de dos personas que se conocen desde hace mucho tiempo y que están mirándose por primera vez sin el filtro de lo que cada uno necesitaba ver en el otro.

—Hay carpetas —dijo Emilia finalmente—. Serafín me lo dijo.

—Lo sé.

—¿Y sabes lo que contienen?

—Tengo una idea.

—¿Y sabes lo que pasará si salen?

—Tengo una idea.

—Entonces sabes que la única salida que no destruye todo es una que hagamos juntos y de manera ordenada.

Plutarco se levantó de la banca. Fue a la fuente. La miró un momento con las manos en la espalda, con el gesto del hombre que mira el agua cuando no quiere que nadie le vea la cara.

—Emilia —dijo, sin volverse—, si el movimiento cae, tú caerás primero. Tu nombre está en más documentos que el mío. Eso no es una amenaza. Es un hecho administrativo.

—Lo sé —dijo Emilia—. Por eso vine a hablar contigo en lugar de tomar decisiones sola.

Plutarco se volvió.

La miró con una expresión que Emilia no había visto antes en él, o que tal vez sí había visto pero en personas diferentes, en momentos diferentes, y que ahora reconocía porque llevaba meses aprendiendo a ver las cosas sin el filtro de lo que necesitaba que fueran.

Era cansancio. Genuino, sin cálculo, sin filtro.

El cansancio de un hombre que ha estado siendo un personaje durante tanto tiempo que ya no recuerda con precisión cómo era la persona que había antes.

—Necesito tiempo —dijo.

—Plutarco, Macedonio ya está moviendo recursos. Abundio está destruyendo archivos. Los militares de la tercera región —

—Necesito tiempo —repitió.

Emilia lo miró.

—¿Cuánto?

—Una semana.

—¿Y en una semana?

—En una semana te digo lo que puedo y lo que no puedo.

Emilia se levantó.

—Una semana —dijo.

Caminó hacia la salida del jardín. En la puerta se detuvo y se volvió.

—Plutarco, hay una cosa que necesito preguntarte y que nunca te pregunté.

—Dila.

—¿Alguna vez fue real? ¿Lo del principio, los pueblos, la gente, los zapatos rotos. ¿Alguna vez fue real?

Plutarco la miró desde la fuente, con el agua sonando detrás de él y los árboles alrededor y el cielo de la tarde sobre todo eso.

—Sí —dijo—. Al principio sí.

—¿Y cuándo dejó de serlo?

Una pausa muy larga.

—No lo recuerdo —dijo—. Ese es el problema.

Emilia asintió una vez.

Se fue por el camino de piedra hacia la salida de la finca, seguida a distancia discreta por Cirilo Montoya, que era su función, y escuchando detrás de ella, cada vez más lejos, el sonido de la fuente del jardín y más allá de la fuente, desde algún lugar en el interior de la finca, la voz del Padre Norberto que ensayaba la homilía del día siguiente sobre el pueblo que ha bebido agua limpia y no puede regresar al agua sucia.

Subió al vehículo.

Y mientras el vehículo recorría los cuatro kilómetros de regreso al punto donde esperaba su propio coche, Emilia pensó en la respuesta de Plutarco. No lo recuerdo. Ese es el problema. Y pensó que tal vez era la cosa más honesta que le había dicho en todo el tiempo que se conocían, y que esa honestidad, llegando tan tarde y en ese jardín y rodeada de todo lo que los rodeaba, era la forma más triste de la verdad que había escuchado nunca.

Esa noche el teléfono rojo no sonó.

Era la primera noche en cuatro años que no sonaba.

Emilia lo miró desde la cama durante un tiempo largo, en el silencio del dormitorio presidencial, preguntándose si el silencio del teléfono era una respuesta o una amenaza o simplemente un hombre de la finca del sur que esa noche, por primera vez en mucho tiempo, no tenía instrucciones que

dar porque estaba ocupado recordando algo que había olvidado cuándo había olvidado.

Apagó la luz.

Afuera, en la ciudad, alguien pegó en una barda del centro histórico otro cartel fotocopiado del colectivo que imitaba los comunicados oficiales. Este decía solamente:

SE ACABÓ EL TIEMPO DE ENSAYO. LA FUNCIÓN REAL EMPIEZA MAÑANA. ENTRADA LIBRE. NO HAY BUTACAS SEGURAS.

Lo quitaron a las cinco de la mañana.

Pero había estado ahí suficiente tiempo para que lo leyeran los que necesitaban leerlo.

CAPÍTULO 12

El Funeral de la República

Ciudad Capital y el territorio nacional, los últimos meses

El derrumbe no fue épico.

Eso era lo que más desconcertaba a quienes lo observaron desde adentro y lo que más decepcionó a quienes esperaban observarlo desde afuera: que no hubiera épica. Que no hubiera un momento de quiebre definitivo, una escena culminante donde alguien dijera algo que cambiara el curso de la historia con la precisión quirúrgica de las frases que aparecen en los libros de texto. El derrumbe fue lento, irregular, y profundamente humillante, que es como se derrumban los edificios que llevan mucho tiempo siendo sostenidos por personas que ya no quieren sostenerlos pero que tampoco saben cómo dejar de hacerlo sin que el edificio les caiga encima.

La semana que Plutarco le había pedido a Emilia se convirtió en dos, luego en tres, luego en algo que ya no podía contarse en semanas porque los eventos habían empezado a ocurrir con una velocidad que hacía que el tiempo perdiera su estructura habitual y se convirtiera en una sucesión de hechos sin jerarquía clara, todos urgentes, ninguno suficiente para ser el último.

Macedonio Ríos Castellanos fue el primero en declarar públicamente que su estado requería una revisión de los términos de su relación con el gobierno federal, que era una frase que en el lenguaje político normal habría significado una negociación presupuestaria y que en el contexto del momento significaba que Macedonio había calculado que el gobierno federal ya no podía hacerle nada que le importara más que lo que podía ganar separándose de él.

En una conferencia de prensa convocada a las doce del mediodía en la capital de su estado, con la bandera estatal detrás y sin ninguna imagen de Plutarco a la vista, que era ya un gesto de una elocuencia que no necesitaba palabras, Macedonio habló durante cuarenta minutos sobre la

autonomía constitucional de los estados, la responsabilidad de los gobernadores con sus ciudadanos y la necesidad de revisar los equilibrios del sistema federal.

No mencionó a Plutarco.

No mencionó a Emilia.

No mencionó el movimiento.

Un periodista le preguntó directamente si estaba abandonando la transformación.

—Yo sirvo a mi estado —dijo Macedonio—. Siempre lo he hecho.

—¿Y el movimiento?

—El movimiento es una organización política. Los estados son una realidad constitucional. No son la misma cosa.

—¿Cuándo dejaron de serlo para usted?

Macedonio lo miró con la paciencia del hombre que ha preparado esta conversación durante semanas y que por lo tanto tiene respuesta para cada pregunta, incluyendo las que se hacen con la intención de encontrarle una contradicción.

—Nunca dejaron de ser cosas distintas —dijo—. Lo que cambió es que antes esa distinción era manejable. Ya no lo es.

El Ministerio de Orientación Popular emitió un comunicado calificando las declaraciones de Macedonio como traición a los principios de la transformación y llamamiento implícito a la desestabilización institucional. El comunicado fue redactado por el equipo de Serafín, que para entonces había reducido el tamaño de ese equipo a cuatro personas de confianza absoluta porque los demás habían empezado a llegar tarde, a reportarse enfermos con una frecuencia estadísticamente improbable o a pedir vacaciones con una urgencia que no tenía nada que ver con el descanso.

Serafín lo redactó. Lo revisó. Lo firmó con el sello del ministerio.

Y luego, en la misma tarde, llamó a Osvaldo Treviño.

—Osvaldo, el comunicado sobre Macedonio que saldrá en una hora.

—Ya lo esperaba —dijo Osvaldo.

—Hay algo que el comunicado no dice.

—Hay muchas cosas que los comunicados no dicen.

—Esta en particular podría interesarte.

—Serafín, llevamos semanas con esto. ¿Cuándo vas a decirme algo directamente?

—Cuando pueda decírtelo sin que me destruya antes de que sea útil —dijo Serafín—. Osvaldo, ¿tienes alguien de confianza en la fiscalía?

Una pausa.

—Puede ser.

—Bien. En las próximas dos semanas va a haber movimiento en ciertos expedientes. Movimiento en el sentido de que van a intentar moverlos fuera del alcance de la fiscalía. Si tu contacto está atento, habrá cosas que documentar antes de que desaparezcan.

—¿Qué tipo de cosas?

—El tipo de cosas que hacen que una nota de martes se convierta en una investigación de seis meses que cambia el curso de lo que viene.

—¿Y tú qué ganas con esto?

—Dormir —dijo Serafín—. Ya te lo dije.

Colgó.

La desintegración del gabinete ocurrió con la velocidad y el desorden que caracterizan los fenómenos que nadie planea sino que simplemente ocurren cuando las condiciones que los sostenían dejan de estar presentes. Abundio Cisneros presentó su renuncia a través de un comunicado que describía su decisión como un retiro voluntario para atender asuntos personales de salud, que era el eufemismo estándar para la huida preventiva en el vocabulario del régimen, y que nadie en el gobierno comentó públicamente porque comentarlo habría requerido tomar una posición que nadie quería tomar en ese momento.

Teódulo, su subsecretario, fue detenido esa misma semana por agentes de la fiscalía que encontraron en sus instalaciones evidencia del proceso de gestión documental de flexibilidad operativa que había ejecutado durante los meses anteriores, lo cual fue descrito en el comunicado oficial de la fiscalía como destrucción de pruebas en el contexto de una investigación abierta, y en el comunicado del Ministerio de Orientación Popular, que todavía existía aunque funcionaba con cuatro personas, como un malentendido administrativo de naturaleza técnica.

Leopoldo Fumarola compareció voluntariamente ante una comisión del congreso y habló durante tres horas con la fluidez de quien ha ensayado esa conversación durante meses en su propia cabeza y que descubre, al tenerla finalmente en voz alta, que es más fácil de lo que esperaba porque la verdad, cuando uno ha pasado mucho tiempo cargándola, tiene el alivio físico del peso que se deposita.

Práxedes Montes entregó sus dos libretas a las autoridades correspondientes con una nota adjunta que decía, en su primera línea, que los registros contenidos en esas libretas eran el producto de observación directa en el ejercicio de sus funciones y que su veracidad podía ser verificada por cualquier persona con acceso a los archivos que todavía existían, que eran menos de los que habían existido un mes antes pero más de los que existirían un mes después si nadie actuaba.

Nadie le preguntó por la segunda línea de la nota porque todos estaban ocupados con la primera.

Emilia gobernó.

Durante esas semanas de derrumbe, con el gabinete disolviéndose, los gobernadores desfilando hacia sus propios feudos regionales, los militares administrando servicios que no sabían administrar pero que administraban de todas formas porque alguien tenía que hacerlo, Emilia gobernó. No bien, no con visión histórica, no con la grandiosidad que los manuales asocian con el liderazgo en tiempos de crisis. Gobernó de la manera en que se puede gobernar cuando el sistema que uno heredó está colapsando y lo único que queda es intentar que el colapso sea menos caótico que lo que sería si nadie hiciera nada.

Firmó decretos de emergencia. Llamó a gobernadores que todavía atendían el teléfono. Habló con jefes militares que le hablaban con la cortesía de quien sabe que la jerarquía que ella representa todavía existe en el papel aunque en la práctica haya comenzado a desdibujarse. Negoció con organizaciones internacionales que habían estado esperando exactamente este momento para ofrecer una asistencia que antes habría sido rechazada como injerencia imperialista y que ahora era recibida con la gratitud silenciosa de quien ha llegado a un punto donde el orgullo es un lujo que no puede pagarse.

Y todo esto lo hizo sin el auricular en el oído izquierdo.

Plutarco había llamado dos veces en las primeras semanas. Las dos veces Emilia había contestado y había escuchado y había dicho que entendía y había colgado y había hecho lo que consideraba necesario, que no siempre era lo que Plutarco le había instruido, y Plutarco había llamado de nuevo para corregirla y ella había escuchado y había colgado y había hecho lo que consideraba necesario, y en algún punto de ese ciclo Plutarco había dejado de llamar, y el teléfono rojo había pasado de ser el instrumento de gobierno a ser un objeto decorativo sobre la mesita de noche de la presidenta que lo miraba a veces con la mezcla de alivio y vértigo de quien ha perdido algo que lo hacía sufrir y que sin embargo lo hacía sentir que existía.

En la finca del sur, Plutarco seguía transmitiendo.

Habló todos los días. Desde el estudio, desde el jardín, desde la capilla con el Padre Norberto a su lado, desde un balcón improvisado que Cirilo había instalado para que las transmisiones tuvieran el fondo de vegetación tropical que el asesor de imagen, que era una de las ochenta personas del séquito cuya función específica dentro del régimen se había vuelto progresivamente más difícil de justificar, consideraba que añadía autoridad histórica a los mensajes.

Habló de la conspiración cósmica de las élites globales contra el proyecto transformador. Habló de la traición de quienes habían tenido el privilegio de participar en el proceso más importante de la historia del continente y habían elegido la comodidad del sometimiento. Habló de los mártires que la Historia requería. Habló de la pureza del pueblo verdadero, que era diferente del pueblo real que estaba en las calles y que al parecer no había

alcanzado el nivel de pureza necesario para merecer la transformación que se le había ofrecido.

—Hay pueblos —dijo en uno de sus últimos mensajes— que no están preparados para su propia liberación. Esa es la tragedia más profunda que puede vivir un líder histórico: haber visto la tierra prometida con claridad suficiente para señalarla, y descubrir que el pueblo no tenía todavía los ojos para verla.

En la vecindad de la colonia Guerrero, la abuela de ochenta y dos años escuchó esa frase desde la cocina.

—Ahora resulta que somos ciegos —dijo, sin levantar la vista del arroz que estaba revolviendo.

—Dice que no estamos preparados —dijo su nieta.

—Llevamos años preparándonos —dijo la abuela—. Para la luz. Para el agua. Para los medicamentos. Para que no nos maten en la calle. ¿Para qué más hay que prepararse?

—Para la transformación.

La abuela revolvió el arroz en silencio un momento.

—Ya estamos transformados —dijo finalmente—. En lo que nos convirtieron seis años de esto. Eso sí es transformación. Nomás que no es la que ellos tenían en mente.

La nieta no respondió. Pero apagó la transmisión, que era lo que hacía la abuela desde hacía meses y que la nieta había tardado en aprender pero que ya había aprendido.

La noche de la ceremonia del aniversario llegó un viernes, que era un día que el Ministerio de Orientación Popular había elegido porque los viernes la gente sale de trabajar y hay más posibilidades de capturar asistencia espontánea, aunque para entonces la asistencia espontánea a los eventos del movimiento había dejado de ser espontánea en el sentido en que siempre había tenido algo de organizada, y había comenzado a ser escasa en un sentido que no tenía eufemismo disponible.

El Zócalo tenía escenarios iluminados, pantallas gigantescas, altavoces que transmitían música del movimiento y una asistencia que el Ministerio de Orientación Popular calcularía al día siguiente en doscientas mil personas y que los fotógrafos de los helicópteros independientes documentarían en aproximadamente veintiséis mil, de las cuales una porción significativa eran empleados del gobierno que habían recibido instrucción de asistir y que estaban presentes con la expresión específica de quien cumple una obligación que preferiría no cumplir pero que ha calculado que el costo de no cumplirla supera el costo de cumplirla, aunque ese cálculo se estaba volviendo cada día menos evidente.

Emilia subió al escenario principal a las nueve de la noche.

No traía auricular.

Lo había dejado en el camerino improvisado detrás del escenario, sobre una silla, con los cables enrollados con el cuidado de quien sabe que probablemente no va a volver a necesitarlo pero que no puede simplemente tirarlo porque ha formado parte de su vida durante demasiado tiempo para tratarlo con descuido.

Habló durante veinte minutos.

No habló de la transformación. No habló de los logros históricos. No habló de los enemigos del pueblo ni de la soberanía espiritual ni de la dignidad emocional como sustituto del bienestar material. Habló, con la voz de alguien que lleva mucho tiempo hablando con la voz de otro y que está probando cómo suena la propia, de la necesidad de reconstruir. De que reconstruir requería honestidad sobre lo que se había destruido. De que la honestidad era incómoda pero que la alternativa era más cara. De que el país merecía un gobierno que gobernara, que era una declaración que en cualquier otro momento habría parecido obvia y que en ese momento sonaba como una ruptura.

En la finca del sur, Plutarco veía la transmisión en la tableta que Cirilo sostenía frente a él.

Escuchó los primeros cinco minutos.

Luego le hizo una señal a Cirilo para que bajara el volumen.

Cirilo bajó el volumen.

Plutarco se quedó mirando la imagen sin sonido de Emilia hablando en el escenario con sus veintiséis mil personas y sus pantallas gigantescas y su voz que él no escuchaba pero que podía imaginar y que ya no era su voz aunque saliera de su garganta.

—¿Quiere que la llame? —dijo Cirilo.

—No —dijo Plutarco.

—¿Quiere grabar un mensaje de respuesta?

—No.

—¿Qué quiere?

Plutarco miró la tableta un momento más. Luego se la regresó a Cirilo.

—Que me traigan el evangelio —dijo—. Voy a leer un rato.

Cirilo fue a buscar al Padre Norberto. Plutarco se quedó solo en el estudio, en silencio, con las paredes cubiertas de fotografías de un hombre que cada vez se parecía menos al hombre que estaba sentado frente a ellas.

En el Zócalo, mientras Emilia terminaba de hablar, ocurrió lo que ya había ocurrido una vez y que esta vez nadie había planeado pero que tampoco nadie había tomado las medidas para prevenir porque el presupuesto de mantenimiento del sistema eléctrico había sido reorientado hacia programas sociales con enfoque humanista y los generadores de respaldo

seguían sin haber sido revisados desde hacía dieciséis meses, aunque esta vez el plazo era de dieciocho.

Las pantallas gigantescas se apagaron.

Luego los reflectores del escenario.

Luego los altavoces.

El Zócalo quedó en oscuridad.

Pero esta vez, a diferencia de la primera, no hubo silencio previo. Las risas comenzaron casi de inmediato, con la familiaridad de quien reconoce una situación que ya vivió y que esta vez sabe cómo interpretar. No eran las risas del descubrimiento sino las del reconocimiento, que son más tranquilas y más profundas y más difíciles de apagar que las primeras.

Emilia estaba de pie en el escenario oscuro.

No tenía auricular. No tenía pantallas. No tenía la voz del sur diciéndole qué hacer a continuación.

Sólo tenía la oscuridad y las risas del pueblo en la oscuridad y la conciencia de que llevaba cuatro años parada en escenarios iluminados y que ahora, por primera vez, el escenario era oscuro y eso debería ser peor pero en algún lugar que no era exactamente el cerebro sino algo más abajo, más físico, se sentía diferente.

Se sentía, aunque no hubiera ninguna razón lógica para ello, más real.

Uno de sus asesores llegó con una linterna y le hizo señas de que bajara del escenario.

Emilia no bajó.

Se quedó de pie en el escenario oscuro durante varios minutos más, escuchando las risas que se expandían desde el Zócalo hacia las calles adyacentes, hacia los barrios, hacia los mercados y las vecindades y las azoteas y los talleres mecánicos donde meses antes los colectivos habían montado sus primeros espectáculos con una lluvia insuficiente para irse pero suficiente para quedarse.

Luego bajó.

En el camerino improvisado, el auricular seguía en la silla donde lo había dejado.

Lo miró.

Luego lo recogió.

No para ponérselo. Sino para llevarlo. Para no dejarlo ahí, como si pudiera simplemente dejarlo y que eso equivaliera a deshacer cuatro años de decisiones que habían ido acumulándose con la lógica implacable de las consecuencias que uno no siempre elige pero que siempre firma.

Salió del camerino con el auricular en la mano.

Y en las paredes exteriores del Palacio Nacional, iluminadas por las linternas de los teléfonos de la gente que salía del Zócalo, había docenas de carteles

nuevos que el colectivo había pegado durante la ceremonia, todos con el mismo texto, impreso en la fuente que imitaba los comunicados oficiales:

FIN DE LA FUNCIÓN.

AGRADECEMOS SU PACIENCIA.

EL TEATRO CIERRA POR RENOVACIÓN.

SE DESCONOCE CUÁNDO REABRIRÁ.

SE DESCONOCE SI REABRIRÁ.

PERO EL EDIFICIO SIGUE EN PIE.

Y EL EDIFICIO, A DIFERENCIA DE TODO LO DEMÁS, NUNCA MINTIÓ.

Los quitaron a las cuatro de la mañana.

Pero la ciudad los había leído.

Y lo que la ciudad lee en sus paredes es, de todos los documentos que produce una época, el más difícil de archivar y el más imposible de destruir.

EPÍLOGO

Las Ruinas de la Felicidad

Ciudad Capital, varios años después

La exposición se llamaba Arqueología del Absurdo y ocupaba tres salas del Museo Nacional de Historia Política, que era una institución creada por el gobierno siguiente al siguiente del gobierno de Emilia Portes Pardo, porque el gobierno inmediatamente posterior había tenido suficiente con gestionar el desastre heredado como para ocuparse también de documentarlo, y el documentarlo había quedado para el siguiente, que tenía más distancia y por lo tanto más perspectiva y por lo tanto más capacidad de convertir lo que había ocurrido en algo que pudiera colgarse en una pared y mirarse.

La primera sala contenía objetos.

Había una servilleta de restaurante enmarcada en acrílico, con una letra que era más rabia que caligrafía, que decía noventa por ciento lealtad, diez por ciento capacidad, el resto es traición disfrazada de mérito. La cédula explicativa señalaba que la servilleta había sido conservada por Serafín Garduño y entregada a las autoridades junto con otras pruebas documentales que habían sido fundamentales en los procesos judiciales del período siguiente. También señalaba que el señor Garduño había recibido una reducción de condena en reconocimiento a su cooperación, lo cual había generado en su momento un debate que tampoco había terminado del todo.

Había un auricular de color beige, pequeño y discreto, con un cable de aproximadamente treinta centímetros, expuesto en una vitrina individual con iluminación puntual que le daba una importancia que en su aspecto físico no habría podido justificar. La cédula decía simplemente: auricular utilizado en las comunicaciones entre la residencia presidencial y el Centro

de Reflexión Histórica Nacional durante el período de gobierno de Emilia Portes Pardo. Entregado por la propia señora Portes Pardo como parte de su declaración ante la comisión de verdad. Sin comentario adicional del donante.

Había una canasta de mimbre con el cartel: La canasta de la soberanía, nombre informal utilizado por el equipo del gobernador Ríos Castellanos para el recipiente donde se depositaban los teléfonos antes de las reuniones no oficiales. Donada por Onésimo, secretario de finanzas del estado, en el contexto de su acuerdo de colaboración con la fiscalía.

Había dos libretas de pasta negra, abiertas en páginas distintas, con letra apretada y anotaciones marginales en rojo. La cédula decía que pertenecían al subsecretario Práxedes Montes y que su contenido, veintitrés meses de observación directa del funcionamiento interno del régimen, había sido considerado por los tribunales como uno de los documentos más completos sobre la mecánica del poder durante ese período. Práxedes Montes, decía la cédula al final, ejercía actualmente la docencia universitaria.

En la segunda sala había pantallas.

Una de ellas reproducía en bucle fragmentos de las conferencias matutinas del período de Emilia, con subtítulos que indicaban debajo de cada frase la instrucción que el auricular le había transmitido en ese momento, reconstruida a partir de las declaraciones de los técnicos de comunicación que habían operado el sistema. Ver las dos capas simultáneamente —lo que Emilia decía y lo que le decían que dijera, que casi siempre eran la misma cosa— producía en los visitantes un efecto que los guías del museo describan como desfase cognitivo y que los visitantes describían, con más precisión, como incomodidad profunda.

Otra pantalla reproducía fragmentos de los espectáculos de Los Comediantes del Apocalipsis, con una calidad de imagen que revelaba que habían sido grabados con teléfonos desde ángulos desfavorables en espacios mal iluminados, lo cual añadía a las grabaciones una autenticidad documental que ninguna producción profesional habría podido replicar. Frente a esa pantalla siempre había más gente que frente a las otras, y esa gente reía con más frecuencia que en el resto del museo, lo cual era una observación que el director del museo había hecho notar en varias entrevistas como evidencia de algo que no sabía exactamente cómo nombrar pero que le parecía importante.

La tercera sala era distinta a las dos primeras.

No tenía objetos ni pantallas. Tenía texto, impreso en las paredes con letras grandes sobre fondo blanco, que era una elección de diseño que el curador había defendido argumentando que ciertos contenidos necesitan ser leídos, no exhibidos, porque la diferencia entre leer y mirar es la diferencia entre procesar algo y simplemente verlo.

Las paredes de la tercera sala contenían fragmentos de testimonios.

De Refugio Sandoval, que había sobrevivido a la fiebre sin paracetamol y que años después, cuando una periodista fue a buscarlo para el archivo oral del museo, dijo que lo que más recordaba de ese período no era el paracetamol que no había sino el encuestador del ministerio que había llegado a preguntarle su nivel de felicidad mientras tenía fiebre, porque eso lo había hecho entender mejor que cualquier discurso político la distancia que existía entre el gobierno y las personas que supuestamente gobernaba.

De Consuelo, la vendedora de jitomates del mercado de La Merced, que dijo que lo que más recordaba era la frase que su compañera más joven había dicho que el discurso de siempre ahora lo leía ella, que era Emilia, y que esa frase le había parecido en ese momento muy precisa y que con los años le había parecido todavía más precisa, porque las frases precisas no envejecen.

De Bulmaro Hidalgo, que dijo que lo más difícil no había sido actuar sino dejar de actuar, porque cuando el régimen terminó y ya no había nada que parodiar descubrió que había pasado dos años construyendo un lenguaje para hablar de algo que ya no existía y que el lenguaje, a diferencia del régimen, tardaba más en desaparecer.

De Fidencio, el guardián del archivo subterráneo, que dijo simplemente que su trabajo había sido cuidar el archivo mientras estaba y que lo había cuidado, y que si eso había contribuido a algo esperaba que hubiera contribuido a lo correcto, y que si no era difícil saberlo porque su trabajo era cuidar, no juzgar, y que esa distinción le parecía importante aunque entendía que no a todo el mundo le pareciera suficiente.

De la abuela de ochenta y dos años de la colonia Guerrero, que para cuando la periodista fue a verla tenía ochenta y seis y que dijo que lo que más recordaba era el arroz que había estado revolviendo cuando escuchó al hombre de la finca del sur decir que el pueblo no estaba preparado para su propia liberación, y que había pensado que llevaba ochenta y dos años preparándose para cosas más difíciles que esa y que si no contaba como preparación era porque estaban usando una definición de preparación que no incluía a la gente de verdad, y que eso era el problema de fondo de todo lo que había ocurrido: que habían construido un proyecto para el pueblo en abstracto que no tenía mucho que ver con el pueblo en concreto, y que el pueblo en concreto había aguantado porque el pueblo en concreto siempre aguanta pero que aguantar no era lo mismo que estar de acuerdo y que alguien debería haber entendido esa distinción antes.

Las paredes de la tercera sala no tenían testimonio de Plutarco López Regidor porque Plutarco López Regidor no había dado testimonio.

Vivía todavía, retirado en una propiedad del norte del país después de que la finca del sur hubiera sido expropiada como parte de los procesos judiciales del período siguiente. Tenía setenta y cuatro años. Sus abogados habían negociado un acuerdo con la fiscalía que implicaba la devolución de ciertos activos y la cancelación de ciertos cargos a cambio de declaraciones

que sus abogados describían como colaboración sustancial con la investigación y que la fiscalía describía como insuficientes pero aprovechables. El acuerdo había sido cuestionado por organizaciones de derechos humanos, defendido por sus seguidores restantes, ignorado por la mayoría de la población que para entonces tenía otras cosas en qué pensar, y documentado en una cédula discreta al final de la primera sala del museo que decía simplemente: proceso judicial pendiente de resolución definitiva.

Seguía transmitiendo mensajes ocasionalmente, desde un canal de video en internet que tenía doscientos cuarenta y tres mil seguidores, que eran menos que los que tenían varios de los comediantes que lo habían parodiado durante su régimen. En esos mensajes ya no hablaba de la última conciencia moral de la humanidad. Hablaba de su legado, de la incompreensión de su época, de los errores que reconocía en abstracto sin nombrarlos en concreto, y de la certeza de que la Historia, con el tiempo suficiente, devolvería las cosas a su lugar correcto.

Sus seguidores más fieles comentaban los mensajes con frases como siempre con usted, jefe y la transformación vive en nuestros corazones y algún día la verdad saldrá a la luz, que eran el tipo de frases que se escriben cuando uno no puede admitir que lo que creía resultó ser diferente de lo que pensaba que era porque admitirlo implicaría revisar demasiadas cosas que es más cómodo no revisar.

Emilia Portes Pardo había comparecido ante la comisión de verdad durante cuatro días.

Había hablado con la exhaustividad de quien ha pasado mucho tiempo pensando en lo que diría cuando llegara ese momento y que cuando el momento llega descubre que tiene más que decir de lo que calculaba, no porque hubiera preparado más sino porque hablar en voz alta de ciertas cosas hace que aparezcan capas que el pensamiento silencioso no alcanza.

Había descrito el funcionamiento del auricular con una precisión técnica que había sorprendido a los comisionados. Había descrito las llamadas del teléfono rojo con una memoria de detalles que había sorprendido más. Había hablado de la mujer del hospital con el niño con fiebre y de los antibióticos que no había y de los ocho puntos de Consuelo Iturriaga que había leído todos en la conferencia siguiente. Había hablado de Fidencio y de la silla naranja y de la foto del archivo subterráneo. Había hablado del jardín y de la conversación con Serafín y de los oídos que no eran pájaros.

Al final de su declaración, un comisionado le había preguntado lo que todos querían saber y que nadie había formulado todavía directamente.

—Señora Portes Pardo, ¿usted sabía lo que estaba ocurriendo?

Emilia lo había pensado durante varios segundos.

—Sabía lo suficiente para haber hecho cosas diferentes —dijo finalmente—. Y no hice cosas diferentes. Esas son las dos oraciones que resumen mi participación. Todo lo demás es contexto.

El comisionado había anotado algo.

—¿Y el contexto?

—El contexto explica —dijo Emilia—. No justifica. Pero explica. Y creo que explicar, sin confundirlo con justificar, es lo mínimo que le debo a las personas que estuvieron del otro lado de lo que hicimos.

Había recibido una condena suspendida, que era el resultado de un proceso judicial que los críticos consideraban insuficiente y los defensores consideraban proporcionado y que la mayoría de la población consideraba con la indiferencia de quien ha aprendido que los procesos judiciales de los poderosos rara vez producen el tipo de justicia que uno imaginaría si diseñara el sistema desde cero.

Vivía en la misma ciudad donde había crecido, en un departamento sin guardia de seguridad, y trabajaba como asesora de una organización no gubernamental que se dedicaba a fortalecer sistemas de salud pública en comunidades rurales, lo cual era una elección que sus críticos describían como insuficiente expiación y sus defensores como consecuente con lo que siempre había dicho que le importaba, y que ella describía, en la única entrevista que había dado desde el fin del proceso judicial, como lo único que tenía sentido hacer con el tiempo que le quedaba.

La periodista que la había entrevistado le había preguntado, al final, si se arrepentía.

—Me arrepiento de cosas específicas —dijo Emilia—. De haberme quedado cuando debería haberme ido. De haber leído los ocho puntos de Consuelo en lugar de no leerlos. De no haberle preguntado antes a Plutarco si alguna vez fue real.

—¿Y la respuesta que le dio?

—Que al principio sí. Y que no recordaba cuándo había dejado de serlo.

—¿Le creyó?

Emilia lo pensó un momento.

—Le creo la primera parte —dijo—. Que al principio sí. La segunda parte, lo de que no lo recuerda, creo que es verdad pero no de la manera en que él cree que es verdad. Creo que sí lo recuerda. Creo que sabe exactamente cuándo y cómo. Creo que lo que no puede es decírselo a sí mismo porque eso requeriría destruir la versión de sí mismo que necesita para seguir existiendo.

—¿Y usted? ¿Recuerda cuándo supo que algo estaba mal?

—Desde antes de lo que quería admitir —dijo Emilia—. Ese es mi arrepentimiento principal. No lo que hice cuando ya no podía no saber. Sino

el tiempo que invertí en no saber para no tener que actuar sobre lo que sabía.

La periodista había escrito eso. Lo había publicado. Lo habían leído muchas personas. Algunas lo habían citado. Otras lo habían cuestionado. Otras lo habían ignorado porque tenían otras cosas que leer.

Y la vida en la República había continuado con esa continuidad específica de las vidas que continúan después de los períodos que parecían que iban a cambiarlo todo y que lo cambian en parte y en parte no lo cambian y que dejan siempre una pregunta flotando que ninguna exposición de museo y ninguna comisión de verdad y ninguna entrevista y ningún proceso judicial puede responder del todo.

Esa pregunta.

En la sala de exposiciones del Museo Nacional de Historia Política, la última pared de la tercera sala no tenía testimonio. Tenía una sola pregunta, impresa en letras más grandes que todo el texto anterior, sobre fondo blanco:

¿PODRÍA VOLVER A OCURRIR?

Debajo de la pregunta no había respuesta.

Había un espejo.

Un espejo de tamaño natural en el que el visitante que llegaba al final de la exposición se veía reflejado frente a la pregunta, lo cual era una decisión curatorial que algunos visitantes consideraban pretenciosa y que otros consideraban la única respuesta honesta disponible.

Esa tarde, mientras el museo cerraba y los guardias recorrían las salas pidiendo a los últimos visitantes que se encaminaran a la salida, un joven de unos veinticinco años que llevaba un micrófono y una pequeña cámara montada en un trípode portátil se quedó parado frente al espejo más tiempo del que los guardias consideraban razonable.

Lo miraron. No dijeron nada todavía.

El joven tenía el micrófono encendido y estaba grabando algo, hablando en voz baja a la cámara con el tono de quien practica un discurso que lleva tiempo construyendo.

—Lo que esta exposición no muestra —decía— es que el régimen no nació del mal sino de algo más complicado. Nació del resentimiento legítimo de gente que había sido excluida durante demasiado tiempo. Nació de la necesidad genuina de creer en algo. Nació de la disposición a aceptar respuestas simples para preguntas complejas porque las respuestas complejas son agotadoras y las simples son, al menos por un tiempo, suficientes.

El guardia más cercano se aproximó.

—Joven, el museo cierra en diez minutos.

El joven asintió sin dejar de mirar la cámara.

—Lo que esta exposición tampoco muestra —continuó— es cuánta gente sufrió de verdad. No como concepto. No como estadística. Como gente. Como Refugio con su fiebre. Como la mujer del hospital con el niño y los antibióticos. Como los periodistas que no están en ninguna pared porque desaparecieron antes de que hubiera paredes donde ponerlos.

—Joven —dijo el guardia, con más firmeza.

El joven apagó la cámara. La desmontó del trípode con movimientos rápidos y seguros. Recogió el micrófono.

—¿Usted vivió ese período? —le preguntó al guardia.

El guardia tenía unos cincuenta años. Miró al joven un momento.

—Sí —dijo.

—¿Y cómo era?

El guardia miró la pared con la pregunta. Miró el espejo. Luego miró al joven con la expresión de quien va a decir algo que ha pensado muchas veces pero que no ha dicho en voz alta porque nadie le había preguntado.

—Era como vivir dentro de una obra de teatro —dijo— donde los actores sabían que era una obra de teatro pero seguían actuando porque no sabían cómo parar. Y el público también sabía que era una obra de teatro. Y aun así todos seguíamos ahí, sentados, viendo.

—¿Por qué?

El guardia lo pensó.

—Porque salirse de la sala requería admitir que habías estado adentro —dijo—. Y eso cuesta más de lo que parece desde afuera.

El joven lo miró durante varios segundos. Luego asintió.

—Gracias —dijo.

—De nada —dijo el guardia—. El museo cierra en ocho minutos.

El joven caminó hacia la salida. En la puerta se detuvo un momento, se volvió, y miró por última vez la pregunta en la pared y el espejo debajo de ella.

Luego salió.

Afuera, en la plaza frente al museo, estaba montando un pequeño escenario un grupo de jóvenes que tenían micrófonos y una bocina portátil y carteles que anunciaban lo que describían como un foro ciudadano sobre el presente y el futuro de la República, que era un nombre que sonaba a muchas cosas al mismo tiempo, algunas de ellas esperanzadoras y algunas de ellas menos.

El joven de la cámara se acercó al grupo.

—¿Puedo participar? —preguntó.

—Claro —dijo una chica que parecía ser la organizadora—. ¿De qué quieres hablar?

El joven miró el escenario pequeño y portátil. Miró los carteles. Miró a la gente que empezaba a acercarse con la curiosidad específica de quien no sabe exactamente qué va a escuchar pero que ha decidido que vale la pena escucharlo.

—De lo que aprendimos —dijo—. Y de lo que todavía no.

La organizadora asintió.

—Bien —dijo—. Tienes diez minutos.

El joven subió al escenario.

Abrió la boca.

Y en la plaza frente al museo que guardaba los objetos y los testimonios y la pregunta sin respuesta de lo que había ocurrido, algunas personas se detuvieron a escuchar y otras siguieron caminando y otras sacaron sus teléfonos para grabar y otras miraron desde lejos sin acercarse, que era exactamente la distribución de atención que produce cualquier voz nueva en cualquier plaza de cualquier ciudad que ha aprendido, a fuerza de escuchar demasiado, a distinguir con cuidado a quién vale la pena escuchar.

Y si esa voz nueva era o no era lo que parecía, si lo que prometía era o no era lo que podía cumplir, si los carteles y la bocina portátil y el foro ciudadano sobre el presente y el futuro eran el principio de algo genuino o la primera escena de una representación que nadie había decidido montar todavía pero que la plaza, con su memoria larga y su desconfianza razonable, ya estaba evaluando con la paciencia de quien sabe que los montajes tardan en revelarse pero que siempre, tarde o temprano, se revelan.

Las naciones olvidan.

Y los monstruos siempre aprenden a cambiar de rostro.

Pero los pueblos que han vivido suficiente también aprenden, aunque más despacio y con más tropiezos de los que serían deseables, a mirar los rostros con más cuidado que antes.

Aunque el antes, en estas cosas, nunca sea suficiente garantía de nada.

Las naciones olvidan. Y los monstruos siempre aprenden a cambiar de rostro.